ALEXANDER MITSCHERLICH —director del Instituto Sigmund Freud de Frankfurt, Presidente de la Sociedad Alemana de Psicoterapia y Premio de la Paz en 1969— es seguramente el más notable representante de la tradición científico-humanista que hace compatibles el método psicoanalítico y los enfoques sociohistóricos para analizar los grandes problemas de la cultura y la civilización contemporáneas. Si en su contribución al volumen colectivo sobre «El odio en el mundo actual» (LB 443) se ocupa de las raíces de los impulsos agresivos, y en «Fundamentos del comportamiento colectivo» (AU 52) investiga las estructuras de carácter que llevan a los grupos humanos a sofocar la libertad de pensamiento y de expresión, el tema de las grandes aglomeraciones urbanas surgidas en el siglo XX —crecidas sin el menor control, carentes de configuración y separadas de su entorno natural— ha dado origen a dos libros íntimamente relacionados: «La inhospitalidad de nuestras ciudades» (LB 215) y la obra ahora editada en Alianza Universidad. Mientras el anterior libro examina cómo las megápolis se han convertido en un foco patológico de neurosis (al empobrecer las relaciones humanas, fomentar la asocialidad y la delincuencia, desarraigar emocionalmente al individuo y romper el equilibrio entre intimidad y solidaridad), TESIS SOBRE LA CIUDAD DEL FUTURO reúne un conjunto articulado de ensayos que analizan las causas de la inadaptación, agresividad y desesperación de los habitantes de las grandes urbes y apuntan las soluciones que harían posible el despertar del sentido comunitario y pondrían a las ciudades al servicio del hombre. En ningún caso se trata de un llamamiento nostálgico para recuperar un imaginario paraíso pre-industrial perdido; Mitscherlich, apasionado defensor de la vida urbana, hace explícito su desacuerdo con «las lamentaciones de aquellos críticos culturales para los que la ciudad ha sido siempre la fuente de todos los vicios».

Alianza Editorial

Cubierta Daniel Gil

Alexander Mitscherlich
Tesis sobre la ciudad del futuro

Alianza Universidad

Tesis sobre la ciudad del futuro

Alianza Universidad

Alexander
Mitscherlich

Tesis sobre la ciudad del futuro

Versión española de
Joaquín de Aguilera Gamoneda

Alianza
Editorial

Título original:
Thesen zur Stadt der Zukunft

© Suhrkamp Verlag K.G., Frankfurt, 1971
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1977
Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2194-3
Depósito legal: M. 31.113-1977
Imprime: Hijos de E. Minuesa, S. L.-Ronda de Toledo, 24.-Madrid-5
Printed in Spain

INDICE

Nota preliminar 9
1. Tesis sobre urbanismo 13
2. De la posible utilidad de la psicología social en la planificación urbanística 25
3. La ciudad del futuro 49
4. Edades humanas y medio urbano 63
5. ¿Qué será de nuestras ciudades? 85
6. Aspectos de la industria turística 97
7. ¿Constituyen las residencias de ancianos un error de edificación? —o una preocupación posterior en lugar de la previsión anterior 101
8. Comentarios psicosociales al proyecto urbanístico del área de Heidelberg-Ensmer Isgmund 105
9. Nuestra infantil seguridad 117

NOTA PRELIMINAR

"El hombre construye y ama las ciudades porque la forma urbana representa una imagen ideal de sus propios ideales. El denominador común de todas las ciudades, desde Nínive hasta Nueva York, lo constituye un culto idolátrico colectivo que exige el dominio de la Naturaleza, el Destino, el Saber y la Riqueza.

Sibyl Moholy Nagy[1]

Estas notas son consecuencia del contacto con ciudades europeas y norteamericanas. Son, además, las notas de un apasionado por las ciudades. Interesa comenzar destacando esta circunstancia, hoy que tanto se habla de los inconvenientes de nuestras ciudades, pues podríamos dar la impresión de participar en las lamentaciones de aquellos críticos culturales para los que la ciudad ha sido siempre la fuente de todos los vicios.

Quien desconozca la profunda ambivalencia del hombre, difícilmente comprenderá su relación con la ciudad, tan determinada por sentimientos encontrados. Desde los más remotos tiempos, la vida ciudadana ha estado determinada por el penetrante deseo de conseguir una visible "imagen ideal de sus ideales", incluso de llegar a ser una capital y poder rivalizar con otras capitales, de convertirse en algo más que un lugar de intercambio de mercancías, es decir, en centro del espíritu y del poder. La explotación ciudadana ha sido tan grave como la de las zonas rurales, pero en las ciudades fue donde la humanidad, aunque de forma muy lenta, ha ido desarrollando durante el transcurso de su historia un tipo de libertad que se puede definir, por una parte, como anónima despreocupación por los demás, pero también como anhelo indesviable y permanente hacia la autonomía del pensamiento y de la actividad. El desprecio urbano por la pedantería y la superstición resulta así antiquísimo.

Los problemas actuales son resultado de la evolución hacia unas formas urbanas que carecen de antecedentes históricos, tanto en su magnitud como en su estructura. Por mucho que nos fascine la imagen de la "polis", la cerrada ciudad rodeada de murallas, como símbolo de lo ciudadano, en el camino unidireccional emprendido hacia la megápolis no existe la posibilidad de retorno. Avancemos diez kilómetros por la casi

[1] *Die Stadt als Schicksal*, München, 1970, p. 42.

desierta acera de cualquier vía de salida de una ciudad, vía en la que el paso de los camiones de transporte a larga distancia resulta atronador. Cuando más dure el martirio de este paseo tanto más nítidas serán las nuevas imágenes que así se formen. Contempladas desde esa perspectiva, las ciudades se nos aparecen como engendros del deseo de omnipotencia técnica de una absurda razón, que se empeña en hacer a la fuerza todo lo factible. Pues ha de demostrarse su "progreso" a sí misma, por muy dudoso que éste sea, avanzando de mejora en mejora en circunstancias cada vez más insorportables. Será así necesario volver a comprender la realidad partiendo de esas imágenes de un disparate enormemente racional.

De su examen se desprende una característica común a casi todos los niveles del comportamiento humano: la falta de amor al prójimo, que se puede observar día tras día en innumerables escenas en las ciudades, es tan usual, que se podría considerar como una característica connatural a la formación de los grupos humanos, o mejor dicho, que se ha hecho ya natural.

¿Qué se entiende por falta de amor al prójimo? Esta expresión no deberá suponer una sentimental llamada a la caridad. La falta de amor al prójimo es el resultado de la cosificación de las relaciones humanas, que hace imposible que los centros de aglomeración se conviertan en aquellas imágenes ideales que reclama el hombre. Freud hablaba de "narcisismo primario": en nuestra máxima dependencia al comienzo de la vida creamos una pretensión ilimitada. Y siempre nos quedará el recuerdo de que esa pretensión fue cumplida alguna vez totalmente. "Los individuos han partido siempre de sí mismos y aún siguen partiendo de sí mismos. Sus relaciones mútuas son relaciones de su verdadero proceso vital. ¿Cuál es la razón de que sus relaciones se independicen frente a ellos, de que las fuerzas de su propia vida se vuelvan contra ellos mismos?"[2].

Continuamos por la carretera de salida, orlada por una sucesión arbitraria de casas de vecinos y edificios de fábricas y, mientras esperamos a que aparezca la luz verde para los peatones, nos viene a la memoria la tesis de Marx. He ahí media docena de casas de ocho a diez pisos, separadas apenas de la carretera general con su ruido ensordecedor. Las obras revueltas, sin terminar, y sin embargo los primeros inquilinos ya han hecho su aparición. Ninguno conoce a los demás. El lugar es inhóspito, no favorece en modo alguno la tendencia a la intimidad. La desconfianza reina en estas nuevas viviendas. ¿Cómo se podrán crear relaciones amistosas para una convivencia más íntima y estrecha, si desde la juventud no se cultiva la capacidad de tratar con los demás con soltura e interés? Un montón de gentes extrañas se encierra en estas viviendas. La extrañeza suscita la desconfianza y el alejamiento.

Más tarde, junto a la entrada principal de un almacén, cerca de la boca de ventilación, en pleno torrente de paseantes, compradores, vendedores, nos vuelve a saltar el concepto de la alienación, aquel "dominio de los

[2] Karl Marx, *Marx-Engels-Gesamtausgabe*, Sección I, Tomo 5, p. 537.

productos del hombre sobre el hombre"[3].

¿Quiénes son estos ciudadanos de hoy? Nos encontramos ante la puerta de una fábrica; en un gran cartel blanco se anuncia: Buscamos cerrajeros, torneros, fresadores, trabajadores auxiliares masculinos y femeninos. ¿Qué ofrece este trabajo como salario y además del salario? ¿Qué sentimientos de opresión se experimentarán al traspasar un año tras otro la puerta de la fábrica y utilizar el reloj de entrada? ¿De qué nos servirá lo aprendido en la escuela y qué es lo que podremos emplear aquí, en este estrecho sector de la experiencia humana que se llama "trabajo", sin poner casi en tela de juicio su utilidad? La jerga publicitaria alaba el "clima de trabajo". ¿Es realmente satisfactorio? ¿O quizá sea que la música ambiental no tenga otra misión que la de hacer olvidar los sentimientos que podrían surgir? A los humanos se les vuelve a exigir otra acrobacia de acomodación. No se vive durante el trabajo, sino después del mismo. Pero es fácil perder el equilibrio en esta división. Algo que ha debido permanecer dormido durante el trabajo busca ser satisfecho. La taberna tampoco proporciona esta reconciliación. Todos los días se desgaja a la fuerza algo del propio ser durante el trabajo. ¿Cómo será así posible llevar a la práctica el antiguo aforismo de poner "cuerpo y alma" en el trabajo? ¿Poner el alma en un puesto de trabajo altamente especializado, como, por ejemplo, en una cadena de montaje? Se oye decir que antes no se exigía del trabajador que utilizase su inteligencia además de su fuerza física (inteligencia que, por otra parte, sólo había ejercido en la escuela en un par de cuestiones elementales). ¿Para qué le había de servir la inteligencia en un trabajo de esclavos? Efectivamente. Pero ese trabajador de la época feudal no podía contemplar tanta inteligencia instrumental a su alrededor, no utilizaba tan polifacéticos instrumentos y maquinarias. Instrumentos que han sido ideados, planeados y mejorados. Sólo él, el trabajador, ha dejado de participar en esta tarea. En todos los proyectos se le viene postergando al rango de trabajador auxiliar. ¿Sería posible que su participación mejorase esta situación?.

La apariencia total de la gran ciudad, que carece ya de toda forma, resulta difícil de evocar. ¿Dónde podrá sentirse el deseo de trazarse una norma de trabajo, de crearse un ideal visible, de erigir una obra a la que poderse volver para guiarse por la misma? La lógica de la sinrazón se va ensanchando. A la sinrazón en el área intelectual corresponde la falta de amor en la esfera de los sentimientos.

La libertad urbana parece estar amenazada de muerte. En los primeros tiempos, esa libertad urbana consistió en la libertad de pensamiento, aun cuando ésta sólo se consiguiera en esferas muy reducidas. Los primeros pasos fuera del ámbito de la influencia feudal y clerical de pensamiento se dieron en las ciudades. Esta libertad de pensamiento constantemente amenazada se convirtió en el curso de los siglos en el derecho a la libertad política. Que también se perdió numerosas veces. Sin embargo, se puede comprobar cómo las ciudades no se convirtieron tan sólo en

[3] *c.f.* Adam Schaff, *Marxismes und das menschliche Individuum*, Reinbek, 1970, p. 68.

zonas de libertad, en zonas de una libertad históricamente nueva, la libertad burguesa, sino que en ellas aprendieron también los individuos a pensar de forma más independiente. Y pese a que todos estos progresos parecieron haberse perdido durante los largos períodos de terror o de oscuridad del patriciado, de vez en cuando se producía un nuevo pequeño progreso, un progreso de la razón. Así es como poco a poco se fueron constituyendo los derechos humanos.

Pero, ¿podrá prevalecer este progreso frente a la lógica de la sinrazón técnica? Existen síntomas de que no. Y no sólo por el hecho de que la magnitud de las ciudades modernas haya traído consigo una burocratización del poder que desdibuja los rasgos del individuo, tanto los del administrador del poder burocrático como los del administrado. Quedan así abiertas nuevas posibilidades para el ejercicio de un poder incontrolado. La dependencia del individuo en una cultura de división extremada del trabajo constituye un nuevo factor, que le deja a merced de las manipulaciones de los grupos ávidos de poder.

Las ciudades han necesitado pocos decenios para adquirir la forma con que se nos aparecen en la actualidad; pocos decenios, no siglos. Y en esta nueva forma modificada repercuten sobre nosotros. Parece necesario tomar conciencia de la profunda separación existente entre las ciudades del pasado y las de la actualidad. ¿A qué precio y a qué costo vivimos en ciudades masivas? Aquellos que, para su negocio o para sus miopes intereses propios, se han aprovechado de las circunstancias de desigualdad de oportunidades, habrán de oir algún día las acusaciones frente a las que hoy se muestran totalmente sordos. Las ciudades, con sus plagas como destino inmediato, les parecen cataclismos naturales a las pasivas víctimas del desarrollo. Pero no son cataclismos naturales, sino catástrofes de la incapacidad social.

La planificación urbana conservará en el futuro el íntimo anhelo de trazar una imagen ideal de nuestros ideales. Para llevar a cabo esta tarea se precisa algo más que conocimientos técnicos o potencia creadora; será necesario desarrollar cierto sentido de qué clase de "cuerpo y alma" hace falta para vivir en la ciudad. También habrá que lograr que en su interior resulte posible la alegría. Así, habrá que entender los trabajos aquí recogidos como una aportación a la doctrina de la autodefensa del ciudadano, quien necesitará hacer uso de todo su ingenio para salvar la libertad urbana en el futuro.

Capítulo 1

TESIS SOBRE URBANISMO *

El estado de ánimo del que queremos partir es el del malestar ante nuestras ciudades. Si prescindimos de las "bellas frases" con que las cubrimos, prevalecerán las desagradables y repelentes. Los calificativos de sucias, apestosas, faltas de luz cuadran mejor a los antiguos centros urbanos de comienzos de la gran época industrial y técnica; ahora, las vías de comunicación de cualquier lugar están llenas de ruidos que destrozan los nervios, sin preocupación alguna por las personas que trabajan en las oficinas contiguas o que tienen sus habitaciones y dormitorios en los pueblos que atraviesan las carreteras. A los núcleos habitados de la periferia de las ciudades se les echa en cara la inmisericorde uniformidad, la esterilidad y la frialdad de su racionalizada "chata mentalidad"; a los centros de las grandes urbes se les reprocha su aridez cultural.

Con ánimo esclarecedor se podría añadir que nuestras ciudades consisten en un amontonamiento, un aglomerado de viviendas, de lugares de trabajo, de oportunidades para la alimentación, de estructuras, de ilusiones de todo tipo; pero que también dejan de ser algo concreto: una ciudad que se desarrolla partiendo de su propio núcleo. La antigua ciudad, altamente integrada, se ha disuelto en una serie de esferas aisladas de prestación y de vida. Las ciudades contemporáneas cuentan, en el mejor de los casos, con una "city", en la que durante el día se desarrollan innumerables actividades. Pero un núcleo urbano no puede consistir en algo útil tan sólo para las horas de trabajo, sino en el que hay que vivir durante las veinticuatro horas del día: el vivir y el trabajar no están separados y su

(*) *Ensayos sobre la construcción de las ciudades,* fue dado a conocer en una emisión de Westdeutsches Rundfunk (Radiodifusión de la Alemania Occidental) el 12 de noviembre de 1965 y publicado más tarde en *atomzeitalter 12,* diciembre de 1965, págs. 354-459.

compatibilidad no es imposible.

Tal separación podrá ser apropiada para las industrias "sucias", pero no es aplicable a las innumerables y limpias industrias manufactureras y las oficinas. Sin embargo, la gente acepta el molesto tiempo que es necesario invertir en llegar a los lugares de trabajo porque aún existen muchos que mantienen la idea clasista, procedente de la primera gran marea industrial, de que no se está "bien domiciliado" a menos que se viva lo más apartado posible de las fábricas y de los núcleos de viviendas de los obreros.

Pero, naturalmente, existen muchas otras razones para que nuestras ciudades resulten ser unas malas soluciones para el asentamiento de las masas humanas, que se convierten en masa debido precisamente a estas mismas soluciones. ¿Acaso es posible vivir alegremente en ellas, o sentirse a gusto en las mismas cuando carecen ya de bulevares con árboles o no disponen de bancos que brinden un descanso en la fascinante variedad urbana?.

Por todas partes proliferan los llamados "hogares", esos productos de una construcción que, con grotesco sentido del humor, ha sido designada como "construcción social", pese a que, sin exagerar demasiado, se podría hablar más bien de "arrabales planeados". Los huecos sin edificar se llenan sin gusto y sin consideración, las zonas verdes destinadas a parques y jardines se cubren de edificaciones, pues las ordenanzas urbanas parecen preocuparse más de nimios detalles de escasa importancia que de lo que hayan de contemplar los habitantes cuando se asomen a las ventanas de sus viviendas, a esas ventanas de unas viviendas adquiridas a precios excesivamente altos o alquiladas a unas cifras que producen espanto. Si en algún terreno ha fracasado claramente la economía libre de mercado, ha sido en el de las nuevas construcciones de nuestras ciudades. Si existe algún lugar en el que se haya abusado inicuamente de la palabra "social", ha sido en la esfera de las llamadas "viviendas sociales".

Pero también en aquellos lugares a los que los deseos escapistas de los habitantes de las ciudades les empujan en sus migraciones invernales o veraniegas, encontrarán quienes disfrutan de sus vacaciones unos hoteles standarizados y unos bungalows de construcción idéntica, edificados con iguales elementos y con igual masificación –bien sea en Alemania o en Rímini, en las Costas de Florida o en los centros de deportes de invierno de Cortina, Davos o Kitzbühel. La satisfacción del deseo de todo lo opuesto a lo que se encuentra en las ciudades, de soledad, silencio, proximidad a la Naturaleza y vida no organizada se va haciendo cada vez más imposible, o al menos más difícil, por culpa de la industria turística. Pero el burgués financieramente potente, capaz de adquirir sus propios privilegios, puede comprar un trozo de Naturaleza a elevado precio, vallarlo y desempeñar el papel de un habitante rural. Con lo que la posibilidad de participar en la Naturaleza como propietario se convierte en una cuestión de clase. Y no se limita a hacerlo junto a los lagos o los lugares de moda, sino también en torno a la ciudad en la que vive: su vivienda familiar, anuncio de otras desgracias, se encuentra cada vez más adentrada en la

campiña.

A la vista de las grandes barriadas monocromas, informes y carentes de todo propósito de estructura cultural que en todas partes se van adueñando del campo, resulta más difícil convencerse de que es así y no de otra forma como deben estar construidas las ciudades de nuestra época. Y ni siquiera como propietario resulta agradable vivir en ellas o en sus alrededores. La pobreza de ideas y la ausencia de cariño con que se construyen las casas en la ciudad y en sus alrededores denotan una profunda falta de alegría por la posesión, pudiéndose constatar al mismo tiempo una huída hacia la estética espacial, que pretende sustituir la falta de relaciones internas del mundo urbano. Y es precisamente en los ricos pastos de las casas unifamiliares de nuestros suburbios donde se ve uno más asaltado por los horrores del confort. Se ha olvidado totalmente que hubo un tiempo en que el ciudadano encontró a la fuerza su propia identidad al convertir lo agradable en obligatorio sin apartarse de la estética de su grupo.

Las personas "acomodadas" han abandonado las ciudades, para perder todo resto de dignidad urbana y de obligaciones urbano-burguesas en los barrios residenciales de las afueras. En lo que indudablemente influyen ciertos deformados vestigios de la gran burguesía: como el establecimiento de la distancia social, cuyo objeto es el de resaltar el prestigio que lleva implícito. El antiguo Sr. Consejero Comercial se podía permitir ese aislamiento en su villa de las afueras; disponía de dos, tres o más emisarios y de servicio suficiente para subvenir a las necesidades cotidianas e, incluso, a las más insólitas y extraordinarias situaciones.

Las circunstancias que hacían posible aquella situación pasaron hace ya mucho tiempo, pero la pauta de ese comportamiento se ha desgajado de su situación social original y se mantiene aún hoy día operando en el vacío. Los sociólogos repiten una y otra vez que el hombre moderno de las ciudades es el que voluntariamente busca este alejamiento de las afueras y de sus villas. Lo que se confirma como acertada descripción, si se consideran las "nuevas formas aisladas de construcción en las afueras como manifestaciones suntuarias de las prehistóricas moradas de los habitantes de las cavernas y de los bosques".

Esta tendencia a la incapsulación reina asímismo en la construcción normalizada de las pequeñas viviendas agrupadas bajo un mismo techo. Es posible que nos encontremos ante una forma de comportamiento antisocial, que pudiera estar muy extendida; y muchos serán también los que opinen que nos encontramos ante las características de un voluntario modo de vida y de alojamiento, que no sea posible achacar ya a las ciudades ni a sus planificadores o constructores.

Podría ser que esa tendencia al rechazo de los contactos en el comportamiento de los ciudadanos obedeciese a que éstos se ven forzados a permanecer en la proximidad masificadora y monótona de nuestras ciudades.

Podría suceder también que el llamado deseo personal de modos de vida y construcción aislante no significase mucho. Los individuos saben muy poco sobre las motivaciones de su comportamiento, ya que el indi-

viduo es un producto cultural tardío, amenazado por constantes equívocos. Ante la pregunta sobre su deseo, más irracional que racional, de poseer una "vivienda propia", o cualquier otro tipo de edificación aislante, suele permanecer casi en silencio, pues no es ni siquiera capaz de expresar sus propias necesidades por medio de palabras.

Resulta muy cómodo argumentar que el habitante de la ciudad no desea el contacto con las familias y habitantes vecinos, ya que sus amigos y conocidos se encuentran dispersos por toda la ciudad; razonamiento muy útil para desacreditar cualquier experimento urbanístico que pudiese contrarrestar aquella "tendencia al rechazo de los contactos". ¿Se puede verdaderamente considerar como decisión voluntaria del individuo la tendencia a rechazar los contactos de proximidad, que a veces resulta incluso exageradamente enfermiza? No sabemos si el habitante de las ciudades estaría dispuesto, de constituir ello una constumbre social, a sumar a las amistades entabladas a lo largo de su vida unos contactos amistosos con la vecindad, por ejemplo, para la prestación de ayuda mutua; en definitiva, no es raro comprobar que los vecinos por causa del alojamiento no se pueden reunir cuando las circunstancias de la vida así lo exigieren.

Por eso me parece una pobre solución, y en desacuerdo total con la situación, la de planear y construir gran cantidad de viviendas –abstracción hecha de sus defectos internos– alineadas con absoluta falta de imaginación, con insuficientes "espacios adicionales" para juegos y esparcimiento y carentes de lugares de reunión, como es usual que suceda entre nosotros desde el fin de la guerra. Un buen clima de alojamiento, por ejemplo, el familiar, sólo se logrará cuando se puedan satisfacer dos necesidades: la necesidad de contacto de quienes viven juntos –es decir, su sociable convivencia– y, al propio tiempo, su necesidad de aislamiento. Lo que quiere decir que una vivienda deberá contener simultáneamente, lugares de reunión para los miembros del grupo y espacios propios de cada individuo que sean respetados por los demás.

De aquí que el arte de sentirse en casa vaya unido tanto a la disposición anímica de los habitantes como a la existencia de unos espacios razonables. Cada una de estas circunstancias condiciona a la otra en círculo vicioso. Al determinar que las posibilidades opuestas a aislamiento y convivencia constituyen los polos funcionales de una vivienda, se sitúa al antropólogo en notable contradicción con el arquitecto, a juzgar por la mayoría de las viviendas últimamente construidas.

Las viviendas no se planifican ante todo desde el punto de vista de las necesidades naturales, a las que deberían servir, sino que, de acuerdo con la estructura de nuestra sociedad, se consideran desde el punto de vista de la explotación o del prestigio; la vivienda es un indicador de poder y de "status" socio-económico. Las demás funciones, es decir, las necesarias para la cultura y la vida, quedan subordinadas a las anteriores.

La dictadura de la propiedad sobre el mercado de la vivienda es puro siglo XIX, imperturbable en sus sueños capitalistas de bienestar. Lo que hoy se construye y se alquila, los precios y la falta de consideración constituyen un grotesco y dramático reflejo de las perturbaciones de la ley de

la oferta y la demanda.

El convencimiento de que este principio regulador de la economía constituye una opinión cercana a un precepto divino, permanece inconmovible ante el hecho de que el sector trabajador de la nación esté tan miserablemente alojado, que ha debido renunciar a todo vestigio de comodidad desde hace ya tiempo.

Torpeza de los empíricos

La ciudad tradicional en la que vivían nuestros abuelos ha quedado destruída por dos procesos altamente dinámicos: por el caudaloso incremento demográfico y, si se nos permite la paradoja, por la "explosiva concentración de la población", como la denomina Gerhard Isbary. Y precisamente esta tendencia a la concentración en las grandes metrópolis se mantiene constante en todo el mundo. Las ciudades siempre tuvieron la misión de albergar a personas de todo tipo y condición, pero actualmente y en el futuro lo tendrán que hacer con unas cifras hasta ahora desconocidas en la historia de las ciudades. Pues la humanidad parece crecer con tan enorme rapidez que supera todas las planificaciones, aún antes de su realización.

La planificación generosa de nuestras ciudades no resulta precisa tan sólo para evitar el caos técnico. Cuando se comprueba que la ciudad no es ni antes ni ahora una estructura racionalemente buscada, sino que a ella afluye una gran cantidad de esperanzas irracionales de los ciudadanos abocadas al fracaso, se comprenden los apuros de los urbanistas, que se ven forzados a dar forma y justificación razonables a las tendencias de los hombres a hacinarse en los grandes núcleos urbanos, soportando todos sus inconvenientes.

De todas formas, las relaciones emocionales con la ciudad y con los vecinos estaban mejor organizadas en las ciudades clásicas de la historia.

De aquí que lo que debemos exigir de la planificación de las ciudades sea la aplicación de todas las opiniones científicas sobre la constitución de nuestro medio ambiente. Para la planificación de las ciudades y de las viviendas no habría que solicitar el consejo activo, pero torpe, del especialista que trata de limar las asperezas de las superficies de contacto de las enfrentadas muchedumbres humanas. Su misión es la de evitar todo recalentamiento por fricción y de racionalizar los caminos de confluencia. Pero, ¿conoce el llamado técnico en urbanismo y construcción de viviendas las necesidades humanas por su formación científica?

Sabe el número de metros cúbicos de tierra que hay que mover, calcula la densidad del tráfico con cinco o diez años de antelación, pero, ¿qué es lo que en realidad piensa sobre aquellos extraños seres que él registra como participantes en el tráfico, cuando se separan de la masa estadísticamente homogénea y se convierten en sonámbulos, parejas de enamorados, madres con cochecitos de niños pequeños o cansados trabajadores que regresan al hogar? ¿Y de qué manera ligan sus necesidades de ciudadanos a

todas estas personas con su propia ciudad? ¿Y cómo influyen sus diferentes edades en estas relaciones? ¿Qué es lo que anhela el ciudadano y con qué se conforma calladamente al quedar frustrado por no poder obtener algo mejor?

Es indudable que para responder a todas estas cuestiones se precisan unos conocimientos científicos de tipo especial. Habría que encontrar un técnico en todas estas cuestiones. El investigador que se enfrenta con el comportamiento humano bajo determinadas circunstancias es el psicoanalista. Busca las huellas que la vida en sociedad ha impreso en el carácter de cada uno, pero persigue también el destino del individuo y de su vida interior en el medio urbano y en los grupos aislados. Habrá incluso que reconocer que si el psicoanalista participa en la planificación de las ciudades no lo hace en calidad de otro técnico más. Representa más bien la conciencia crítica, bajo cuya influencia habría que configurar el entorno humano.

El psicoanalista no sale, por ejemplo, de su asombro al comprobar que la planificación mercantil de nuestras ciudades está claramente enfocada hacia un determinado tipo de edad –y eso de forma deficiente–, hacia el adulto con capacidad laboral. No obstante, debería también tener en cuenta las condiciones que precisan los niños, si han de convertirse en ciudadanos responsables y satisfechos. Debería respetar la tendencia evolutiva de nuestra sociedad, que permite que cada vez más mujeres trabajen fuera del hogar, lo cual otorga a esas mujeres un sentido de responsabilidad que les impide muchas veces renunciar del todo a ese trozo de bien ganada independencia en beneficio de los hijos.

Las consecuencias formales y de ordenación espacial son claras en ambos casos: hay que crear los presupuestos necesarios que permitan a las madres coordinar de forma satisfactoria sus diferentes papeles sociales. Hay que disminuir la distancia existente entre las zonas de vivienda y los lugares donde se llevan a cabo las actividades laborales de las madres para que puedan trasladarse con rapidez de un sitio al otro. Además, como los primeros años de la vida del niño son los que sientan los fundamentos de su futuro comportamiento social, difícilmente corregibles más tarde, no nos deberíamos conformar con que, al aparecer sus deseos de movimiento, comenzase un nuevo período de sufrimiento para el niño. Esta, su imposibilitada actividad, supone un constante problema, a causa, sencillamente, de que faltan espacios para los juegos infantiles, tanto en la estrechez de la vivienda como en los alrededores de la misma. Las autoridades deberían comprender definitivamente que se puede expropiar terreno no sólo para la construcción de un nuevo tramo de carretera, sino también para la construcción de zonas de juegos infantiles.

Manipulación de los débiles

Nos encontramos ante el notable hecho de que la planificación resulta necesaria precisamente porque ayuda a garantizar la libertad del desarrollo individual bajo determinadas hipótesis fundamentales; aquella libertad individual y crítica que estuvo indisolublemente unida a la más libre forma de vida de la ciudad.

Una ciudad que no ofrezca espaciosas zonas de recreo para los niños, ni lugares de fácil acceso para el deporte y el esparcimiento para los adolescentes, que no les proporcione piscinas y centros juveniles en la proximidad de sus viviendas, esa ciudad no podrá sorprenderse de que más tarde sus habitantes adultos se desentiendan de la vida política de la comunidad e identifiquen las cuestiones de dirección administrativa de la ciudad con los problemas de las empresas municipales de suministro de gas y recogida de basuras.

Nuestras ciudades imprimen actualmente en el inconsciente de sus habitantes la arcaica imagen de una madre gigantesca e inagotable. Se precisa una mejor planificación urbana, porque es lo único que puede ayudar a asegurar la libertad del desarrollo individual y racional en los más simples presupuestos biológicos. Pues no es posible desligar al hombre de las colonias de casas baratas y de los centros de producción de las condiciones de vida que estos espacios técnicos le proporcionan. De aquí que el verdadero elemento utópico en una eficaz planificación urbanística consista en el establecimiento de nuevas obligaciones mutuas entre la ciudad y sus habitantes. Habrá que idear un medio urbano que permita a cada uno seguir siendo fisognómicamente reconocible, seguir siendo persona, seguir siendo individuo.

Habíamos partido, sin embargo, del hecho de que todo estudio sobre la estructura urbana y las viviendas del futuro habría de tomar previamente en consideración que las formas de los más sencillos y primitivos grupos de convivencia humana, tales como la familia, las amistades y la vecindad, no permanecen constantemente inmodificadas, por lo que la ciudad habrá de tomarlas en cuenta, así como también las condiciones de vida y de desarrollo de los más diversos grupos. De aquí que no nos deba importar tanto el hecho de que se alcance un más elevado nivel de vida, como que se creen las condiciones vitales imprescindibles para las personas cuya vida transcurre en su totalidad dentro del marco urbano.

Aunque la explotación mercantil del espacio urbano se efectúe primeramente en perjuicio de la juventud, se realiza también en detrimento de los viejos. Se manipula desconsideradamente el mundo de los niños por constituir una débil esfera de poder; y lo que se refiere a las personas incapaces aún de subvenir a sus propias necesidades, puede aplicarse igualmente a quienes han dejado ya de poder efectuarlo por sí mismos. El simple hecho de tener que recordar las necesidades fundamentales de los diversos grupos de edad supone ya un fallo de la planificación urbana. Y aunque se haga con buena voluntad, no siempre se hace de forma racional.

La idea de una ciudad satélite para personas mayores de sesenta y cinco años, como la que en la actualidad se está realizando en Los Angeles, constituye una bien intencionada, pero desafortunada solución, pues tiene el aspecto de una antesala del crematorio. Lo que se debería intentar,

por el contrario, es la adecuada incorporación espacial de los ancianos en el entorno vital de las personas activas.

Auto-representación: La ciudad como psicotopo

Pero en las ciudades no sólo maduran los niños y se van apartando lentamente de la vida los ancianos, sino que también las personas de edad media sufren sus especiales problemas de madurez, entre otros, el de tener que llevar a cabo una enorme cantidad de renuncias. También aquí cabría preguntarse por las consecuencias de ordenación espacial que de ellas se derivan.

Es posible que nuestra sociedad necesite unos estímulos especialmente fuertes para preocuparse de estas o parecidas cuestiones. Debería, por ejemplo, dar que pensar que el crecimiento incontrolado de las grandes urbes en todo el mundo sea responsable de la creciente asocialidad de la juventud. Ante nuestros ojos se está desarrollando paso a paso una subcultura, es decir, una comunidad especial de delincuentes juveniles, cuyas raíces podrán encontrarse en las inquietudes de la pubertad, pero que posiblemente no alcanzaría ese grado de mortal insatisfacción con el entorno si disfrutasen de mejores condiciones de vivienda urbana.

Sería interesante determinar si nos podemos permitir la ideología supuestamente liberal que convierte en tabú intocable a la propiedad del suelo urbano. Pues si las condiciones de las barriadas de casas baratas siguen dependiendo de la tradicional distribución de la propiedad, nos quedaremos todos sin poder disfrutar de un medio urbano soportable y padeceremos en cambio una juventud asocial. El derecho privado a la propiedad del suelo concede al propietario una situación de monopolio sobre este limitado bien frente a los no propietarios, que dependen ineludiblemente de ese suelo y que, por lo tanto, puede ser explotados sin contemplación alguna por sus propietarios. Quienes defiendan estas condiciones de la propiedad, o su mantenimiento, por considerarlas "liberales", incurren en un craso error.

Mientras tanto hemos alcanzado ya –más allá de las importantes y discutidas cuestiones sobre el medio urbano de los diferentes grupos sociales– un área de problemas relacionados con las raíces mismas de nuestra cultura urbana. El biólogo Adolf Portmann atribuye a todos los seres vivientes la tendencia a la auto-representación. Es decir, un impulso interno de los seres vivos de todo tipo hacia un desarrollo cada vez más marcado de las características propias de la especie y de sus pautas de comportamiento. Si situamos a la ciudad en este contexto superior, veremos destacar dos de las funciones generales que ejerce para sus habitantes. Es un lugar se seguridad, de producción, de satisfacción de muchas de las necesidades primarias que resultan esenciales para la vida, y por otro lado, es el terreno nutricio, el lugar único del desarrollo de la conciencia humana, tanto en la esfera individual como en la comunitaria, como conciencia del "nosotros". Pero al modelarla, somos también influídos por ella; al construir los medios urbanos a nuestra medida , determinamos la dirección de nuestra propia evolución.

De aquí que las ciudades actuén como psicotopos –según la expresión de Richard Neutra–, pues representan una parte del proceso de propia concienciación para quienes tienen que agradecer a la ciudad el ser lo que son. Esta es la razón de que, cuando se encuentra en orden, se convierta la ciudad en el objeto preferido de sus habitantes, en expresión de una envolvente fuerza creativa y vital que engloba a varias generaciones; posee una juventud más indestructible que la de esas generaciones, una ancianidad más duradera que la de los individuos que en ella crecen. Cuando la ciudad está en orden se convierte en la más consoladora envoltura para las horas de desesperación y en el escenario más brillante para los días festivos. O por el contrario, proyectamos nuestras desilusiones sobre esta creación como si fuese ella, la ciudad, la culpable de las mismas; o le volvemos la espalda y nos alejamos de ella. Nos resultará entonces tan lejana como la niñez que en ella vivimos y que nos es tan poco querida.

De todas formas, al planificar las ciudades tendremos por misión la de lograr una nueva auto-representación, pues carecería de sentido y resultaría absurdo tratar de recrear las viejas ciudades, las hechuras de París, Siena o Florencia, de las que nos encontramos ya tan apartados como de la prehistoria, resucitar sus ideas y adoptarlas como ejemplo. Pero igualmente irracional sería negar que muchas de las grandes metrópolis de nuestra época son lugares insoportables para residir en ellas.

Se trata, pues, de un círculo literalmente fatal, determinante del destino: con las ciudades crean los hombres un espacio vital, pero también un área de expresión con miles de facetas, y, en reciprocidad, estas formaciones urbanas contribuyen a determinar el carácter de sus moradores.

Por desgracia, lo que podemos contemplar en los aglomerados pseudourbanos que se forman ante nuestros ojos es, precisamente, la creciente destrucción de muchas de las libertades urbanas, que nos habían sido legadas desde hacía muchos años, y la elaboración de unas nuevas situaciones de privilegio o de subprivilegio. Las ciudades son lugares políticos. Es digno de destacarse que algunos de los logros de las naciones industriales de Occidente, tales como la libertad religiosa, de opinión, de residencia, el libre acceso al saber y otros muchos semejantes, son manifestaciones del paulatino desarrollo del pensamiento de los habitantes de las ciudades y expresión de una forma de vida en la que la confrontación intelectual ha sustituído, al menos en gran parte, a las primitivas formas de competencia violenta. Es decir, que la libertad nació en las ciudades.

En definitiva, nuestro mundo técnico ha sido creado por una conciencia educada en la ciudad. Por su parte, este mundo técnico nos exige una enorme seguridad. Sin embargo, en la planificación urbana y residencial parece a veces que nos mostramos confusos, lacrimosos y dominados por todo tipo de tendencias al escapismo y al disimulo.

En este punto han fracasado nuestros partidos, incluso nuestro Parlamento, por no haber sido capaces, al menos, de crear alguna motivación espiritual. Pocas son las ocasiones en que han dejado aparecer una ordenación que permita la formación de una voluntad popular racional. Ningún partido ha atacado decididamente el problema de la planificación ur-

bana, aunque es indudable que con ello se hubiesen entusiasmado muchas personas. Mas quienes se acobardan ante unas exigencias que les parecen insuperables, como las de la planificación urbanística, o se hunden en el olvido o más pronto o más tarde se ven obligados a enfrentarse con ellas.

Pero en la revisión de los planes urbanísticos, y mucho antes de tenérselas que haber con criterios y razones, se tropieza con el recelo de la posible violación de ciertos privilegios. Desde los tiempos de Roma, estos privilegios han cuajado en el Derecho Privado. Esto es lo que dificulta tanto el poderse enfrentar con seriedad al problema de la planificación urbanística. Casi todas las personas con las que habla uno seriamente sobre la cuestión creen firmemente que confiar en modificaciones que otorguen una mayor libertad a esos planes constituye una utopía. Antes desaparecería nuestra sociedad, que llegar a mostrarse dispuesta a aceptar por las buenas que el suelo urbano no puede ser tratado en pie de igualdad con los demás productos susceptibles de reproducción, puesto que constituye uno de los supuestos vitales irreproducibles que, en las circunstancias vigentes, debe ser repartido entre un creciente número de personas. La limitación del derecho de la propiedad excluyente resulta tan difícil de conseguir porque nos recuerda una antigua injusticia, cuyas huellas podemos seguir hasta las mismas fronteras de la historia, hasta la prehistoria, y que nos trae a la memoria usurpaciones de territorios, explotaciones, luchas hereditarias, es decir, una infinidad de manifestaciones de egoísmo, cuyas consecuencias han perjudicado tanto a la humanidad e incluso la han empujado a la plaga de las guerras. Nadie quiere que se le recuerden unas injusticias que sirvieron para fundamentar unos privilegios. La mejor defensa frente al creciente sentimiento de malestar es aferrarse al "status quo". No se conseguirá la revisión de las condiciones de la propiedad ni la "limitación del derecho de propiedad", de la que con tanto valor hablaron los padres de la Constitución bávara. Pero sin esta limitación del derecho privado de la propiedad del suelo y de los terrenos urbanos no será posible pensar en una planificación libre. Si exigimos aquí las expropiaciones en nombre del interés público, lo hacemos a favor de las condiciones biológicas mínimas que exige el sano desarrollo psicofisiológico; a favor del logro de las condiciones mínimas para el fructífero desarrollo del proceso de socialización del hombre. No se trata de promulgar una disposición anti-individual obligatoria, que viole arbitrariamente los privilegios de la propiedad, sino de salvaguardar aquellos presupuestos vitales que permiten el desarrollo de verdaderos ciudadanos que, en su edad adulta, hayan superado un camino de madurez y de experiencia social que les hace ser abiertos y conscientemente críticos ante los problemas de la comunidad, es decir, actuar de forma democrática, sensible y urbanamente liberal en vez de cerrada, egoísta y plenamente cargada de prejuicios y desengaños.

De todas formas, la expresión de "expropiación en nombre del interés público" no puede servir únicamente para amedrentar a los interesados. Aún no se ha calibrado con seriedad el hecho de que el socialismo pueda

garantizar la transmisión clásica y humanística de nuestra cultura urbana.

Pero, no obstante, si un grupo poderoso se esforzase por poner en práctica nuestra demanda de una nueva ordenación de las condiciones de la propiedad del suelo, sería de temer un levantamiento popular. Esto supondría un consuelo para nosotros, pues así se llevaría a cabo la, desde hace tantos siglos, necesaria revolución alemana y el pretexto sería digno de ella. De todas formas, el resultado sería incierto, aunque algunas personas lo nieguen y afirmen, por el contrario, que ese resultado es ya bien conocido: a favor del "status quo".

Capítulo 2

DE LA POSIBLE UTILIDAD DE LA PSICOLOGIA SOCIAL EN LA PLANIFICACION URBANISTICA *[1]

Peligrosos tabúes

El motivo de las reflexiones siguientes es la imposibilidad de solucionar los problemas urbanos enfocándolos desde un único punto de vista. Solo la meditación conjunta de urbanistas, arquitectos, autoridades y representantes de las Ciencias Humanas (sociólogos, psicólogos sociales, politólogos, psicólogos del desarrollo) será capaz de evitarnos la comisión de errores graves, y preservarnos de la insistencia en una planificación equivocada plagada de males. Aquellos de entre nosotros que profesionalmente se ocupan de investigar el comportamiento humano deben esforzarse en alcanzar un conocimiento común del hombre. Tal sería mi propuesta terapéutica y no sólo para el supuesto de la planificación urbana o espacial. Unicamente así podremos formar una opinión pública e influir sobre el gran público en el sentido de nuestros conocimientos. En este aspecto podría resultar útil presentar, como motivo de discusión, algunas ideas sobre la posible utilidad de la psicología social en la planificación urbanística.

En la presente digresión prescindo voluntariamente del factor que, posiblemente, sea en nuestro país el más importante y nefasto de todos cuantos se oponen a una inteligente planificación de nuestras ciudades y a una previsora ordenación de los espacios, a saber, el derecho de propiedad sobre el suelo y las fincas urbanas. Este derecho de propiedad data de

(*) Conferencia pronunciada el 10 de junio de 1966 en el Institut für Städtebau der Technischen Hoschschule Darmstadt (Instituto de Urbanismo de la Escuela Superior Técnica de Darmstadt), publicada en *Bauwelt* 39/40 del 29 de septiembre de 1966, págs. 868-876.

1 Manuscrito revisado de una conferencia pronunciada el 10 de junio de 1966 en el Instituto de Urbanismo (Profesor Guther) de la Technischen Hochschule (Escuela Superior Técnica) de Darmstadt.

etapas históricas pasadas cuya vigencia no se puede contar entre las tradiciones positivas. Los supuestos existenciales de la sociedad feudal y de la época del capitalismo burgués que se reflejan aún en nuestro derecho del suelo, quedaron definitivamente superados en la evolución hacia la gran sociedad industrial. La pervivencia de una ordenación tan arcaica de la propiedad del suelo y las fincas urbanas ha venido a frustrar la oportuna adaptación de nuestras ciudades, así como también la de las aglomeraciones de casas baratas que en muchos casos las sustituyen. En este punto se puede constatar una falta de uniformidad en el desarrollo: la completa modificación de los procesos productivos y el crecimiento rapidísimo de la población urbana han creado nuevas formas de vida —pero, en cambio nuestra *conciencia* de estas modificaciones no ha aumentado al mismo ritmo. No existe conciencia pública sobre el hecho de que el egoísmo privado, los privilegios privados, deberían quedar sometidos a las necesidades últimamente aparecidas de la comunidad en las "ciudades"[2].

Para no aparecer como un tozudo destructor de tabúes —como alguien que quiere privar a la gente de sus propiedades— tendré que aceptar aquí una limitación en aras de la justicia. Aunque no dispongo de buena información sobre la planificación urbanística rusa, que se desarrolla bajo condiciones totalmente diferentes, tengo, sin embargo, la impresión de que la abolición de determinadas barreras de la propiedad tampoco ha logrado que sus ciudades resulten mucho más humanas. En mi opinión no han sido planeadas y realizadas con mayor preocupación por la individualidad que las alemanas. Pero puede que para ello existan razones diferentes a las nuestras. En la desaparición de las antiguas ciudades y en el crecimiento inflacionista de las nuevas barriadas de casas baratas intervienen procesos ostensiblemente muy complejos. Opino de todas formas que si la sociedad de nuestro país no es capaz de promulgar una nueva ordenación de la propiedad urbana, ello constituirá prueba evidente de su falta de dignidad, de su insuficiente confianza y de su insuficiente capacidad para arribar a nuevas orillas.

La planificación urbanística en su mayor parte no ha sido capaz de seguir los procesos que influyeron sobre el curso de la historia universal de esta época. El carácter intocable de la distribución de la propiedad, junto a la rigidez y miopía de las ordenanzas de la construcción en las zonas urbanas de interés público, ha contribuído más bien a estrangular profundamente aquellas planificaciones. Siempre que alguien osaba reestructurar mentalmente el complejo de la vida urbana (cosa imposible, bajo el peso de una distribución aleatoria de la propiedad del suelo), se procedía inmediatamente a montar la artillería pesada de los tabúes ideológicos. De

[2] Lo que designamos como "ciudades" no son en realidad más que unas creaciones reprochables, pues se trata de unos hacinamientos de barriadas entremezcladas y desgajadas de todo orden de desarrollo, a los que se pueden aplicar muy pocos criterios de la antigua ordenación urbana.

aquí que haya decidido eliminar estas cuestiones. (La equivocada idea de nuestras autoridades sobre el deber de inspección, la reglamentación de la policía de la construcción y la servil obediencia en este sector son dignas de un posterior análisis.)

Cambio estructural y comprensión propia

Se puede pensar que, durante los pasados 5.000 años de su historia, el concepto de "ciudad" ha supuesto el constantemente renovado intento de palmar en la realidad una vida social más humana. Que no queramos ya vivir en muchos de los viejos edificios o barriadas no constituye argumento en contra de mi tesis de que la ciudad representa el intento, de actualidad similar en cada una de las épocas históricas transcurridas, de conseguir esas condiciones de vida humanamente justas. Los hombres de las épocas pasadas no podían manejar tantos factores de su medio ambiente con la eficacia con que hoy en día somos capaces de hacerlo. La ciudad fue siempre el lugar en el que estrechamente se entrecruzaban y completaban los intereses individuales y públicos. Las ciudades reflejan con gran viveza esas épocas de organización estamental o clasista del cuerpo social entero. Nos muestran la frecuencia con que, dolorosamente, se vió sometido el interés común al individual, pero contrariamente, también los casos en que, bajo determinadas circunstancias, fue capaz la potencia del individuo de expresar la conciencia de la generalidad de la manera más emotiva, generosa y animosa, y ello gracias al talento de los arquitectos.

Me permito mencionar aquí que también de este área se ha efectuado una gran transformación. La honorable profesión de aquitecto tiene una larga historia, que se puede ver plasmada en numerosas construcciones imponentes. Todos estos edificios son, al mismo tiempo, representación de la comprensión propia de quienes han venido transmitiendo los conocimientos técnicos y artísticos de generación en generación. De aquí que parezca inherente a la misma esencia del concepto de arquitecto el dejar tras de sí una serie de obras destacadas. Pueden sentirse seguros, porque constituyen el brazo ejecutor de aquellas instituciones sociales o de aquellos individuos socialmente destacados, capaces de permitirse la construcción de esos monumentos; lo que no se podría realizar si no existiese una inmediata conexión con la sociedad de cada época, que siente siempre la necesidad de dar vida a sus símbolos válidos, entre los que se cuentan las edificaciones. Y a los arquitectos corresponde la tarea de descubrir el medio de expresión preciso, emotivo y simbólico de una determinada época a través de sus construcciones, incluso aunque resulten símbolos de lo advenedizo y de la debilidad. Que pueden también ser perfecta expresión de la conciencia vital de una época, como lo prueban las ciudades militares de la Roma de la decadencia o los documentos arquitectónicos de la "época de la colonización". En cuanto a su debilidad por "el detalle óptico", combinada con su facultad de levantar rápidamente gigantescos edificios, demuestra asímismo hasta qué punto son hijos de su tiempo los

miembros de la generación de arquitectos actualmente en activo –hijos de un tiempo al que no le interesa conseguir que el individuo se albergue como tal individuo, por muchas facilidades técnicas de que pueda disponer en la actualidad. Pero ésta es precisamente la misión que se le plantea a nuestro urbanismo *en masse* y no sólo a quienes han de idear las viviendas unifamiliares.

Durante el siglo XIX, y hasta bien entrado el siglo XX, cayó el mundo idético de los arquitectos, al igual que sucediera en otras muchas profesiones liberales, bajo la influencia del culto al talento. Hasta ahora no se ha logrado desechar del todo ese concepto, ya que los imponentes rascacielos que proliferaron durante estas décadas, se presentaban como grandes proezas (o grandes fechorías) a los ojos de los paseantes. Sin embargo, este concepto va siendo ya superado. Lo que no implica en modo alguno que se pueda prescindir de la habilidad creadora de los arquitectos cuando se pretende que un edificio sea algo más que un simple lugar de refugio en caso de necesidad. Esto resulta evidente en todas partes. Pero no se les puede someter a crítica creyéndose uno mismo un genio. La crítica acertada debe orientarse de otra forma.

Lo que sí pongo en tela de juicio es aquella actitud autoritaria de ciertos arquitectos, que creen conocer lo que el cliente necesita mejor que éste mismo.

Las luchas por determinar quien podrá más, si el arquitecto o su cliente, son, según mi opinión, expresiones de una nefasta división del poder, así como de una supervaloración (en ambas partes), nacida de los cambios sociales, a los que a todos nos resulta muy difícil acomodarnos. El arquitecto es hoy, ante todo, un especialista que, en unión de otros, determina de modo práctico el *entorno vital total* de una parte *creciente* de la población del mundo. Y tiene muy poco que ver con la sublimación genial de la conciencia existencial expresada por las ostentosas edificaciones del pasado. Habrá, más bien, que buscar nuevas misiones al proceso urbanizador, a ese proceso de la tecnificación de nuestro entorno que, –para repetirlo de nuevo– se está convirtiendo en el medio ambiente vital de muchas personas. Ello exige una profunda modificación de la propia conciencia, un cambio en la identidad profesional.

Esta modificación de la identidad profesional no es fácil de lograr, a causa, especialmente, del desigual crecimiento de nuestro saber. En el terreno de la investigación centrada en torno a la naturaleza se han logrado enormes avances, que se siguen produciendo con velocidad creciente. Según informa el "New York Times", los conocimientos en el área de las ciencias naturales se han cuadriplicado desde 1935. Tenemos acceso a cuatro veces más hechos que entonces, y desde ahora hasta 1980, los investigadores naturalistas acumularán tantos conocimientos nuevos como los que sus predecesores lograron almacenar en el transcurso total de la historia. Este ritmo no lo pueden mantener aquellas ciencias que entienden al hombre como ser sujeto a pensamiento y sensaciones. Pues el hombre opone grandes dificultades al conocimiento de sí mismo. Hemos entrado de lleno en una civilización artificial que dispone de escasas bases

evolutivas, pero, en cambio, de numerosas bases permanentemente informadas por la revolución y la subversión de las ciencias naturales, las técnicas de la producción, las opiniones y las pautas de comportamiento. Estos cambios en los sectores de la investigación y de la aplicación de las investigaciones han tenido por consecuencia la amplia reestructuración del organismo económico total y ha producido, además, un cambio estructural de la sociedad entera; este desfase se puede medir al comparar nuestras pautas de comportamiento con las de nuestros abuelos.

Todo lo cual ha sido realizado y se realiza aún, por unos seres que conservan su dotación *biológica* sin modificar. Los que integran esta civilización han permanecido siendo esencialmente los mismos sin que, sorprendentemente, les haya afectado el profundo corte de la historia; pese a que, por término medio, hayan crecido algo más, estén mejor alimentados y sean un tanto más capaces de efectuar una crítica, tal vez porque sepan algo más del mundo. Lo que, en esencia, quiere decir que sus necesidades básicas siguen siendo las mismas.

Impulsos y opiniones

Naturalmente, los conocimientos psicológicos tampoco se detuvieron del todo. Debemos agradecérselo, en especial, a Sigmund Freud y a su escuela. Freud efectuó un "giro copernicano" en el análisis del comportamiento humano. Desde entonces sabemos más sobre nuestras motivaciones al representar nuestros papeles de entes sociales o de individuos. Nuestro conocimiento del hombre es más exacto de lo que nunca fué. Aunque, como es natural, se mantengan muchas lagunas. Es de lamentar que este conocimiento impuesto frente a nuestras resistencias íntimas no haya llegado a ser, pese a la proliferación de algunos lugares comunes, del dominio común de la masa, de forma similar a la manera como esa masa ha sabido utilizar las fuerzas naturales, con ayuda de técnicas muy elaboradas. Frente a sus propios *impulsos,* los hombres de nuestra sociedad se encuentran en el estado "paleotécnico", para expresarlo con palabras de Lewis Mumford.

Lo que puede también exponerse de otra manera. Allí donde la psicología –en especial, los conocimientos sobre las motivaciones– pueda tener utilidad, como por ejemplo en la publicidad, resultan completamente efectivos los análisis y es factible la acertada orientación parcial de los comportamientos humanos por influjo de las prácticas publicitarias. Pero, en cambio, cuando se trate de la *revisión crítica de los juicios de valor* y de la orientación de los juicios fundamentales de nuestra sociedad a la vista de las aportaciones de los últimos 100 años, resultará usual que las reacciones tiendan hacia la incertidumbre, a no ser que todos los esfuerzos en este sentido sufran de estrechez de miras y resulten colectivamente discriminados.

Así, en nuestra tarea nos tendremos que enfrentar con unas resistencias a la comprensión, conformadas por el medio ambiente de cada uno

de nosotros. En pocas palabras, que deseamos que no se nos perturbe ni moleste en nuestro egoísmo, para el que siempre existirán buenas razones. Estamos bien provistos de prejuicios estereotipados y disponemos de buena cantidad de gritos colectivos para defendernos de cualquier ataque del exterior. Tal resistencia no constituye ninguna novedad. En todos los tiempos y lugares se han defendido los hombres contra las modificaciones de su horizonte de valores, de sus normas consuetudinarias, de sus pautas de comportamiento. En este orden de circunstancias es fácil que se desarrolle un sentido del peligro, de un próximo desastre. Y con razón, pues el hombre no es un ser que disponga de una ordenación firme de su entorno, sino que, por el contrario, se halla constantemente ocupado en crear su propio medio, partiendo de los supuestos físicos que le son dados. La resistencia frente al convencimiento, que implicaría la obligación de revisar el *propio* comportamiento, no se debe a pura maldad, sino que obedece a una norma básica de toda materia viviente. Los entornos de los individuos que comparten un mismo espacio vital tienden a establecer y, posteriormente, a mantener una situación de equilibrio mutuo. Toda perturbación del equilibrio fisiológico se ve, a su vez, contraatacada en cualquier área de la biología por medio de las más violentas reacciones defensivas.

Pero en los últimos 50 años se trastornaron profundamente las bases socioeconómicas de nuestra sociedad y, consecuentemente, también las morales. En la palestra política internacional han surgido participantes totalmente nuevos, se han desmoronado y desvanecido áreas de poder que parecían inquebrantables; y ello no sólo como consecuencia de las guerras, sino, especialmente, a causa del desarrollo de unas técnicas de producción completamente nuevas; como resultado de unos nuevos conocimientos sobre la Naturaleza; debido al contagio sufrido por la inclinación anímica en la epidemia mundial de los nacionalismos, de la que casi ningún grupo se ha podido librar. No obstante, las sociedades humanas, como organismos biológicos que son, tratan de mantener el equilibrio vital durante el mayor tiempo posible y se aferran al "status quo", aunque ello comporte grandes pérdidas y sacrificios o incluso resulte absolutamente irracional al ser sometido a detenida consideración. A este respecto convendría utilizar un claro ejemplo médico. Es frecuente ignorar síntomas evidentes de enfermedad, que suponen un enorme riesgo, debido a que el paciente suele sentir más temor ante el conocimiento preciso de sus males o ante la incertidumbre de lo que le estará reservado que ante las mismas consecuencias de su enfermedad. Nadie de nosotros utiliza tampoco argumentos lógicos cuando ve sus motivaciones profundas en peligro. Habrá que aceptar que colectivamente tropezaremos con enormes resistencias siempre que se trate de abolir algún privilegio (que satisface siempre los impulsos de determinados grupos aislados) para elevar al nivel de una existencia más humana a mayor cantidad de miembros desprovistos de privilegios de cualquier sociedad; lo que quiere decir que ante el "hambre" y la necesidad de nuestros semejantes solemos no entregarnos de verdad. Es poco frecuente que nuestra conducta se modifique de repente

movida por alguna razón, como si hubiese sufrido una súbita mutación; lo que significa que se precisen innumerables repeticiones de ese hecho para que cale hasta nuestra conciencia, la conciencia de cada uno de los que conjuntamente formamos la sociedad. Necesitamos antes haberlo ignorado, haber interpretado falsamente su significado, haberlo rechazado muchas veces. Al sentirnos movidos a modificar nuestra conducta, percibimos siempre al mismo tiempo una sensación de miedo. Las clases dominantes lo podrán negar hasta la víspera misma de una revolución. Pero también el débil se amedrenta ante los cambios. Y si se examina la historia humana habrá que aceptar que siempre y en todas las épocas ha habido motivos suficientes para semejante miedo.

Nos movemos siempre, por tanto, entre soluciones incompletas, ya que no es posible que se obtengan mejores y más definitivas ordenaciones humanas en tanto exista la historia del hombre. De los numerosos manifiestos, compuestos algunos también por los arquitectos, en los que parece anunciarse una especie de redención de la humanidad con ayuda de los nuevos principios conformadores, se puede deducir el grado en que padecemos la injusticia de los usos sociales, la injusticia de las costumbres y las normas jurídicas que, no obstante, nos hemos impuesto y nos deberemos seguir imponiendo a nosotros mismos para no caer en el caos.

Los psicólogos y los sociólogos pueden resultar de gran ayuda en este punto concreto, o más bien, podrían ser de utilidad si se les convocase. Pues los manifiestos suelen ser cuestionables y frecuentemente ineficaces cuando están informados por un pensamiento escatológico, es decir, cuando están pensados para alcanzar soluciones definitivas, cuando irreflexiblemente operan con conceptos tales como la felicidad y la salud humanas.

Racionalismos y fantasías

Esos planes encierran a veces grandiosas ideas para el bien de la humanidad, pero habrá que añadir que, desgraciadamente, esas ideas grandiosas no es raro que supongan para el psicólogo unos deseos de huída ante la realidad. Responden al hecho de que nos preocupemos de muchas de nuestras posibilidades por medio de simples deseos. No pretendo negar con ello el derecho a la existencia a esa *fantasía que con tanta urgencia precisamos.* Pues sin ella caeríamos realmente en una desconsolada monotonía, como lo demuestra la actual carencia de fantasía en la estructuración de nuestros espacios habitables y urbanos. Pero la sola fantasía tampoco resultará suficiente. La fantasía ha de ir unida al racionalismo de la mayoría y al conocimiento de las condiciones naturales de la existencia humana para no desvirtuarse, para no desembocar en la extravagancia o seguir siendo para siempre un simple plan sin esperanzas de realización.

Esto se puede explicar eficazmente con el ejemplo de uno de los arquitectos realmente productivos de este siglo. En el año 1908 publicó Adolf Loos un ensayo programático que pronto se hizo célebre y que aún con-

tinúa siéndolo. Se titulaba "Ornamentación y Delito"[3]. Loos mantenía la opinión de que un mismo comportamiento ha alcanzado significados, valores y pesos diferentes en los diversos estadios evolutivos de la historia de la humanidad. Aseguraba que no porque los papúes se tatúen y sean caníbales, habrán de ser por eso considerados como delincuentes. En cambio, y cito literalmente: "El hombre moderno que se tatúa, o es un delincuente o un degenerado". Pero aun prescindiendo de las ideas sobre la degeneración que estaban entonces de moda[4], resulta evidente que la frase encierra indiscutiblemente gran parte de verdad. Nosotros ya hemos dejado atrás las ideas animistas. Ahora nos es imposible aceptar que si devoramos a un enemigo nos apropiamos también de su fuerza. Y hemos aprendido asimismo a considerar y a interpretar los adornos como algo diferente; aunque haya que señalar que las elevadas artes de la cosmética moderna han venido a demostrar que en el culto corporal de la humanidad siguen aún muchas cosas vigentes. Según Adolf Loos para el canibalismo rigen los mismos principios que para el uso de la ornamentación, a la que declara una lucha a muerte. "He llegado al siguiente convencimiento, que brindo al mundo: el desarrollo de la cultura va unido a la eliminación del adorno como objeto de uso normal". Desde el punto de vista del psicólogo, y dicho de forma un tanto irrespetuosa, esto constituye una "idea supervalorada", es decir, un producto intelectual patológico. Si se siguen analizando todas las expresiones de ese manifiesto se verá que confirman mi tesis de una evasión al área mental de los deseos. Es indudable que Loos y otros espíritus semejantes padecían bajo el recargado gusto de sus contemporáneos. Pero la reacción contra el uso indebido del adorno no justifica, sin embagro, la formulación de una teoría que lo califique de delito. Loos escribe: "Hemos superado la ornamentación. Hemos luchado hasta llegar a la carencia de todo ornamento. ¡Ved! El momento está próximo. Nos espera la satisfacción. Pronto brillarán las calles de las ciudades como blancas paredes, como Sión, la Ciudad Santa, la Capital de los Cielos. Entonces se habrá alcanzado la verdadera satisfacción". ¡Y todo ello gracias a la eliminación de los ornamentos! Aun prescindiendo de esos patéticos excesos, para no hablar de la misma ornamentación del lenguaje de Loos, que resultaban tan característicos de aquella época, en la que se vivía inmerso en tantas extravagancias de tapicerías, cortinajes y vestimentas, siempre quedará el hecho de que no se puede apoyar la armazón de unas nuevas creencias salvadoras sobre la materialización de una renuncia necesaria en un determinado momento histórico, aunque esa renuncia resultase realmente imprescindible en tiempos de Loos.

Sesenta años más tarde se encuentran las calles plagadas ya de brillantes fachadas de cristal y desprovistas de todo adorno, de acuerdo con los deseos de Loos, pero nosotros hemos de plantearnos de forma mucho

[3] Publicado de nuevo en Ulrich Conrads: "Programme und Manifeste zur Architektur des 20. Jahrhunderts", Bauwelt-Fundamente, I.– Berlín (Ullstein). 1964 (pág. 15 y siguiente).

[4] No se olvide al "dégéneré supérieur" de Nietzsche.

más escéptica: ¿A qué época es a la que en verdad nos hemos aproximado? ¿A la de la satisfacción? Mucha es la falta de amor y de fantasía, mucha la puritana autolimitación de los impulsos lúdicos, muchos los desenfrenados pensamientos de lucro que han traído consigo esas desesperadamente iguales fachadas. De aquí que nos preguntemos si en la actualidad no habremos perdido toda capacidad para los detalles artísticos (de la que los ornamentos eran buena prueba), si no serán los nuevos materiales de la "neotécnica" (Lewis Mumford) los que tan eficazmente se opongan a aquella estructuración, así como, naturalmente, también las enormes dimensiones alcanzadas. De cualquier modo ya no tenemos que vérnoslas con una evolución en el sentido que Loos daba a esa palabra, sino que, al aparecer unas nuevas técnicas, unos nuevos materiales y una nueva "relación objetiva", una nueva relación del hombre con su medio ambiente, ha ido desapareciendo la estructuración ornamental de los edificios, que, a finales de la época "paleotécnica", había degenerado hasta convertirse en brutal demostración del estilo fundacional. Por las fachadas de aquella época es fácil distinguir al que Thorstein Veblen denominó "conspicucous consumer".

Modas y protestas

El psicólogo que se ocupe de las motivaciones del comportamiento humano podrá enfrentarse a las ideas grandiosas antes de que éstas se desborden, tratar de considerarlas en su condicionamiento e intentar ordenarlas. Por todo lo cual no suele ser nunca muy popular. Pues no nos resulta agradable tener que refrenar nuestras incitantes fantasías salvadoras a la vista de los hechos, de la historia actual y de la concatenación de las circunstancias. Cuando se ha descubierto una nueva aleación metálica se puede estar seguro de que se utilizará; pero cuando se han logrado establecer las importantes líneas de motivación de un determinado comportamiento o llegado a comprender por qué razón se ha ido demasiado lejos o por qué esta vez tiene la ornamentación la culpa de todo, entonces esto ya no se acepta con tanta facilidad. Los innovadores consideran a sus críticos como reaccionarios; los conservadores no se doblegan más que ante la fuerza.

Parece más bien que la profecía de Loos, considerada dentro de sus propios límites, ha resultado bastante desacertada. Bien es verdad que las fachadas han sido despojadas de todo adorno, pero no por las razones que él adujo, no a causa de la ilustración de la conciencia pública por un manifiesto individual; no porque se haya producido una auténtica e irreversible modificación histórica del nivel de conocimientos como fue, por ejemplo, la superación del animismo y del canibalismo. Esto supondrá de hecho una evolución. Pero la ornamentación aún no ha sido superada en esta forma. Pues ni siquiera existe razón firme alguna para una irreversible evolución de ese tipo. No han surgido más que unos nuevos materiales para ser utilizados en la construcción. Al principio, estos materiales, y las

nuevas posibilidades que brindaban, atrajeron la atención sobre sí mismos, como anteriormente lo habían hecho los detalles visuales. Entonces se produjo el "shock" estético ante la claridad de esos espacios ascéticamente ordenados. Constituía una novedad y provocó un gran entusiasmo. Durante decenas de años se había complacido la gente en ocultarse en la sombra tras pesados cortinajes de terciopelo, pero ahora se abrían las habitaciones a impulsos de las "picture windows" (ventanas panorámicas).

Aunque este hecho parezca tener más carácter de comportamiento alternativo entre posturas opuestas de la moda que de evolución psíquica. Pues junto al anhelo de mantener el equilibrio en un organismo o en un *biotopo* –por ejemplo, en una sociedad humana–, junto a ese conservadurismo de la naturaleza habrá que mencionar asimismo a ese otro impulso inherente al ser humano, el de lanzar constantes innovaciones. Cuanto más incapaces de movimiento nos hayan hecho muchas de las objetivaciones sociales, cuanto más incoscientemente nos entreguemos, por ejemplo, al tráfico, tanto más natural nos resultará el deseo de alcanzar y disfrutar de una especie de libertad sustitutiva mediante los cambios continuos de las modas, como sucede, por ejemplo, con el aspecto externo de los automóviles. Cuando la sociedad entera está sobrealimentada y se siente dirigida por encima de toda medida soportable, es cuando brotan las protestas totales, como la de los "hippies". Ya en la Edad Media había surgido el movimiento de los monjes mendicantes como respuesta a una similar situación opresiva de la historia. Estos son buenos ejemplos de cambio dialéctico completo en el proceso del devenir histórico; en ellos podrá deducirse una muy lenta modificación de la concienca –a consecuencia de la ampliación de los conocimientos–; no obstante, el proceso histórico extraerá su energía principal de las nuevas facilidades que se ofrezcan, sean éstas unas nuevas posibilidades técnicas o bien la ilusión ante nuevas preferencias recién aparecidas. Así es como se desarrolla la sustitución de intereses en la conciencia al crearse un nuevo ideal. Sin embargo, esto no supone una ampliación de los conocimientos de tal magnitud que obligue a suprimir los adornos por considerarlos como una manifestación de "delincuencia". Así, resulta fácil imaginar un retorno a los adornos, debido a un fortalecimiento de la necesidad de ornamentación; a una oposición contra la monotonía de las grandes superficies, que no permiten ya reconocer que detrás de las mismas transcurren las vidas de unos individuos reales. De esta forma es posible que hayan resultado ineficaces algunos manifiestos, aun cuando parezca que la situación posterior haya venido a darles la razón. Pues podría existir una conciencia externa, no porque sus profecías hayan resultado ciertas, sino por unas eficaces influencias, totalmente independientes de aquellas.

Crítica racional de la carencia de imaginación

A esta crítica –respetando siempre la realidad– deberíamos someter las ambiciosas manifestaciones de muchos arquitectos; no para criticarles

en su faceta de creadores de bellos edificios –lo que desde luego no puede discutirse–, sino para intensificar nuestro conocimiento de los factores determinantes de las opiniones humanas y del comportamiento humano, así como de las posibles equivocaciones y de los errores propios. Tal vez sea ésta la tarea más urgente que podamos encontrar en este universo humano, que se va inclinando hacia una niveladora uniformidad, al mismo tiempo que se ve amenazado por una serie de imprevisibles conflictos.

Tampoco faltó esta vez la respuesta dialéctica. Las grandiosas ideas de los Loos y los Gropius –cito de este último: "Arquitectos, escultores, pintores, todos tenemos que retroceder a la artesanía", o también: "la meta final, aunque lejana, de la "Bauhaus", la constituye la obra de arte aislada, la gran construcción" (*Manifiesto fundacional,* 1919)–, estas ideas grandiosas las barrió cuarenta o cincuenta años más tarde el pintor vienés Hundertwasser con un solo movimiento de la mano. Pues redactó el *Manifiesto del enmohecimiento en contra del racionalismo existente en la Arquitectura*[5]. Cito textualmente: "No se deben poner obstáculos a los gustos constructores del individuo. Todos podrán construir y deberán construir para sentirse así responsables de las cuatro paredes entre las que habitan". Pero este manifiesto encierra asimismo frases alarmantes, por ejemplo: "La inhabilitabilidad material de las barriadas míseras debe ser antepuesta a la inhabilitabilidad moral de la arquitectura funcional y utilitaria". "De aquí que haya que mejorar el principio de las barriadas de casas baratas, es decir, de la arquitectura rampante, y tomarlo como punto de partida, y no a la arquitectura funcional".

Se ha destacado así la reacción, indiferente y malévolamente limitadora, de la opinión pública, en especial la de las influyentes autoridades de la construcción. Con santa ira se niega, al cabo de cuarenta años, todo valor a lo que hasta la fecha había constituído norma directiva. Lo que necesariamente tiene que provocar escepticismo, resistencia e, incluso, miedo soterrado. El asustado burgués se ve motivado por estas opiniones, formuladas de forma apodíctica y surgidas sin razón aparente, a optar por la conservadora solución de la salvación universal y medir el grado de "adelanto" por las instalaciones sanitarias o las de la calefacción. Resulta en realidad aterrador tratar de determinar qué esquema de orientación habremos de seguir. Indudablemente, esos patéticos y provocadores programas nos incitan a la reflexión. Esta es, precisamente, su cualidad estimulante. Pero resulta muy dudoso que ejerzan alguna influencia; al menos, tendremos que conformarnos con que a la elevación de los pensamientos no corresponda un cambio en las decisiones. La opinión general no está preparada para seguir a Fritz Hundertwasser, pese a haber puesto al descubierto un decisivo punto capital. Pues esa opinión general considera el paso desde la "inhabilitabilidad material" a la "inhabilitabilidad moral" de los edificios sociales, como un deseable adelanto, sin percatarse casi de los peligros que implica. Kevin Lynch cita en su hermoso libro

[5] Mencionado en la obra de U. Conrads citada.

The Image of the City[6] la opinión de una habitante de Jersey City. "Esto es", asegura dicha ciudadana, "lo que más lamento de Jersey City. Que no exista nada que enseñar a quienes vengan desde otros lugares; y a los que se les pueda decir: Me gustaría que viniese Vd.; esto es tan bello". Esto es lo único que se ha creado tras medio siglo de funcionalismo barato y cerebral, la *universit Mainstreet,* el uniforme mar de casas.

El historiador inglés del arte, profesor E.H. Gombrich [7], ha expuesto en su interesante ensayo *The Beauty of Old Towns,* que el crecimiento orgánico es "consecuencia de innumerables pequeñas decisiones". Lo que constituye una definición funcional muy buena. El examen desde el aire de esas pequeñas ciudades nos muestra su lenta y celular forma de crecimiento. En cambio, los "housing developments", los bloques de viviendas, las urbanizaciones lineales o las ciudades satélites, resultan tan poco atractivos, porque han nacido de golpe para satisfacer alguna repentina necesidad mediante la multiplicación de uno de pocos modelos, y carecen de articulación, es decir, que no han podido disponer de esas pequeñas decisiones en sucesión temporal, que han ido creando la tan agradable multiplicidad visual de las variaciones. Las nuevas urbanizaciones de la postguerra representan, por regla general, un principio de crecimiento totalmente opuesto (conocido ya por los biólogos a través del desarrollo de los tumores cancerosos y de la proliferación de los tumores humanos), el de un crecimiento rápido y monótono, falto de estructuración, es decir, sin aquella configuración especial que nace sólo de las decisiones individuales.

Pero todos sabemos que ya no es posible seguir utilizando esa lenta forma de llegar a una decisión para satisfacer las necesidades cuantitativas del momento. Sin embargo, y pese a todos los manifiestos, aún no ha quedado claro cómo se podría hacer hoy realidad la decisión individual, cómo se les podría inyectar a los individuos aquella influencia configuradora que ostensiblemente precisan para sentirse libidinosamente unidos a su medio ambiente, utilizando este adverbio en el sentido que le ha sido acordado por el lenguaje psicológico, es decir, con afectos bondadosos y amorosos. Lo que se puede aplicar tanto al arquitecto planificador (que cada día siente sus manos más atadas por las decisiones de las tutelares autoridades de la construcción, que deberían, en cambio, concederles una mayor libertad), como al posterior inquilino, que se encuentra en una habitación estereotipada, planeada incluso hasta en la colocación de las mesillas a ambos lados del lecho matrimonial, y que sólo se atreverá a manifestar sus necesidades específicas si goza de una personalidad muy decidida. La monotonía de las nuevas barriadas de casas baratas confirma la tendencia a la nivelación de las manifestaciones del "status". Similarmente, el modelado de los detalles viene regulado por el nivel medio de ingresos: los bloques de viviendas de Holanda, Dinamarca y Suiza resultan más agradables que los de la República Alemana. Sigue aún sin que-

6 Cambridge, Mass. 1960, Technol. Press &Harvard Univ. Press.
7 Arquitectural Association Journal, Vol. 80, Nr. 891, Apr. 1965 (pág. 293).

brarse el tradicional tipo de construcción que produjo el "Berlín pétreo" de Hegemann o las horribles calles destinadas a la "gentecilla", y que fueron construidas durante los años comprendidos entre 1880 y 1914. Aunque las innovaciones técnicas hayan hecho que todo resulte mucho más cómodo, el espíritu de lucro aún permanece casi intacto.

La idea de "patria" en el análisis psicológico

Podríamos ahora volver a incluir un ejemplo de cómo el antropólogo, es decir, el investigador del comportamiento humano, puede resultar útil para las ideas y pensamientos de los urbanistas. Pues es capaz de precisar lo que se debe entender por "patria". Por las vivencias del individuo, puede determinar psicogenética e históricamente con bastante precisión ese concepto tan cargado de sentimentalismo. Y para comenzar con los aspectos negativos, la patria es seguro que no se hace realidad por el hecho de que los arquitectos abracen ideas de omnipotencia, de poder absoluto, como por ejemplo, en la Carta de Atenas de 1933, en cuyos postulados, formulados por Le Corbusier en 1941, existen, no obstante, muchas cosas valiosas. ¿Quién osará discutir que para "la determinación de todas las medidas de la planificación de una ciudad habría que tomar al hombre como módulo?"[8] Ninguna de las grandes metrópolis modernas satisface esta exigencia, ya que tampoco se indicó la forma en que debería realizarse. La apatridia puede estar determinada asimismo por unas dimensiones en desacuerdo con el hombre. Las ciudades automovilísticas americanas constituyen un buen ejemplo. Frente a la agudeza crítica demostrada por los redactores de la Carta resultan tremendamente pobres las posibilidades de dirección y de influencias sobre los apresurados procesos del crecimiento urbano. Incluso su autovaloración resulta increíblemente exagerada: "La Arquitectura debe volverse hacia el individuo y crear, para su felicidad, todas aquellas estructuras que forman el marco de sus manifestaciones vitales y que, al mismo tiempo, tratan de hacérselas más fáciles. Pero, ¿quién será capaz de adoptar las medidas necesarias, si no es el arquitecto, que posee el más completo conocimiento del hombre ...?"[9] ¿Y de dónde viene ese conocimiento? No todos lo poseemos. Y así se ha ido formando de hecho en nuestra sociedad, con la participación, al menos, de los arquitectos, y bajo la presión de muchos prejuicios inconmovibles, un medio ambiente del que millones de personas ya no se ocupan con buenos sentimientos, que ya no lo consideran como su patria, aun cuando se vean encadenados al mismo por la costumbre y la fuerza de las condiciones de vida. Si la idea de patria ha de ser sentida como un vínculo positivo, deberá el entorno hablar al hombre, principalmente, en el sentido literal de la palabra. Pues deberá existir alguien que se comunique con él. Así es como desde niño aprende el lenguaje de ese territorio.

8 Citado por U. Conrads (pág. 131).
9 Ibid (pág. 135).

Dicho medio deberá, además, poseer para él un carácter incitante. Habrá de estimular sus pautas de curiosidad. Este comportamiento de curiosidad lo comparte el hombre con todas las criaturas superiores. Pero en tanto que el comportamiento social de estas últimas viene determinado principalmente por específicos y congénitos mecanismos de regulación, con el hombre no sucede lo mismo. Este no se va insertando en el entorno propio de la especie durante su proceso de maduración corporal, sino que se incorpora al medio específico de cada cultura, que, a su vez, viene determinado por unas convenciones originalmente establecidas y por unas reglas destinadas a la satisfacción de sus impulsos. La comprensión de este mundo, del que el lenguaje representa tan sólo una pequeña parte, debe ser alcanzada de forma individual. Para llegar a aprender, el hombre ha de sentirse incitado por su medio ambiente. Al interesarse por este medio, se despierta su curiosidad. Y cuantas más recompensas se le ofrezcan a su interés, mayor será el lapso de tiempo que permanezca atento. En todas las especies animales superiores se manifiesta la curiosidad por la investigación del entorno durante la infancia; el hombre, en cambio, dedica un lapso de tiempo más extenso a esta tarea investigadora de su entorno, porque su socialización constituye un dilatado, o mejor dicho, un inacabable proceso de aprendizaje. Volvamos a repetirlo: para el hombre no existe entorno definitivo. Proyecta de forma material sus entornos, como sus estructuras sociales, y los destruye una y otra vez. Pero él mismo se va modificando muy lentamente a lo largo de todo el proceso histórico. Consecuencia de esta nunca acabada acomodación a las circunstancias en vigor es la pluralidad de culturas que conocemos. Pero el hecho de que ninguna de ellas haya sido capaz de despertar un sentimiento de patria libre de perturbaciones, de que muchas cosas del medio ambiente sigan aún siendo amenazantes, extrañas y temibles —bárbaras, se hubiese dicho en la Antigüedad clásica— ha contribuido en gran manera a su historicidad, es decir, a la habitual inestabilidad, al desmoronamiento de todas las culturas. El hombre sigue siendo el más encarnizado enemigo de sí mismo.

Deseos de aprender y agresión

Cuando consideramos la pluralidad de regulaciones culturales que han determinado la convivencia humana durante mayor o menor tiempo, nos damos perfecta cuenta de lo poco que sabemos sobre el proceso de creación de estas convenciones. ¿Cómo se interiorizan las reglas de juego, los valores de una cultura, para que lleguen a convertirse en "propiedad", en los "hábitos", de cada uno de sus miembros? ¿Qué impulsos se ven así satisfechos, cúales sancionados y por medio de qué intimidaciones? ¿Existe siquiera una tolerancia para el comportamiento inconformista y cómo puede desarrollarse este tipo de indulgencia? Hemos logrado construir una imagen multiforme de la historia de nuestras culturas, y lo hemos hecho partiendo de la Mitología o de la diplomática. Nos atuvimos siempre

a los hechos, a lo demostrable. Aquellas constelaciones internas, que facultaron a ciertos grupos humanos para llevar a cabo determinadas acciones, mientras impedían que se desarrollasen algunas otras por considerarlas indeseables, siguen permaneciéndonos tan ocultas como un libro lacrado con siete sellos. Padecemos un increíble desconocimiento de nosotros mismos. E indudablemente, habrá que agradecer al psicoanálisis de Freud que este estado de cosas haya llegado a convertirse en motivo insoslayable de muchas de nuestras reflexiones.

De aquí que aunque conozcamos los fundamentos generales de nuestra existencia, no conozcamos ni con mucho todo lo necesario. Ante todo, son pocos los hombres de nuestra cultura que saben lo suficiente sobre las influencias de nuestro medio ambiente que estimulan nuestras facultades críticas, o sobre aquellas otras que penetran en nosotros con profundidad, es decir, sobre lo que nos hace capaces, o, por el contrario, incapaces de amar y, en este último caso, nos convierte en algo destructivo. El "más completo conocimiento del hombre" suele estar formado casi siempre por un hato de prejuicios ideológicos, normalmente por terribles simplificaciones.

Es verdad que a todo lo largo de la Historia hemos venido aceptando nuestra lamentablemente achacosa naturaleza como si fuera un regalo de los dioses y que hemos padecido bajo las medidas de poder que nosotros mismos nos hemos impuesto, sin llegar a efectuar el cambio de dirección crítico que nos hubiese permitido controlar mejor nuestro proceso de acomodación a la cultura. Puede ser que los sabios hayan disfrutado siempre de una especial "vista" frente a la oscuridad inherente de la naturaleza humana. Pero sin que podamos ser tachados de exagerados, nos atrevemos a asegurar que en la actual situación histórica se precisa una humanidad bastante más sabia para evitar que se arruine definitivamente. Pues ha agotado las reservas de que disponía para contrarrestar sus aventuras destructoras.

Sus procedimientos educativos deberán ajustarse a estos hechos específicos. Se nos exige una ampliación de nuestra percepción auto-actualizante. Pero una percepción de este tipo plantea siempre otra cuestión: ¿Está libidinosamente orientada, se ve impulsada por una amistosa curiosidad o, por el contrario, obedece a latentes intenciones agresivas? En nuestra cultura, saber más supone disponer de la posibilidad de manipular a los demás con mayor eficacia para los intereses propios. De aquí que el conocimiento de la naturaleza humana constituya un saber políticamente muy comprometido.

Con independencia de todo ello ha surgido otro peligro para nuestra cultura. Como constantemente nos lo demuestran los acontecimientos bélicos y tan sádicos de las guerras, el de una creciente *agresividad, que flota libremente.* Las más mínimas causas pueden conducir a su aparición, a su extensión como una epidemia. Diariamente se puede leer en los periódicos que las ciudades rebosan con sus manifestaciones, que se extienden desde el nervioso bocinazo hasta la comisión de verdaderos actos de violencia. Sabemos que todo ello son síntomas de la creciente incapaci-

dad de las sociedades tecnificadas e industrializadas para reducir las tensiones mediante las prácticas educativas usuales, a unas formas de expresión culturalmente perfeccionadas y lograr así convertir la "ciega" y destructiva agresión en una simple manifestación impulsiva.

Utilizando conceptos propios de la psicología, resulta así que no hemos logrado, y cada vez parece que estemos más lejos de lograrlo, transformar las agresiones, los impulsos destructivos, en actividades constructivas. Nos domesticamos con gran estilo en preparación de la nueva etapa existencial, pero, como acabamos de ver, no nos "cultivamos" en cambio de manera suficiente. Y esto nos lo demuestran no sólo las guerras, y situaciones similares, sino también el derrumbamiento de determinadas ordenaciones sociales completas, como, por ejemplo, las de algunos países en vías de desarrollo. Y tampoco entre nosotros resultan las costumbres mucho más refinadas. La falta de intimidad hogareña, y no la intimidad, es, por tanto, la que una y otra vez impulsa a la destrucción; tanto el animal como el hombre carentes de intimidad son víctimas fáciles de la agresión a causa del miedo. Las injusticias que nos infligimos mutuamente, la injusticia de las relaciones de propiedad, han ido cargando nuestros impulsos de forma tan poderosa que se convirtieron en manifestaciones irrefrenables. Y aunque sirviese para fines muy sensatos, la potencia revolucionaria de la agresión fue insensatamente arrastrando consigo a diversos valores dignos de mantenerse. Los moralistas trataron de convencernos de los peligros de la irrepresión sexual. Pero en ninguna parte se vió el mundo conmovido por los estallidos del delirio erótico; fueron, en cambio, los delirios agresivos los que lo afectaron.

En este mismo orden de cosas se insertan las preguntas de ¿qué es lo que hizo que el hombre blanco fuese tan agresivo y tan expansivo durante tan largo período de tiempo?, ¿qué es lo que le indujo a efectuar todo tipo de descubrimientos? Deben haber sido las influencias de nuestra civilización, actuando bajo presión, es decir, bajo la presión de los impulsos de la civilización cristiana, las que le impulsaron a buscar en la lejanía la "salvación" frente a las incomodidades de su patria, las que le llevaron a nuevos continentes, en donde la liberación del yugo de las propias ataduras culturales se iniciaba con un delirio de sangre. Recuérdese al conquistador Cortés, así como a algunas reciente repeticiones de aquel triste espectáculo. La comparación de la expansión islámica con la cristiana supondría un importante hecho psicológico para la comprensión de la dialéctica del desarrollo y destrucción de la cultura.

La vida en una sociedad de seres de la misma especie, cuyo comportamiento social no ha sido determinado por la herencia genética, seguirá siendo difícil y resultará ampliamente frustrante. De aquí que no olvidemos en balde tantas cosas de nuestra juventud, pues es así como vamos perdiendo el recuerdo de las grandes renuncias que nos exigió nuestra acomodación a las pautas de comportamientos de los más diversos grupos de nuestra sociedad.

Retraimiento y aventura

¿Nos han desviado mucho estas reflexiones sobre la naturaleza de las formas de vida humana del tema de la planificación urbanística? Casi nada, ya que, ante todo, nos será imprescindible tomar conciencia de lo limitado de nuestros conocimientos sobre nosotros mismos. No se podrá planificar con acierto para el hombre, es decir, con justicia humana, guiándose únicamente por las imágenes de nuestros deseos; pero tampoco habrá que hacerlo despreciando con cinismo sus condiciones mínimas de existencia. Aunque se suelan hacer ambas cosas; las dos, como expresión de nuestra falta de conocimientos. Si algo se llega a modificar en la situación, en el estado de dignidad humana, de nuestras ciudades, no se precisará para ello ni visiones ni manifiestos, sino tan sólo una cuidadosa preparación para aceptar el hecho de que debemos preocuparnos por un ser de necesidades difíciles de comprender, que no se desarrolla en un entorno previo definitivamente establecido, puesto que *crea* su propio ambiente. O si se prefiere expresarlo de otro modo: no existe el hombre "sano", ni nunca existirá. El hombre enferma siempre por causas de su sociedad, que al propio tiempo, es la que le permite vivir. La cuestión estriba en lograr una relativa paroximación a una forma de existencia que ofrezca los suficientes atractivos para estimular las relaciones objetivas, pero no demasiados, para evitar que resulten desintegrantes. Pues no habrá que olvidar que el excesivo estímulo de los impulsos puede llegar a tener consecuencias tan fatales como la incommovible limitación de los mismos. No se ha encontrado aún la proporción ideal entre concesiones y negativas, y no es fácil que se encuentre, puesto que la capacidad integradora diferirá siempre grandemente en los individuos. La misión principal de esta planificación del entorno consistirá —siempre que pueda actuar— en facilitar las tareas integradoras.

A lo que se podrá añadir que la planificación urbanística habrá de acomodarse, por ejemplo, a las necesidades esenciales de los distintos grupos de edad de sus habitantes. Pues la satisfacción de las necesidades específicas de expansión de quienes tienen 2, 10 ó 18 años de edad les capacitará para cumplir las tareas concentradoras que constantemente les exige nuestra cultura. Si no existiese gratificación alguna, tampoco se darían los estímulos necesarios para la sublimación, para la transformación de los impulsos agresivos en cualquier otra actividad que estabilice el grupo. El individuo demasiado frustrado no logra identificarse con esos arquetipos de forma lo suficientemente diferenciada como para mantener su equilibrio, pues habrá de operar con métodos de auto-engaño —así por ejemplo, rechazando el reconocimiento de sus deseos e impulsos, desconociendo los ataques a las normas morales. Lo que viene a debilitar su capacidad de aguante bajo las inevitables frustraciones de las relaciones interhumanas y le conduce a la citada exteriorización de sus impulsos de tipo agresivo.

Si no nos basamos en esas condiciones mínimas, que deberán venir dadas por el medio ambiente para que nos empujen a la integración de los

impulsos, estaremos planeando la asociabilidad del hombre por medio de casas y barriadas, que en las zonas residenciales puede asumir caracteres muy diferentes a los que imperan en las barriadas de las minorías desprovistas de todo privilegio. A Hundertwasser se debe la atinada observación de que la simple miseria existencial no hace necesariamente que un lugar determinado resulte inhabitable. La estabilidad de las relaciones con los objetos es la que, desde el punto de vista psicológico, constituye el elemento aglutinante de la sociedad humana. Pero el "objeto" no podrá soportarse sin excesiva ambivalencia, si no puede uno acercarse eficazmente al mismo —y eficazmente quiere decir que ese acercamiento ha de ser respondido— y si no puede uno retirarse sin sentir el temor de llegar a perderlo. Esta relación óptima entre las personas tiene, naturalmente, su correspondencia en el área espacial. La participación de las apreturas urbanas, allá donde se manifiesten de forma más intensa, no nos debería impedir el disfrute de la tranquilidad del campo; se debería poder salir de la ciudad sin que ello suponga necesariamente una tarea que crispe nuestros nervios. El silencio de un dormitorio y la animación de una cocina o de un cuarto de estar deberán ir reunidos, pero separados al mismo tiempo, para poder pasar fácilmente del uno a la otra. No habrá que temer ni la soledad, ni la proximidad de otras personas. Se podrá acceder a zonas de retiro, así como a otras de osada extrañeza. Lo que supondrá una buena contribución al concepto de "patria".

Para poderse dejar llevar de la propia curiosidad, para afrontar los riesgos, es necesario haber conocido algunas zonas de retiro. Se convierten en patria aquellos lugares del mundo en los que el riesgo del descubrimiento —cuyas impresiones más profundas son las recibidas con las primeras experiencias de la infancia—, en los que el riesgo de la aventura se mezcló con las vivencias de la seguridad. Lo que importa es la posibilidad de retirada, la anhelada respuesta cuando se está en apuros. Esto hace que comprendamos por qué causas un niño que crece en un suburbio y aprende allí el lenguaje de su medio ambiente, puede llegar a desarrollar el sentimiento de patria; la inhabitabilidad "física" de un territorio deformará seguramente los contactos afectivos e impersonales, pero, a veces, estos resultan especialmente intensos, pese a todos sus inconvenientes, y se consigue estar "próximo". Entonces no es ya el vacío, el miedo, sino la inevitable cercanía, lo que fortalece tanto la ambivalencia. Sin embargo, esta cercanía consiente, ante todo, un retiro primario, que el resguardado cuarto de los niños de las casas ricas no puede muchas veces ofrecer. Pues también en una familia que viva con las cuidadas condiciones de la gran burguesía, que habite una casa bellamente construida, se puede experimentar la mayor inseguridad posible al comienzo de nuestra vida. Una casa de tal clase no es capaz de hacer entrar en razón a los caracteres humanos, pese a que con frecuencia así lo crean propietarios y arquitectos. Lo que también supone un inconveniente, pues la disponibilidad de alojamientos funcionales y perfectos no acerca necesariamente a los miembros entre sí, ya que el propósito de la construcción de las viviendas es, muchas veces, el de encubrir durante algún tiempo la alienación alcanzada, hasta que esa sencilla comunidad de habitantes se disgregue por sí misma. No son, por lo tanto, la comodidad o la miseria externa únicamente las que favorecen o impiden al anclaje en la patria, sino el grado de integración, es decir, la eficaz coordinación, tanto de las relaciones interhumanas y en las del hombre con los objetos materiales, como en las relaciones con sus propias necesidades instintivas. Y en su logro ciframos nuestras esperanzas de felicidad, que no querríamos dejar de hallar por completo a lo largo de nuestra existencia.

Para la autocomprensión de la sociedad urbana

Ha sido, pues, la necesidad de precisión en el conocimiento, y no un anhelo sentimental, lo que nos ha impulsado a la investigación del concepto de patria. La patria se puede retrotraer a un condicionamiento biológico, a saber, al hecho de que cada ser viviente precisa de un determinado territorio para su desarrollo. Este es el reto que se les presenta a los urbanistas, el de crear un territorio que lleve implícitos los presupuestos ecológicos que le permitan convertirse en patria. Muchos son los "presupuestos", *faits accomplis,* de nuestro mundo urbano que no resultan aptos para este fin, pues impiden la determinación de una patria y dificultan el desarrollo humano —o, por el contrario, influyen poderosamente en el mismo. Me parece especialmente digno de destacarse el aspecto referente a la ensambladura de las relaciones objetivas con nuestro entorno y las relaciones afectivas interhumanas para conseguir oponerse a las ilimitadas esperanzas que se desprenden de innumerables manifiestos para la renovación de nuestras ciudades. De aquí que el lenguaje psicoanalítico utilice con grandes precauciones el término "relación objetiva", pues puede referirse por igual, tanto al sujeto humano como objeto de nuestra atención, como al objeto físico al que se dirijan nuestros sentimientos. Para entender la dificultad que existe para establecer unas relaciones objetivas de confianza habrá que fijarse en las que se dan en una de las relaciones más antiguas y más interesantes para la conservación de la especie, la de padres e hijos. No existe una forma fija de educar a los niños determinada por la herencia genética, sino que en esta tarea intervienen los más diversos patrones culturales; algunos nos resultan realmente inaceptables, en tanto que los nuestros resultan igualmente extraños o incomprensibles para quienes los contemplan desde la perspectiva de otras culturas. Y de tiempo en tiempo cambian también muchas cosas en esas técnicas que, naturalmente, son algo más que simples medidas de higiene, pues constituyen las pautas que han de gobernar los afectos.

Pero la tarea principal seguirá consistiendo en la creación de unas relaciones interhumanas más soportables. Es indudable que los espacios en los que convive la gente influyen a veces profundamente en su éxito o en su fracaso, aunque no los justifiquen. Los arquitectos y planificadores habrán de admitir esta limitación a sus ambiciosas elucubraciones. La esperanza de que la creación de suficientes viviendas y ciudades funcionales,

incluso estéticamente estimulantes, pueda llegar a sanar a la sociedad humana, está muy alejada de la realidad. Por otra parte, pocas son las posibilidades que existen de mejorar los contactos afectivos de los hombres entre sí mientras sigan frustrando sus necesidades territoriales, como sucede con las actuales condiciones de habitabilidad existentes en las reducidas viviendas modernas y en las modernas barriadas de casas baratas. Estas precarias condiciones de habitación han influido considerablemente en la falta de relación del habitante urbano con su llamada ciudad. De aquí que las aglomeraciones de casas baratas divididas en distritos administrativos o postales no constituyan en realidad espacios habitables organizados.

Pero los arquitectos solos no podrán resolver la cuestión de cómo alcanzar esos objetivos en las metrópolis. Pues su problemática resulta excesivamente compleja. Unicamente después de asimilar las muy estratificadas relaciones condicionantes de la creación de nuestras situaciones urbanas, seremos capaces de desarrollar conjuntamente algo parecido a unos estímulos para la investigación de las condiciones de vida existentes en la ciudad. Sin embargo, hoy podemos ya responder a grandes rasgos a la cuestión, planteada por Munford hace unos treinta años, de las características de deberían reunir las ciudades para resultar adecuadas a los diferentes niveles de edad. Y si nos paramos a considerar que cada vez son más las personas que ven transcurrir sus vidas enteras, desde la cuna hasta la fosa, en el ambiente urbano, dispondremos de unos conocimientos básicos de enorme importancia. Aunque desgraciadamente no hayan logrado llegar a la opinión pública, ni aun a afectarla, pues, en el caso contrario, nunca se habrían construído, o reconstruído, los miles de viviendas sometidas día y noche a los cuidados del tráfico urbano de la red viaria.

La feliz o desgraciada estructuración, o la acentuación del espacio urbano, supone una importante vivencia para todos los niveles de edad. Pues por la psicología de la "Gestalt" sabemos ya que todo medio ambiente ha de ofrecer unos determinados puntos de referencia para resultar familiar. Puntos que lentamente se van convirtiendo en "marcas de lo conocido", como decía Dilthey. Para alcanzar una total importancia simbólica, esos puntos de referencia deberán relacionarse de alguna manera con las vivencias de la población urbana. El célebre reloj de la calle Tauentzien, esquina al Kurfürstendamm, punto de cita de tanta pareja berlinesa de enamorados, se había convertido, aunque no aparentemente, en un punto de reunión, en un *topos* en la ciudad de Berlín. En cambio muchos de los monumentos que fueron ideados como magníficos símbolos, permanecen eternamente muertos, sin llegar nunca a alcanzar verdadera importancia en la vida real de la ciudad. Casi ninguno de los que diariamente pasan en automóvil ante alguno de los monumentos dedicados a los combatientes pensó nunca en recordar de verdad a quiénes hubieron de ofrendar sus vidas. Pues son en realidad, unas manifestaciones que no pudieron nunca alcanzar el carácter de símbolos, No están ligados a los quehaceres, rituales o costumbres de las personas que han de vivir día a día. No les despiertan ningún sentimiento en el recuerdo, pero tampoco les aportan nada. La llama que constantemente arde bajo el Arco de Triunfo en honor del

Soldado Desconocido, nos recuerda los grandes sacrificios porque está situada en el lugar en el que la ciudad vive con mayor intensidad y en el que, al mismo tiempo, se supera triunfalmente a sí misma. Ambos aspectos reciben influencias recíprocas: el monumento y el nudo de tráfico, del gran gesto simbólico, y éste, a su vez, del hecho de que por las grandes arterias circulen muchos miles de coches, como si todos ellos participasen en una inacabable procesión. Pero ésta es una de las pocas excepciones logradas. Bastará sólo recordar el muniqués Recinto de los Generales (Feldherrnhalle) y el obligatorio saludo frente a las víctimas de la marcha de 1923 para tener a la vista la caricatura de un símbolo.

La ciudad como entorno natural

Para el creciente número de personas que no viven más que en un ambiente urbano, estas características referenciales de la ciudad, que les aportan la vivienda de un medio bien ordenado, representan algo así como lo que en el campo suponen una colina, un caminillo, un árbol aislado o un estanque. Las ciudades como París están constituídas por una amplia red de marcas características, inolvidables e inconfundibles, que van a morir en las afueras, en medio de la más cruel monotonía.

Es curioso que incluso los extraños suelan encontrarse a gusto con relativa facilidad en uno de esos centros urbanos. Un espacio vivido, organizado de esta forma y en el que resulte posible moverse en muchas direcciones, suele conferir una especie de seguridad. El niño aprende lentamente a insertarse en las dimensiones totales de esta organizada ciudad partiendo de su microscópica esfera de acciones lúdicas. Si el ciudadano recibe ese tipo de enseñanza durante su juventud, quedará ligado para siempre por gratos recuerdos a esos lugares, que se constituirán en puntos de orientación absolutos de su propio desarrollo. Las feas ciudades carentes de rostro concreto, las "Jersey City" de todos los países, no son capaces de retener a los ciudadanos que en ellas crecieron. No obstante, si se rehusa regresar al lugar donde se creció, ello suele deberse por lo general, no tanto a la fealdad de la ciudad, sino a las dolorosas experiencias negativas sufridas con determinadas personas, que no se quisieran volver a encontrar ni aún en el recuerdo. Observemos a personas pertenecientes a alguna antigua cultura urbana altamente diferenciada, como puedan ser los italianos en América, y que se han visto obligados a emigrar forzados por la miseria. En oposición a lo que sucede con muchos alemanes, en la lejanía siguen aún conservando sus ataduras afectivas con la patria, es decir, su antigua identidad, que no abandonarán más que de forma parcial en el nuevo ambiente, puesto que en la ancianidad tienden a regresar a los lugares de su juventud.

Es indudable que la movilidad, que corresponde a las exigencias de nuestra civilización, constituye uno de los más eficaces medios de acomodación. Pero la movilidad, que carece de otros puntos de fijación del conocimiento, contribuye a que el individuo no logre encontrar esos puntos

en su interior, no llegue a conocerse totalmente a sí mismo. Pero nuestra interna imagen del recuerdo corresponde a la imagen externa de la realidad; en otras palabras, que lo que hacemos es interiorizar nuestras experiencias. Un medio urbano bien estructurado ayuda también mucho a diferenciar nuestro mundo interno de experiencias. El psicólogo D.O. Hebb asegura que "las limitaciones de la percepción durante la niñez producen, sin duda alguna, un bajo nivel intelectual"; también H.F. Searles destaca que "todo medio ambiente constituye un importante componente básico de la existencia psicológica del hombre"[10]. El entorno vivido durante largo tiempo por medio de "pequeñas decisiones" produce una comunicabilidad anímica bien diferenciada, mientras que el entorno monótono reduce las pautas de curiosidad sin desarrollar la capacidad crítica ni, naturalmente, tampoco su expresión afectiva (a la que nos solemos referir al atribuir "urbanidad" a alguna persona). Sin puntos orientadores de fijación, sin marcas distintivas de lo conocido, sin experimentar la vivencia de moverser en un espacio estructurado, el hombre se retrae sobre sí mismo en sus relaciones afectivas y es sólo capaz de alcanzar reducidos grados de socialización, si es que no resulta absolutamente asocial en su comportamiento. El desinterés por los "objetos", que se percibe en tantas personas, puede atribuirse en gran parte a la monotonía, a la que contribuye la aburrida fealdad del industrializado paisaje de sus domicilios, de sus lugares de trabajo, de sus sitios de recreo, en fin, de todo su entorno. Las masas no se interesan por el destino de su mundo y desperdician ese mismo en un doble sentido, pues lo consumen y lo destrozan sin consideración alguna. No resultan ya accesibles más que para unos incentivos psíquicos muy intensos, pero incluso este tipo de atención se va extinguiendo rápidamente. Atribuimos estos hechos a las desfavorables condiciones del entorno, sin conocer detalladamente —para repetirlo de nuevo— cuáles puedan ser los factores de ese entorno que realmente generan las características no deseadas del comportamiento. De aquí que no resulte necesario justificarse la imprescindible necesidad de efectuar una investigación conjuntamente sobre estas cuestiones.

Para la nueva autocomprensión de los arquitectos

Resumamos. En el transcurso de los últimos decenios ha ido surgiendo un entorno de civilización técnica cada vez más cerrado. Se ha llevado a cabo su planificación sin disponer de conocimientos suficientes sobre las necesidades humanas, o mejor dicho, con una patente carencia de conocimientos. Pese a que a los arquitectos les corresponda ahora una nueva función, la de no ser ya, en la mayoría de los casos, creadores de monumentos, sino planificadores del único espacio posible para el desarrollo de los acontecimientos y experiencias de la creciente humanidad, en los

[10] Citado siguiendo a A. E. Parr: "Über die Konsequenzen der Monotonie"— Bauwelt 20/1966 (pág. 571 y siguientes).

estudios arquitectónicos aún no se han incluído las ciencias del comportamiento humano y de la evolución de ese comportamiento.

En la medida de nuestras posibilidades, todos tratamos de evitar el, en principio, doloroso conocimiento sobre nosotros mismos y sobre nuestras limitaciones. No obstante, nuestra principal tarea consiste en averiguar más cosas sobre nosotros para no resultar, al menos, víctimas indefensas de la manipulación. Pues somos manipulados mediante la creación de opiniones; y sólo nuestra penetración de los motivos de esa capacidad para ser influenciados podrá librarnos de las opiniones productoras de una seguridad ficticia y equivocada. Debemos avanzar hasta obtener observaciones capaces de ser comprobadas. En cuya tarea tropezaremos con no pocas dificultades, puesto que los métodos para la comprobación de las observaciones originan con frecuencia el falseamiento del área que se pretendía observar. De esto saben mucho los sociólogos empíricos, por ejemplo. Sin embargo, no nos será posible hallar remedio a la creciente inhospitalidad de nuestras ciudades más que en el hecho de que los arquitectos que se dedican al urbanismo se enfrenten con el problema del "espacio" y, en unión con las otras ciencias que se ocupan del hombre, coordinen de forma más precisa el objeto que pretenden planificar, es decir, el espacio urbano, con las necesidades de aquellos para los que planifican, con las necesidades del hombre. Habría que empezar por comprobar la veracidad de la afirmación de que los arquitectos son los que poseen "el conocimiento más completo sobre los hombres". Pues bien podría suceder que ese conocimiento no fuese tan fácil de adquirir como parece.

Capítulo 3

LA CIUDAD DEL FUTURO *

Si nos paramos a meditarlo, observaremos que nuestra impotencia para conocer ni aun los más borrosos perfiles de nuestro futuro es síntoma de la escasa duración de nuestras formas de vida social, así como la imposibilidad de prever nuestro destino como individuos. Lo que haya de suceder dentro de cien años no resulta tan difícil de predecir debido a que se puedan producir catástrofes naturales, tales como una nueva época glaciar, sino porque desconocemos los descubrimientos que hasta entonces se puedan realizar, es decir, las innovaciones introducidas por el hombre, como las innumerables producidas desde 1970.

A esta ciencia inventiva, en la que se concreta la capacidad productiva de nuestra inteligencia instrumental va, sin embargo, unida a una condición especial: la de obligarnos a un tipo de pensamiento que sólo se puede desarrollar en la artificiosidad del aislamiento. Aislamiento que se puede observar tanto en la realización de los experimentos como en cualquier especialización, ya esté encaminada al logro de un fin concreto o al cumplimiento de un encargo determinado.

Georg Pitch[1] ha descrito acertadamente este elemento estructural de nuestros crecientes saberes, que por ahora no ha podido ser sustituído por ningún método mejor:

(*) Conferencia pronunciada con motivo del centenario del Grupo de Frankfurt de Deutscher Architeckten und Ingenieur-Verein (Agrupación Alemana de Arquitectos e Ingenieros) y comunicación presentada al 42º Congreso del Bund Deutscher Architekten (Federación Alemana de Arquitectos), celebrado en Hannover en junio de 1967, publicada en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 2 de mayo de 1967, págs. 13-14.

1 Georg Pitch, *Die Situation des Menschen in der Zukunft det technischen Welt.* Circular de la Asociación de Científicos Alemanes, 28 de diciembre, 1966.

La ciencia de la época técnica se basa en el aislamiento metódico de series individualizadas de fenómenos. Se quiebra la urdimbre de las interdependencias, se eliminan los factores perturbadores para lograr unas condiciones experimentales, que permitan dominar determinados procesos metodológicos y técnicos. Pero lo que fue eliminado en el transcurso de este proceso no podrá volver a ser insertado en el mismo. De aquí que nuestra ceguera con respecto a esos efectos secundarios sea el principio científico que conformó nuestro mundo.

Quien pretenda pronosticar el futuro deberá antes estar convencido de que, por nuestro sistema de conocimientos, nos vemos obligados a ignorar lo que precisamente no podemos ignorar, la limitación y enmarañamiento de efectos y efectos secundarios. Diariamente comprobamos la creciente disolución de la vida en común, en clanes o estirpes, por influencia del aumento del desarrollo industrial, en especial por la aparición de nuevos centros y esferas de producción. Esa disolución ha alcanzado ahora también, con la equiparación de las funciones de la mujer, al grupo primario, a la familia, a los mismos padres e hijos, cuya defensa ha supuesto la implantación de tantas garantías jurídicas e ideológicas. Muchas serán las palabras que se pronuncien en contra de este proceso de disolución de la familia, pero no pasarán de eso, de ser palabras vanas. El proceso proseguirá como uno de los indeseados efectos secundarios de una evolución que se proponía metas totalmente diferentes. Los grandes descubridores y técnicos de los últimos doscientos años imaginaron un mundo total de aparatos, pero no pensaron, o lo pensaron de forma incompleta, que ese mundo, en el que el hombre se vería sustituído por las máquinas, primero en las más duras tareas físicas y, más tarde, en las más delicadas, y en el que finalmente las actividades intelectuales se encomendarían asimismo a los aparatos, tendrá también que ser habitado por personas "diferentes".

¿Qué quiere decir personas diferentes?. Personas que lleven a cabo un proceso de acomodación a un medio ambiente externa y socialmente modificado, que soporten unas formas modificadas de auto-alienación bajo la presión de su sociedad, pero que sean también capaces de alcanzar una conciencia propia, modificada asimismo por las circunstancias de esa sociedad.

Dado que el hombre es un ser que conforma su propia historia, pero que es incapaz de lograr una configuración definitiva de su entorno, le serán necesarias unas mejores perspectivas. En lo que le podrá también ayudar su facultad de idear nuevas herramientas de trabajo y de crear con ellas unas condiciones de su entorno algo más acertadas. Este proceso se denomina progreso, con lo que simultáneamente se manifiesta una falta de sentimientos casi total por las pérdidas que al mismo tiempo se puedan ocasionar.

Al actualizar la historia de las utopías urbanas queda claramente patente la relación existente entre la creciente ilustración de un determinado lugar y la disminución de las libertades en otro. En estos juegos de la fantasía se suele dejar arrastrar el creador de un futuro total por su única

arma decisiva, por su capacidad de construir una imagen partiendo de una lógica lineal. Es curioso destacar que, desde hace muchos años, en gran parte de las utopías urbanas (así en Ledoux, Huvé, Faust, Owen y, especialmente, en Fourier y Cabet) predomina aquella forma geométrica que recuerda la estructura de los cristales. La época del absolutismo, es decir, de mayor desprecio por los habitantes de las ciudades y de menor independencia de los mismos, dio vida a estas ideas en las "ciudades principescas" (recuérdense los planos de Karlsruhe y de Mannheim). Indudablemente existe en ellas un profundo nexo de unión entre esas figuras geométricas obligatorias y el intento de solucionar los conflictos sociales por medios autoritarios. Pero la humanidad no logró acercarse más a la tan anhelada felicidad por medio de estos proyectos y de estas realizaciones.

De aquí que las utopías no resulten tan inofensivas. Son indicadoras, importantes medios de expresión de las tensiones que toda sociedad produce en los miembros que la componen; son satisfacciones sustitutivas. Pero la presión que nosotros mismos padecemos, se proyectará también al futuro con las soluciones señaladas sobre las generaciones venideras, que habrán de gemir bajo el yugo que de antemano se les ha preparado y pagar así su tributo a aquella ciudad soñada. Lewis Mumford[2] distingue, acertadamente, entre "utopía de escape" (utopias of scape) y "utopías de reconstrucción" (utopias of reconstruction); reconoce a las primeras un carácter de defensa frente a los conflictos sociales que el utopista no consigue solucionar y de los que, tal vez, trate de huir por medio de esa ideal ciudad de sus sueños. Las "utopías de reconstrucción" implican, en cambio, "la visión de un entorno reconstruído", que esté ya mejor adaptado a la naturaleza y a los fines del ser humano que su entorno contemporáneo. Sólo ellas serán las que deban ser reconocidas como seria preocupación por el futuro.

Esta división de las utopías resulta esclarecedora, pero es aún insuficiente. En todo caso, incluso la misma utopía de reconstrucción dependerá del déficit de funciones que impere en la realidad social del futurólogo, no careciendo tampoco de importancia la separación que exista entre el nivel de conocimientos del que proceda la utopía y aquél en el que se mueven las personas a las que se les brinda esta solución. Terreno en el que hasta hace muy poco tiempo parece que no fueron escasas las confusiones de palabra y de comprensión.

El utopista está siempre dispuesto a prestar carácter de panacea a todas sus elucubraciones, mientras que las personas —piénsese en las de Brooklyn o de Sao Paulo— se ven obligadas a vivir sometidas a una extrema y deformante obligación de acomodación; es decir, que están obligadas a vegetar en extensas áreas de su vida anímica, aunque sean dueñas de facultades capaces de ser desarrolladas. Es válida aquí la idea expresada por el dicho

[2] Lewis Mumford: *The Story of Utopias. Ideal Commonwealths and Social Myths.* Londres 1923 (veáse también Heinrich Schoof, *Idealstädte und Stadtmodelle als theoretische Planungskonzepte.* Tesis de la Escuela Técnica Superior de Karlsruhe, 1965).

de "muerde antes de ser mordido". La *Cité Radieuse* de Le Corbusier se nos presenta, por el contrario, como una Jerusalén construída en altura, como la "City beautiful". Esa utopía de Le Corbusier que, como se sabe, tuvo enorme fuerza sugestiva, se cita aquí como ejemplo que sigue conservando toda su actualidad.

Fue desusadamente festejada por los arquitectos –escribe Jane Jacobs[3]*– y ha sido hecha realidad en innúmeras urbanizaciones, desde las construídas para viviendas sociales hasta las dedicadas a oficinas. Además de extender los principios de la ciudad - jardín a grandes masas de población, aunque, en verdad, de forma superficial, el sueño de Le Corbusier contenía también otras maravillas. Trató de integrar la planificación del tráfico en la planificación total, lo que en los años veinte y al comienzo de los treinta constituía una idea nueva y estimulante. Le Corbusier planeó grandes arterias de comunicación destinadas a un tráfico rápido de dirección única, disminuyó el número de calles porque los "cruces son enemigos del tráfico". Propuso la construcción de calles subterráneas para el tráfico lento, para los camiones pesados y las camionetas de reparto, y naturalmente mantuvo, al igual que los planificacdores de la ciudad - jardín, a los viandantes lejos de las calles, confinándoles a los parques. Su ciudad era un maravilloso juguete mecánico. Desde el punto de vista arquitectónico, su proyecto se caracterizaba además por una sorprendente y deslumbrante claridad, sencillez y armonía. ¡Resultaba tan ordenado, tan esclarecedor, tan fácil de comprender!. Como los buenos anuncios, podía ser comprendido a primera vista. Esta visión, y su audaz simbolismo, fueron indiscutibles para planificadores, especialistas en construcción de viviendas, arquitectos, promotores, financieros e, incluso, para los alcaldes. Pese a lo inútiles que puedan ser los espacios abiertos o lo aburrida que pueda resultar su contemplación desde cerca, aún sigue oyéndose en el país el grito triunfal de Le Corbusier "¡Ved lo que he hecho!". Como un gran ego personificado, estas construcciones nos describen la capacidad de su creador. Pero sobre la capacidad funcional de la ciudad, como sucede con las ciudades - jardín, no nos cuentan más que mentiras.*

Englobada en esta incitación a una vida más moderna –que, como todo sueño creador, descubre una enorme fuerza imaginativa, pese a lo que los críticos podamos decir en su contra–, englobada en ese bello cuadro se encuentra una autoritaria disposición sobre los hombres, que deberán volver a someterse a la regla de comer o ser comidos, ante la indignada mirada de los profetas, que no pueden comprender por qué razón las ciudades no comienzan inmediatamente a ordenarse de acuerdo con sus esquemas; siendo, además, preciso que se ordene de acuerdo con estos planes, no sólo su estructura espacial, sino también la organización social completa.

Este sería el inestable suelo sobre el que nos habríamos de mover si nos decidiéramos a crear una imagen de la ciudad del futuro. No obstante, deberemos intentarlo. Aunque cada vez resulte menos atractiva la previsión al estilo de las de los profetas del Antiguo Testamento. Si antes hemos alabado la fuerza de la lógica lineal, de la dedicación monomoníaca para lograr una planificación científica, consideramos ahora en cambio, como imprevista reacción, la posibilidad de no tener que "ejercer" uno mismo esa actividad de creación de modelos, como por ejemplo en el caso de la ciudad del furturo, y sentimos el impulso de suministrarle todas las informaciones a una computadora y dejar que nos indique sus resultados. Lo que podría aliviar la tensión de la superidentificación e introducir un frívolo elemento lúdico en el proceso.

[3] Jane Jacobs, *Tod und Leben grosser amerikanischer Städte*, Frankfurt, 1963.

Lo que se puede referir no sólo a los urbanistas, sino también a los innumerables creadores de sistemas de salvación filosóficos o de cualquier otro tipo, cuyos proyectos se asemejen funcionalmente menos a la realidad, a la multiplicidad de los compromisos bajo los que vivimos, que a los ideales por ellos señalados. En otras palabras, que los sistemas de evasión a los que también pertenecen las utopías de escape, impiden los cambios políticos, favoreciendo la voluntad autoritaria, que, en el caso concreto de la utopía urbana, sabe revestirse de un aire de perfección estética.

Comenzamos a comprender estas circunstancias y a plantearnos en su lugar cuestiones tales como, ¿qué es lo que resultaría sano o insano, natural o antinatural para el hombre? Y por lo que respecta a la necesidad de contacto con la naturaleza, ¿resulta ésta ser romántica, inevitable o ambas cosas? ¿Puede la monotonía matar la iniciativa o, más aún, la facultad de sentir?.

Estas ingenuas preguntas, y otras similares, demuestran que todavía no poseemos un conocimiento unitario sobre las necesidades biológicas básicas de los humanos. Los hombres son unos verdaderos transformistas por lo que se refiere a la pura supervivencia; pero el determinar los influjos de su biotipo natural, de su comunidad, que intensifican sus inclinaciones deseables no resulta ya tan claro. Ni tampoco la forma en que, inevitablemente, entran las ideologías en juego; pues solemos desear unos hombres más templados, más comprensivos, más humoristas. Otros por el contrario, los prefieren más adustos, que se olviden de sí mismos y estén dispuestos a morir y a matar. ¿Cuál de estas posturas resulta más degenerada, más atávica? Esto no es tan fácil de determinar como algunos expertos tratan de demostrarnos. Pero para unos y para otros habrá que construir casas; ¿de qué tipo, confortables o espartanas? Estas incertidumbres son las causas de que el psicólogo social no se imagine una ciudad en una sociedad futura que, por ejemplo, haya llevado a cabo con éxito una revolución sexual, que haya logrado actuar de forma más eficaz con respecto a las agresiones, sino que, ante todo, pretenda aclarar algunas cuestiones previas. ¿Qué es lo que el torrente de la historia lleva consigo, qué lo que desgaja de las zonas que su curso atraviesa para arrastrarlo hacia el futuro? ¿Qué tradiciones, qué condiciones destructoras de la tradición, pero creadoras de nuevas realidades? ¿A qué nos empuja la evolución y donde se han convertido las tensiones destructivas en verdaderos peligros de muerte?

Dado el ritmo de crecimiento de la población de un dos por ciento anual, cada vez tendría que preocuparnos más el futuro. La utopía va obligatoriamente haciéndose más científica y su lugar va siendo ocupado por la futurología, que se sirve de toda la información disponible en los cerebros electrónicos y la extiende a esferas de asociación hasta ahora inalcanzables. Robert Jungk informó sobre la tarea de estos institutos, llamados "think factories"[4] en las Conversaciones de Darmstadt del año 1966. De su disertación se deduce, por ejemplo, que en varias universidades americanas se están proyectando "modelos de un mundo parcial o totalmente desarmado"[5]. Es obvia la interdependencia que existe entre la cuestión de si en el futuro será posible solucionar las disputas entre los Estados sin recurrir a los medios usuales, por no hablar de las guerras atómicas, y la cuestión de cómo deberán ser las ciudades del futuro, en las que los hombres que las habiten seguirán aún siendo agresivos, pero no sentirán ya la necesidad de descargar sus impulsos destructivos por medio de las guerras.

A su vez, esto exigirá pruebas de lo que el psicólogo social pueda aportar a esta tarea en equipo: la de descubrir o representar las posibilidades que se le brindan a las ciudades del futuro. ¿Cuáles son las variables que habrá de manejar por suponer que tendrán una participación decisiva en la estructura de la ciudad del futuro? Repitámoslo de nuevo: mientras estos factores no hayan sido suficientemente valorados, las utopías urbanas seguirán siendo –ya sean ciudades construidas en torres o ciudades aptas para el tráfico rodado– unos simples sueños o, cuando se trate de hacerlas realidad, se demostrará que no son más que abortos.

Dos pensamientos destacan por encima de todos los demás, que dan de nuevo la razón a aquella frase de Rudolf Hillebrecht de "que sólo las decisiones políticas serán capaces de producir una nueva construcción urbana"[6]. Todos nosotros sabemos que la condición que podría hacer que la ciudad del futuro fuese más humana, la reforma del suelo, "ha muerto en el empeño". El motivo es la falta de conciencia de la opinión pública de los presupuestos de su propia existencia. Pues, emocionalmente, sigue viviendo en el pasado y trata así de justificar su ciego egoísmo, que no es posible justificar de manera alguna. Pero mientras la existencia de esta nueva realidad de las metrópolis técnicas y del creciente número de sus habitantes no haya sido aceptada y asimilada por la conciencia pública, no surgirá novedad alguna en la configuración de las ciudades del mañana.

De aquí que nuestro primer pensamiento gire en torno a la pregunta de si se logrará modificar el estado de la conciencia de los habitantes de las ciudades de nuestra época para que, en los procesos de crecimiento o de modificación los hacinamientos de casas baratas, vuelvan a recobrar

[4] La Rand Corporation (Research and Development Corporation) es la que más fama ha adquirido.

[5] Robert Jungk, "Voraussage, Voraussicht und Entwurf", *Darmstädter Blätter* 11, 1966, págs. 1 y siguientes.

[6] Rudolf Hillebrecht, *Städtebau heute?* Comunicaciones de la Sociedad List, 1966, Fasc. 5, Nr. 9, pág. 189.

aquellas cualidades que relacionamos con el concepto de "ciudad". Cuando decimos "volver a recobrar" no nos referimos a una orientación retrospectiva hacia manifestaciones formales y estéticas del pasado, que no es posible repetir, sino a aquellos factores del entorno que, de forma aubiótica, es decir, como elemento de armonización biológica, contribuyen a que la vida pueda transcurrir agradablemente.

Nuestra segunda cuestión cardinal gira en torno al problema de si la humanidad será capaz de controlar suficientemente su crecimiento como para que llegue a su detención definitiva en un lapso de tiempo relativamente corto. Naturalmente, las decisiones que se adopten con respecto a este segundo problema irán estrechamente unidas al nivel de conciencia, al reconocimiento de la realidad, al sentido de responsabilidad. Pero este factor– exceso y duración del crecimiento futuro de la población– reviste una importancia práctica tan extraordinaria, que puede ser considerado como uno de los fenómenos determinantes del futuro de mayor importancia.

Solamente podremos dedicar unos breves instantes a examinar algunas razones que nos confirman de nuevo que la planificación urbana, o mejor aún, la regional, se desarrolla siempre en el contexto de las decisiones políticas; y que estas decisiones dependen de la perspicacia con que se aprecien los factores reales históricamente influyentes. Si la población aumentase al ritmo actual se produciría inexorablemente una hecatombe por hambre de toda la humanidad, de una magnitud hasta ahora desconocida. Y esto no son vanas apreciaciones, sino resultado de unas previsiones aisladas del futuro que se han podido determinar con la mayor exactitud. Los expertos de la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO) de las Naciones Unidas han hecho saber que la tasa actual de crecimiento de la población supera ya a la tasa de aumento de la producción de alimentos. El hambre que hoy reina en amplios territorios de nuestro mundo no es una manifestación residual, sino el aspecto visible de esa próxima catástrofe del hambre.

Aunque no haya de producirse en veinte años, en realidad el futuro ha comenzado ya en este terreno, pues la población mundial crece anualmente en un dos por ciento, en tanto que la producción de alimentos tan sólo en un uno por ciento. Las personas que pueblan los territorios del hambre crónica son, al mismo tiempo, las que muestran una menor comprensión de la situación histórica y las que alcanzan una mayor tasa de reproducción, que puede llegar a un tres por ciento e incluso más. Resultará útil volver a recordar unas cifras ya conocidas. Durante los seiscientos mil años de la Edad de Piedra necesitaba la humanidad un milenio para aumentar en un uno por ciento. Hoy aumenta en un dos por ciento anual, es decir, que en el proceso reproductivo ha alcanzado una aceleración de unas dos mil veces más[7].

Si nos imaginamos la ciudad del futuro, no lo podremos hacer úni-

[7] Ph. M. Hauser, "Die zukünftige Entwicklung der Weltbevölkerung als zentrales weltpolitisches Problem unserer Zeit", *Universitas* 11, nov. 1966.

camente bajo la forma de las ciudades de las naciones industriales de la Europa Occidental, cuyos problemas han surgido menos por el aumento absoluto de la población, que por la tendencia al hacinamiento de las empresas técnico-industriales. No se podrá encerrar así a los millones que constituyen las masas incivilizadas e ineducadas, y que por ello se ven condenadas más y más a vegetar física y psico-intelectualmente de forma improductiva en unas ciudades semejantes a ordenados recipientes de vida. Tras de la catástrofe de 1945 hemos conocido una forma similar, aunque algo más suave, de ese estado de miseria crónica en los países subdesarrollados de Africa o de Sudamérica y sabemos la influencia paralizadora tan intensa que estas situaciones extremas han ejercido en la puesta en práctica de soluciones eficaces para la construcción de las ciudades.

Pero aún queda por señalar otra consecuencia aún más deprimente de la superpoblación, que con toda certeza podemos suponer que repercutirá sobre la sociedad. El crecimiento de unas poblaciones para las que no existe "status" social apropiado, y que no son más que indeseados comedores, reduce drásticamente el valor del hombre. Y donde el individuo vale poco, surge antes o después una situación cuyo modelo se puede encontrar en el "despotismo oriental" [8]. Su más sencilla definición es la de que "el Estado es más fuerte que la Sociedad". Que es exactamente lo contrario de la idea ilustrada del Estado que se ha venido desarrollando en las culturas urbanas europeas: acomodación total, terror absoluto, individualización y sometimiento sociales completos, mutismo máximo y una puesta en práctica poco benevolente.

Al igual que podemos asegurar que el hambre actual es anuncio de una mayor plaga de hambre, también podemos deducir que la aparición de situaciones de poderío despótico, que continuamente podemos comprobar en diferentes lugares de la tierra, es consecuencia de la desvalorización del individuo de unas sociedades cuyo crecimiento impide la aparición de estructuras sociales diferenciadas. Una forma más suave de ese proceso de desvalorización puede también observarse en el extremo opuesto de la escala de la productividad en los países altamente industrializados.

Así, la tendencia a desplazarse hacia el oeste en los Estados Unidos ha conducido al rápido desarrollo de las ciudades situadas en aquella zona, en especial, de la de Los Angeles. En la carencia de forma de esta alienación de "slurbs" (la palabra constituye una de esas geniales abreviaciones de los americanos y está formada de "slum" y "suburb"), se puede también descubrir la miseria masiva, en este caso una miseria acentuadamente espiritual, cuyas manifestaciones más perceptibles son elevados índices se suicidios, de violaciones y de asesinatos; así como el enorme desarrollo de todas las posibles formas de manías y pasiones, etc.. La definición de Henry Miller para este tipo de "ciudad" y de existencia urbana como "airconditioned nightmare" (pesadilla climatizada) define perfectamente el proceso de presiones estatales (o, en los Estados Unidos, de otras

[8] Karl A. Wittvogel, *Oriental Despotism. A Comparative Study of Total Power*, New Haven, 1951.

similares a las estatales) para la acomodación al consumo y al comportamiento en cualquier esfera, que gobiernan al individuo de forma despótica.

Aplicando cuanto antecede a nuestra visión del futuro, resulta de enorme importancia lograr que la conciencia de este problema del crecimiento de la población humana surja ante todo en las capas dirigentes de las principales potencias, ya que tal proceso de crecimiento impide cualquier planificación de la existencia humana. La inmediata comprensión de este problema constituye una necesidad política de importancia superior a la de cualquier programa de vuelos a la luna. Pues supone una autodefensa política.

Se nos podría argüir que estamos continuamente hablando del hambre en las décadas venideras y no de la ciudad en esas épocas. En su contra habrá que repetir de nuevo que la realización de esas formas de vida urbana depende, en gran parte, de nuestra facultad para solucionar los problemas sociales. Lo mismo que resulta obvio que los hindues habrán de morir de hambre antes de alcanzar el estado de conciencia que les permita rechazar su culto a un animal sagrado, a las vacas sagradas, también entre nosotros encontraremos formas de comportamiento del mismo tipo irracional, que hasta la fecha han impedido totalmente que las cabezas rectoras de nuestra vida política y espiritual hayan llegado a comprender lo que para nuestra sociedad representaría la solución de los problemas urbanos. Jane Jacobs citó en su conferencia de la Constructa II al senador Robert F. Kennedy, que, como persona oficialmente responsable del problema, confesaba en diciembre de 1966: "Nuestros esfuerzos para superar los problemas de la construcción urbana han resultado baldíos hasta la fecha. No se ha logrado nada de cuanto nos habíamos propuesto. Se ha frustrado el objeto de nuestras preocupaciones" [9].

De aquí que también entre nosotros existan las "vacas sagradas". En lo que habrá que percibir algo más que una simple analogía. Pues se trata de reacciones anímicas del hombre que le son propias como ser y como miembro de ésta o de otra cultura. Si deseamos representarnos la ciudad del mañana; será necesario dedicarles algunas palabras. Son expresión de muchas necesidades emocionales —y de no menos carencias emocionales— que caracterizaron y caracterizan a las ciudades del ayer y del presente.

Al principio dijimos ya que todo pronóstico sobre el curso futuro de la historia estaba plagado de incertidumbres. Pues la historia humana viene determinada por las imprevisibles mutaciones que ocasiona el comportamiento humano y no por una anónima ley natural. Esto podría producir la impresión de que la naturaleza humana permite una mayor libertad de movimientos de lo que en realidad sucede, e incluso ocultar las paradojas que se realizan en el interior de nuestro ser. Pues, como lo demuestra la cada vez más tupida red de las instalaciones técnicas, nos encontramos

[9] Jane Jacobs, "Fehlschläge und Perspektiven amerikanischer Wohnungsbanprogramme", Deutsche Architektur-und Ingenieur-Zeitschrift 5, febrero 1967.

en situación de manipular las leyes naturales externas a nosotros, pero en cambio, el dominio sobre las fuerzas naturales que nos mueven, es decir, sobre nuestros impulsos, constituye ahora, al igual que anteriormente, una tarea incumplida. Este hecho, que parece revestir un carácter de arcaica majestad, es más bien razón para desesperarse.

En la organización de la ciudad del mañana participan, por lo tanto, unos puntos de vista difícilmente movibles, pero tercamente aferrados a las tradicionales formas de satisfacción. La imposibilidad siquiera de someter a discusión la cuestión del suelo en las reuniones de los partidos políticos, bien de tinte cristiano o socialdemocrático, como tampoco en los clubs de golf de los propietarios o en las tabernas de los jardineros, muestra la estabilidad que conservan esos tabúes. Se estabilizan continuamente por todo lo contrario que las utopías progresistas, por las máximas de la ideología que sostiene al Estado. Ulrich von Altenstadt [10] quería "poner un signo de interrogación a la frase: la propiedad de la tierra genera ideas burguesas".

"Quien examine hoy las normas de construcción para las casas unifamiliares tendrá que admitir que las limitaciones de la libertad (separación, profundidad de los cimientos, forma de los tejados, etc.) son casi las mismas que para las ciudades medievales, que, en cambio, desconocían la propiedad privada del terreno, pues era propiedad comunal de los gremios o de otras agrupaciones. Esta limitación se puede percibir tan solo porque nos basamos en una pseudolibertad individual. Los verdaderos beneficiarios de nuestra actual política del suelo son los que especulan con el mismo, siviéndose a la perfección de las ideas económico-agrarias de que el suelo es un medio de producción (para el saldo bancario)".

Al psicólogo social le resulta relativamente indiferente que la ciudad del futuro venga determinada por algún nuevo vehículo desconocido, que esté construida con nuevos materiales o que su estructura se asemeje a un papel cuadriculado. Todas estas cuestiones las considera él como problemas de segunda línea, lo que no quiere decir naturalmente que le sean totalmente indiferentes, sino que todos estos fenómenos deberán obedecer a serias decisiones políticas. De aquí que no le resulte suficiente la contestación de que la ciudad del mañana ya no estará dominada por el automóvil, sino por vehículos que se desplacen sobre colchones de aire. Ante el hecho de que en algunos lugares del mundo la utopía se ha convertido ya en "autopía", le gustaría saber el lugar que ocupan para el individuo de una sociedad los medios de tráfico en la escala de valores. Pues hace ya mucho tiempo que con los automóviles hemos dejado de fabricar únicamente medios de comunicación. Con ellos producimos, además, símbolos de un "status", habitáculos para parejas amorosas y, sobre todo, medios de expresión de una tendencia al movimiento enormemente desarrollada. Quien no considere todos estos factores de la

[10] Ulrich von Altenstadt, "Städtebau zwischen Emotion und Wissenschaft", *Merkur* 18, 1964, págs. 720 y sigs.

economía existencial del actual habitante de las ciudades, no podrá establecer una adecuada planificación del tráfico, pues en este punto intervienen una tremenda mezcolanza de necesidades utilitario-racionales de la fantasía y de otras totalmente irracionales. Y lo mismo sucedería con cualquier otro aspecto, ya se trate de la ciudad-jardín o de la idea de vecindad o de cualquiera otra que se sometiese a debate.

Para el hombre no existen las sencillas prácticas salvadoras. Que a uno le guste pasear no es razón suficiente para que lo hagan los demás, a los que tal vez les baste una mirada a un par de árboles o a un trozo de jardín. El mayor inconveniente estribará, como se dijo ya anteriormente, en la dificultad de determinar los factores que se consideren insoportables. Entre estos incluiría al permanente estruendo del tráfico y también a los numerosos kilómetros cubiertos de casas y sin que se vea un árbol, como sucede en Brooklin. Pero existen también otras muchas circunstancias que animan a permanecer, pese a la esterilidad de lugares tales como Levitt Town, Limesstadt o Gravenbruch.

Existe, no obstante, otro factor de estabilización que hace que en nuestras ciudades no se modifique nada fundamental. Mientras los presupuestos militares de los Estados determinantes del acontecer histórico sigan disfrutando de una prioridad absoluta, resultará imposible la promoción decisiva de la construcción urbana. Bien es verdad que la productividad industrial de una potencia mundial como los Estados Unidos es tan fuerte, que se puede permitir el lujo de mantener una guerra "limitada", al estilo de la de Vietnam, pero, en cambio, no puede ya permitirse un doble lujo y efectuar inversiones a largo plazo de similar magnitud para la humanización de las ciudades americanas. De un presupuesto militar total de 76,8 miles de millones de dólares para los años 1967-68 se prevén 21,9 miles de millones de dólares para la guerra del Vietnam. Bajo la impresión de estas cifras es fácil comprender las modificaciones en la apariencia del mundo que el desarme total podría traer consigo. Los futurólogos podrían así disponer de sumas muy considerables para sus juegos imaginativos partiendo de un mundo totalmente desarmado. Pero este cambio en el reparto de nuestras riquezas se encuentra aún a enorme distancia [11]. La ritualización e institucionalización de nuestro exceso de impulsos agresivos y destructores en los ejércitos, en sistemas de formación y en técnicas de guerra crecientemente embrutecedores, indica que nuestras tendencias compulsivas se quieren descargar con una fuerza elemental que avasalle las objeciones de la razón. Su fuente de energía es nuestra propia naturaleza, cuyas características apenas se han

[11] "De los ingresos por supuestos fiscales solo están previstos 11.000 millones para programas sociales, es decir para Enseñanza y Educación, Sanidad y proyectos de desarrollo locales. Dicho con otras palabras: los 35 millones de americanos que, según estimaciones oficiales, viven por debajo del nivel de vida mínimo (entre ellos un porcentaje más que proporcional de gente de color) tienen que prescindir de gran parte de esa ayuda estructural que, bajo el impacto de las cifras de probreza que se habían acumulado en 'el país más rico del mundo', se les prometió solemnemente." H. T. R., "Kriegsbudget", *atomzeitalter* 1/2, enero/febrero 1967, p.5.

modificado desde la época del paleolítico. Harlem y todos los arrables y suburbios del mundo podrían convertirse en lugares arcádicos si los 21,9 miles de millones de dólares y otras sumas semejantes se invirtiesen en el cuidado de nuestras ciudades, en vez de en preparativos para su destrucción.

Resumamos: la situación resulta precaria, como todas. En la época en la que "la muerte negra" asolaba la tierra, el futuro no se presentaba más de color de rosa que en la actualidad, con sus muertos en la batalla del tráfico. ¿Existía una mayor esperanza cuando los gremios ahogaban toda iniciativa, que la que existe en la actualidad en que las gigantescas empresas constructoras deciden sobre las condiciones de habitación de millones de personas? Habrá que apelar al "principio de esperanza" para no dejarse arrastrar por la apatía o para no refugiarse en utopías de evasión. Aunque el peligro resulte decisivo en nuestro tiempo, porque ya no se trata de saber si saldremos o no saldremos de él, como en el caso de la peste.

El camino que habremos de recorrer en nuestras meditaciones sobre una ciudad que merezca la pena —que no sea un simple mosaico de miopías, cobardías, comodidades y deseos de ganancia—, resultará muy penoso. Pues investigarnos a nosotros mismos, y llegar a conocernos, no es tarea de menor importancia que la de investigar algún astro. Nuestra escasa predisposición para abandonar las acostumbradas seguridades, las partes integrantes de nuestro carácter, es un factor de la historia mundial de magnitud similar a nuestro incansable deseo de descubrir los secretos de la naturaleza; que forma aquella mezcla de terca inmovilidad y de sorpredentes cambios hacia nuevas oportunidades, que hace tan difícil la tarea de intentar siquiera el pronóstico.

Pues toda época de la historia estuvo siempre formada por la mezcla de lo más antiguo de la naturaleza del hombre con lo que aún no había llegado a existir. Resulta así difícil descubrir una línea evolutiva en el desarrollo de la historia. Quizás haya aumentado la capacidad de resistencia contra el propio engaño, pese a los tremendos deslumbramientos de los que nosotros mismos fuimos testigos, o tal vez, víctimas. Pensaba en un entrenamiento en este sentido cuando afirmaba que el desarrollo de la ciudad del futuro dependería de la toma de conciencia de sus habitantes. Aunque no haya tampoco que olvidar que aún sigue siendo totalmente válida la norma de que la conciencia de los hombres se forma por las condiciones sociales bajo las que se ven obligados a vivir. Por lo tanto, no nos será posible librarnos de este auto-engaño mientras no aceptemos esa dialéctica de nuestra vida de que sólo podremos llegar hasta nosotros mismos por la vía de las imágenes y prejuicios de nuestra sociedad.

El trabajo interdisciplinario nos parece un magnífico medio de lograr este fin —aquel trabajo interdisciplinario sin el cual no es concebible la planificación de una ciudad del futuro más humana. Que esta consideración de los problemas se realice de forma tan limitada indica de nuevo la falta de preocupación por dichos problemas. Y en esta actitud de intransigencia está incluido tanto el egoísmo de los individuos como el de los grupos a los que pertenecen; contra lo que no habría nada que oponer, ya que el egoísmo es el instrumento de la auto-conservación. No habrá así más que lamentar que los medios de que se vale sean casi quiméricos y que demuestren que están muy insuficientemente manejados por el Yo crítico de nuestra época.

Todo ello desembocó en un deber político, en cuya formulación colaboró un grupo de arquitectos, historiadores, sociólogos y psicólogos sociales que lo dieron a conocer en su "Declaración de Bochum del 16 de septiembre de 1965". En la misma se decía:

"El modo de vida urbano ofrece a los hombres las más amplias posibilidades en cuanto a lugares de trabajo, de encuentros e intercambios, de diferenciación y aumento de la producción. No es la disolución de la ciudad lo que podría cumplir esta tarea, sino su lógica reordenación con los medios que nos brinda nuestra técnica y la utilización de toda la fantasía creadora de nuestro tiempo.

Presupuesto del reconocimiento de la multiplicidad de fuerzas entrelazadas, que, sin embargo, actúan hoy casi siempre de forma desesperadamente aislada, y que son las que conforman la figura de la ciudad, es una investigación urbana, que habrá de promocionarse como ciencia a tener seriamente en cuenta.

Los conocimientos científicos deberán sustituir a las hoy usuales ideologías. Sólo ellos podrán, en unión de las previsiones sobre la vida de una sociedad libre, constituir la base de las decisiones políticas"[12]

La ciudad del futuro valdrá tanto cuanto valga la fuerza de sus habitantes para oponerse, con visión crítica, a las exageradas obligaciones de adaptación, para buscar la especialización y no el conformismo, para lograr su propia decisión en vez de sumarse obedientemente a la de las autoridades. Si deseamos tener conciudadanos ilustrados y no personas que sean ilimitadamente manipuladas, estaremos obligados a brindarles la oportunidad de llegar a serlo. Y esto depende de una innumerable cantidad de factores determinantes de la totalidad de un entorno.

Se precisa de más y más investigación, dado que la actual dependencia del hombre respecto de la existencia urbana es mayor que nunca y que somos nosotros mismos los que en nuestras ciudades creamos nuestro más o menos exclusivo entorno. En este entorno habrán de poder desarrollarse los deseos de crítica, como síntoma de participación, así como también el orgullo de pertenecer a una ciudad, como síntoma de identificación. Estas son facultades que no se derivan de la herencia sino que se forman en la sociedad. Resulta banal, aunque sea verdad, que de nosotros depende lo que nosotros mismos logremos superar y lo que nosotros mismos podamos desarrollar. Y que esto determine cómo hayan de vivir nuestros descendientes del año 2.070 y posteriores.

[12] A propósito de la "Declaración de Bochum": ¿Qué consecuencias ha propiciado? ¡Ninguna! ¡Hacen falta muchas arremetidas para penetrar, siquiera un par de pies, en la maraña de las manipulaciones burocráticas y de los intereses privados en las propiedad del suelo!

Capítulo 4

EDADES HUMANAS Y MEDIO URBANO *

El punto de partida de mi reflexión es totalmente antropológico, de conocimiento del hombre. El antropólogo está acostumbrado a investigar culturas extranjeras que le resultan desacostumbradas, así como también las pautas de comportamiento de su propia cultura que no le resultan fáciles de comprender. Lleva a cabo sus observaciones de forma un tanto distanciada, de manera parecida a la del etólogo al estudiar el comportamiento social de una especie animal. Pero ese distanciamiento no implica una falta de interés por el objeto de su investigación. Quiero también llamar la atención sobre el hecho de que, además, las circunstancias que analizo son de naturaleza *política.* La mayoría de la gente cree que solo se hace política en las capitales y no en la esfera local, como por ejemplo, por lo que se refiere a las decisiones que determinan la "Gestalt" (es decir, la totalidad) de nuestras ciudades. La política de Bonn es continuación consecuente de lo que políticamente aquí se prepara (figura 1); sin que por parte de los interesados exista conciencia completa de estas relaciones, conciencia que muchas veces falta en absoluto. Resulta, sin embargo, muy aleccionador, muy indicativo, lo que llega a la conciencia de los hombres (lo que debe llegar) y lo que no. Si se me permite anticipar una conclusión de este ensayo, será la de que muchas funciones de la vida en nuestras ciudades muestran tendencia a entumecerse en una agonía que recuerda una lucha a muerte. Y ello pese a los palpitantes torrentes de tráfico que las atraviesan —o mejor, debido precisamente a estos to-

(*) Conferencia de la sesión técnica del grupo de trabajo sobre técnica doméstica de DAI, BDA y BDB sobre el tema "Persona y vivienda – casa y técnica doméstica, hoy y mañana" con ocasión de la Constructa II, celebrada en Hannover del 21-29 de enero de 1967, publicada en *Deutsche Architekten-und Ingenieur-Zeitschrift* del 2 de febrero de 1967 págs. 10-21.

rrentes entre otras causas. Si contemplamos ese nudo de carreteras de cuatro pisos (figura 3) situado en el centro de los Angeles, observaremos que se trata de un ejemplo de ingeniosa construcción de carreteras; pero al ver a esta poderosa araña plantada en medio de la ciudad y ver cómo aplasta bajo su peso cualquier otro tipo de vida, tendremos que recordar el dicho clásico entre los médicos: Operación (planificación del tráfico) satisfactoria, enfermo (vida urbana) muerto.

La planificación del tráfico en el mundo durante los últimos decenios ha sido menos previsora. Ya no es posible que el burgués de nuestros días monte todas las mañanas a caballo y se traslade en alegre galopada hasta la ciudad próxima. Aplicados a la utilización de los automóviles, resulta que nuestros ciudadanos se comportan de esa forma, porque existe una industria automovilística que les suministra los vehículos. Una política ampliamente previsora hubiese sido la de conseguir que la masa aceptase la poco grata idea de que no debería esforzarse, movida por un ingenuo orgullo nacional, en alcanzar la tasa máxima de crecimiento de la población, y en hacinarse, además, en las ciudades –y comportarse al mismo tiempo como si aún nos las tuviésemos que ver con las condiciones de tráfico del año 1820. La conciencia política va siempre detrás del reconocimiento de los problemas prácticos verdaderamente importantes. En nuestro ejemplo, la temprana limitación del tráfico privado y su canalización hacia medios de transporte público de amplia capacidad de recepción hubiese supuesto el tratamiento adecuado de los problemas del tráfico urbano. Pero no se logró que esta idea calase hasta la conciencia de los habitantes de la época, ávidos de automóviles. Por el contrario, se gastaron miles de millones en mantener la ficción de que el tráfico urbano podía ser solucionado mediante los vehículos particulares, igual que en la época de los coches de caballos. Por su parte, esta grandiosa planificación errónea va unida al desarrollo político en el plano comunal. Se ha llegado a una *separación* absoluta entre la gran masa de los ciudadanos "mudos" y las burocracias de los Ayuntamientos. La relación *dialéctica* entre el gobierno y la voluntad popular ha sido víctima de esta separación paralizadora, de esta falta de participación de los ciudadanos y de este poder soberano por parte de la Administración. De aquí que los impulsos que parten de los nuevos conocimientos –como por ejemplo, en la política de transportes, así como la planificación del transporte determinada por esos mismos conceptos políticos –no lleguen ya al gobierno por la acción de los grupos de la burguesía. En general, se acepta con mayor o menor resignación lo que las autoridades de la ciudad quieran hacer con ella.

Pero volvamos de nuevo a las ciencias del hombre, que tratan de buscar explicación a las sorprendentes perturbaciones de su múltiple capacidad de participación. Lo que primero llama la atención del antropólogo es que el hombre es un ser extraordinariamente bien dotado para la adaptación. La palabra "extraordinariamente" ha sido empleada con intención, puesto que no sabemos donde se encuentra la frontera entre una adaptación sana y otra que se destruye y se mutila a sí misma. Pues no es posible en vida humana alguna que no se acomode a un determinado

medio social. No obstante, el hombre es capaz de vivir con una falta casi completa de desarrollo propio; puede "vegetar" (piénsese en la miseria corporal de la India, de Sudamérica, de todos los suburbios del mundo, así como en la vida psíquica mínima de las barriadas de las afueras de las ciudades). El hombre puede superarse a sí mismo en capacidad de resistencia física y espiritual en persecución de unos grandes objetivos o de un ideal heroico (esto lo pudimos comprobar en dos guerras mundiales); pero este hombre también puede ordenarse en distintas formas de conformismo, cuyas máximas existenciales se contradicen las unas con las otras. Por el estudio comparado de las culturas sabemos de sociedades que educan a sus miembros en la desconfianza, la agresividad y la crueldad, así como de otras en las que sucede todo lo contrario, en las que los hombres son alegres, comprensivos y tolerantes. Y no será preciso que se trate de dos comunidades de población muy alejadas, que tengan, por ello, formas de vida muy diferentes; también los vecinos pueden recorrer caminos divergentes en persecución de la felicidad, como nos lo demuestran las culturas de Europa, nuestro continente materno.

No habrá, por lo tanto, que esperar que la vida de nuestras ciudades se pueda organizar con soluciones baratas. Pues, ¿cómo podríamos orientarnos? ¿Existe algo así como una imagen total del hombre? Y ¿en qué consisten los rasgos comunes de las manifestaciones heterogéneas? [1] Habremos, ante todo, de reconocer el pluralismo de las tradiciones existentes, de los sistemas sociales y de los sistemas esperados. Además, el hecho de que no tengamos en cuenta nuestro pasado cuando meditamos sobre el futuro, podría constituir una grave amenaza para nuestra identidad, especialmente por lo que respecta a las ideas sobre valores vitales y a los peligros que encierran. Por muy incompletos que estén, los actuales esfuerzos europeos tienden hacia un crecimiento de la propia responsabilidad y hacia una autocomprensión del individuo mucho más crítica. Eso es, en esencia, lo que significa la sociedad de espíritus libres. La más exigente de todas es la libertad de poder soportar la verdad sobre sí mismo. Al igual que en el pasado, esta auto-realización y esta auto-mistificación no se producen en el vacío, sino en el campo de los procesos e intereses sociales.

Las presiones del conformismo que hoy están de moda –que plantean actuales exigencias de acomodación y que ejercen actuales presiones antiindividuales–, esos imperativos no nos afectan únicamente a nosotros mismos y al sistema de nuestros valores socialmente válidos, sino que se han convertido en un problema para toda la humanidad. Pues, por primera vez, se desarrolla ante nuestros ojos algo así como una civilización universal, ya que se despliega un imperio universal de los instrumentos técnicos y un modo de vida acorde con el mismo. Así como anteriormente nos

[1] Toda planificación lógica presupone una "representación del medio ambiente adaptada a las medidas humanas" (Gerd Albers). Sólo quedará por averiguar con respecto a qué modelo humano y sobre la base de qué educación deberán "acomodarse" aquéllas.

acomodábamos a las exigencias del suelo o a determinadas posibilidades de la ganadería, así tendremos también hoy que acomodarnos a las posibilidades que nos brinda el equipamiento técnico de nuestro entorno vital próximo y lejano. El gran abismo que separa a los países industrialmente desarrollados de los que se encuentran en vías de desarrollo, marca las diferencias existentes en las situaciones de acomodación, sean cuales sean los motivos de sus dificultades de acomodación.

La humanidad alcanzó una extraordinaria influencia sobre su entorno con ayuda de la creciente capacidad para desarrollar sus propias posibilidades *racionales.* El hombre no posee un entorno definitivo, no se inserta en *un* biotopo, o sea, en una relativamente equilibrada convivencia con otros seres vivientes, con los que comparte un determinado territorio; por el contrario, ha aprendido a configurar su entorno (mediante su "inteligencia instrumental") de una forma cada vez más eficaz para sus propias necesidades –casi siempre con un desprecio desconsiderado, ingenuo o ciego por la situación de equilibrio biológico con la que se encontraba. Su justificación se la proporcionaba la religión, que le consideraba como rey de la creación. Precisamente, estos ataques cada vez más intensos contra unas circunstancias que se han ido desarrollando biológicamente a lo largo de dilatadísimos períodos de tiempo, constituyen ahora un grave impedimento para que las masas humanas, que crecen con enorme rapidez, hallen una eficaz acomodación a su medio ambiente natural. La desolación de las afueras de las ciudades, la polución de las aguas corrientes y otros fenómenos semejantes, indican el grado alcanzado por el cultivo exhaustivo y el desequilibrio biológico.

Enfocando nuestro punto de vista sobre la humanidad, se nos aparece el hombre como el ser viviente de mayor éxito y mejor organizado. Si en las primeras épocas de la humanidad se tardó unos mil años en lograr un aumento de un dos por ciento, hoy crece esa misma humanidad a un ritmo mil veces más rápido, puesto que aumenta en un dos por ciento anual. Pero el aumento de nuestra capacidad de raciocinio nos ha hecho comprender asimismo que este camino triunfal de los hombres se adquiere al precio de una progresiva devastación de la tierra; los sistemas de equilibrio biológico establecidos a lo largo del devenir de las grandes épocas de la historia terrestre se vieron perturbados durante el espacio de tiempo relativamente corto de los cuatro mil años últimos, aunque de forma relativamente seria lo fuera tan sólo durante los últimos cien años, a causa de la aplicación masiva de las ciencias naturales de la técnica industrial.

A las manifestaciones secundarias de este crecimiento de la humanidad pertenece el cambio experimentado por la población, que ha pasado de ser una en la que tan sólo un cinco por ciento vivía en las grandes ciudades a convertirse en otra que se urbaniza cada vez con mayor intensidad; con lo que las ciudades tienen que ir acogiendo un número cada vez mayor de habitantes. Además, por urbanización habrá que entender el hecho de que los hombres vean transcurrir su existencia bajo condiciones de vida urbanas o similares, o que, al menos, no vivan del trabajo agrícola. Habrá que aceptar una tan radical modificación del medio ambiente de la

humanidad como la que supone, por ejemplo, el que hasta comienzos de la época técnica la producción agrícola no permitiese que en las ciudades viviera más de un cinco por ciento de los humanos, en tanto que hoy es un ochenta por ciento de las personas de los países superindustrializados las que no tienen ya nada que ver con la Agricultura, ni directa ni indirectamente. En el transcurso de los últimos doscientos años, pero de forma mucho más acelerada durante el medio siglo último, el "biotopo" del hombre se ha visto dominado por creaciones técnicas y urbanas, que llegan a extremos tales como los de la climatización artificial o la del trabajo en lugares carentes de ventanas y permanentemente iluminados y ventilados de forma artificial.

A todo ello puede acomodarse el hombre –aparentemente–, de forma natural y en su proceso de "avance", que bien puede ser tachado de poderoso. Aunque este claro orgullo vaya acompañado de la añoranza por los paraísos perdidos del pasado. Es fácil comprender que esta alternativa no nos acercará más a la solución del problema que destaca sobre todos los demás, el de cómo crear condiciones humanamente dignas para el desarrollo de la vida de las hacinadas grandes masas de población. En esta tarea habrá que tener en cuenta dos cosas. La orientación hacia el pasado conduce muchas veces al error. El error en el que se cae se puede ilustrar fácilmente por medio del diálogo que John Steinbeck incluye en uno de sus libros y que trata de un gran viaje a través de los Estados Unidos. Steinbeck ha sido invitado a cenar por un mecánico y por su esposa. El hombre es hijo de un inmigrante procedente de la Toscana. La conversación gira en torno a las raíces que deseamos echar. Steinbeck dice: "Uno de nuestros sentimientos más sagrados se refiere al enraizamiento, al crecimiento arraigado en un suelo o a la fijación de una determinada comunidad". A lo que contesta el hombre: "¿Cuántas son las personas que poseen eso de lo que Vd. habla? ¿Qué raíces puede haber en un apartamento de un doceavo piso? ¿Qué clase de raíces pueden existir en los bloques de casas baratas (housing developments) con cientos y miles de pequeñas viviendas, las unas iguales a las otras? Mi padre creció en la Toscana, en una casa que su familia venía ocupando desde hacía quizás unos mil años. Estas son las raíces de las que Vd. habla. Sin agua corriente, sin servicios, con fuego de carbón vegetal o con el de las cepas arrancadas. No disponían más que de dos habitaciones, la cocina y una alcoba, en la que dormían todos ellos, el abuelo, mi padre y los demás niños. No dispusieron nunca de un sitio para poder leer o para estar un rato a solas. ¿Era esto mejor?" Y la familia de la mujer, que procedía de Irlanda, tampoco parecía haber estado mucho mejor, porque ella añadió: "Las raíces de mi familia estaban en una turbera y nosotros vivíamos exclusivamente de patatas". En esta descripción late aún la amargura de la antigua miseria como recuerdo amenazador. Las "facilities" –las instalaciones técnicas– marcan aún los acontecimientos de un cambio de entorno que se viene abajo. Pero como con ese dos por ciento anual de aumento de la natalidad no se puede retroceder en esta carrera entablada con el hambre, aún no ha quedado establecido que las nuevas condiciones de vida no tengan, a su modo, ten-

dencia a convertirse también en carga aplastante— diferente, pero no menos pesada que las antiguas cargas de la pobreza preindustrial. De aquí que tengamos que pagar esas facilidades técnicas con un exceso de trabajo y unos esfuerzos constantes (a causa del ruido, de la unilateral tensión antifisiológica, etc.), cuyas consecuencias aún no estamos en condiciones de evaluar en toda su amplitud —al igual que desconocemos asimismo los impedimentos creados en las antiguas culturas por las tensiones o los estímulos nacidos de los esfuerzos por mejorar aquellas sociedades. Sabemos naturalmente, que la subalimentación crónica, al igual que las epidemias, constituyó causa permanente de preocupación, pero que, en cambio, prestó toda su fuerza vital a este enraizamiento en el suelo, fuente casi única de producción.

Pero habrá que pensar también en la segunda tarea, cuya superación será necesaria para aliviar esa nueva miseria endémica y progresiva, teniendo muy en cuenta que al hablar de miseria masiva no se piensa únicamente en la material, sino también en la psíquica. Hemos destacado ya el presupuesto psicológico que ha conducido a la comprensión de los procesos naturales como procesos casuales. Y hemos hablado anteriormente del desarrollo de la capacidad de pensamiento racional frente al pensamiento mágico. Tenemos ya casi olvidado el valor que fue necesario para llegar a explicar manifestaciones de la naturaleza tales como, por ejemplo, una tormenta o una epidemia, de forma, "natural" y no sobrenatural. Hemos señalado además que esta comprensión racional de la naturaleza se vió acompañada por una enorme desconsideración respecto a las condiciones que la civilización técnica encontró en la misma. A lo que habrá que añadir, además, que el aumento de la comprensión racional por nuestra propia naturaleza humana como presupuesto de una forma social más humana ha crecido en tan escasa proporción, que tiende a desaparecer —al menos si se compara este desarrollo con el de la comprensión de otros objetos naturales extrahumanos.

Esta situación puede también ser descrita desde un punto de vista diferente: el hombre se caracteriza en el trato con sus semejantes (en el marco de las sociedades técnico-industriales superdesarrolladas) por la misma falta de consideración que ha demostrado siempre por la naturaleza, aunque, al igual que en todas las sociedades, existan normas éticas, morales, religiosas que pretenden restringir esta explotación en el vivir cotidiano. Pero no habrá que caer en el error de creer que por ello haya de reinar la anarquía; lo sorprendente es más bien que se pueda racionalizar la explotación y dotarla de aparentes fundamentos racionales. Se convierte así en cimiento de la cultura y apoya, al mismo tiempo, a la estructura social basada en la explotación del hombre por las clases dominantes, sobre la que descansaban las culturas antiguas. La liberación del hombre del trabajo corporal y el creciente desempeño de actividades monótonas junto a las máquinas, ha producido un cierto cambio en este aspecto, aunque hasta ahora no se haya modificado nada en la forma en que se han aprovechado los privilegios de la desigual propiedad del suelo existente en nuestra sociedad. En lo que no se diferencia en nada de las culturas más antiguas. Aunque se haya aquí rebasado con mucho la medida de lo soportable, a estas circunstancias se han ido acomodando los desposeídos, es decir el grueso de los habitantes urbanos, de forma pasivamente resignada, por lo que la cultura habrá de ser entendida —lo que resulta poco corriente, dadas las idealistas definiciones sobre la cultura usuales entre nosotros— como un sistema de explotación apenas soportable. Si se juzga burdamente lo previsible, se puede provocar una respuesta revolucionaria. Y uno de los fenómenos más asombrosos de nuestro tiempo es que hasta ahora no haya sucedido algo de esto.

En este sentido hay que destacar una actividad muy específica de los habitantes de las ciudades. Históricamente fueron sus moradores los que en repetidas ocasiones lucharon por la libertad, lo que demuestra la mejor educación del pensamiento racional en las ciudades, en las que florecían las técnicas artesanas de todo tipo, entre ellas también la técnica del pensamiento. Las ciudades constituyeron la simiente de la inquietud del cambio histórico, al menos en la época moderna. Aquí nació el concepto del hombre como individuo en el sentido moderno, como individuo que niega la esclavitud; aquí se luchó por el poder del pueblo, pero también se dirigió desde aquí la explotación de los pueblos extranjeros. Y lo mismo que a las razas de color, se alienó también a las masas proletarias de la propia sociedad sin percibir ningún sentimiento de culpabilidad, abandonándolas así al afán explotador de los privilegiados. A esta situación se han enfrentado con éxito los movimientos sociales de la época moderna. Así es como una dialéctica domina también en la actualidad los problemas del crecimiento urbano, pues aquí es donde simultáneamente se organizan las fuerzas progresivas, así como las conservadoras de los patricios. Aquí se decide la historia moderna. Aquí es donde, por primera vez, surgieron aquellas ideas sin las que la democracia resultaría incomprensible. Aunque, naturalmente, en nuestras elucubraciones nos preocupe la cuestión de si las grandes metrópolis y las ciudades masivas de la actualidad y del futuro próximo habrán de conservar esa cualidad de palenque dialéctico del progreso, concretamente del progreso interno de la humanidad. Pero esto ya lo pusimos en duda al comienzo.

Volvamos de nuevo al problema de la adaptación. Su casi ilimitado talento para la adaptación constituye una de las más notables características del hombre; de aquí que al examinar la historia, encontremos que existen muchas formas, históricas y contemporáneas, de manifestación del hombre. Por muy diferentes que sean los sentimientos, las normas sobre valores, los fines existenciales, es de esperar que, en cada caso, las necesidades fundamentales de estos hombres, tan diferentemente desarrollados en el aspecto social, coincidan en las comunes predisposiciones e inclinaciones. Las formas de satisfacer estos impulsos son infinitamente variadas, aunque exista siempre una relación de dependencia entre la estructura del entorno y la estructura del mundo interior (o sea, la forma de comportamiento de un grupo, su carácter colectivo). Sabemos demasiado poco sobre estas relaciones. Pero no podemos ya permitirnos el lujo de perder el tiempo formando juicios precientíficos. Defendemos a la de-

mocracia; pero, ¿qué significa esto en lenguaje psicológico? Que defendemos un sistema social en el que los conflictos se desarrollan con un alto grado de reconocimiento de la justicia de los intereses de los contrincantes. En la democracia no se puede ya generalizar de forma primitiva (como, por ejemplo, al afirmar que los judíos tienen la culpa de todo), sino que, por el contrario, se controlan todas las responsabilidades y se desarrolla, ante todo, la experiencia por medio del aprendizaje. La historia de la democracia nos muestra lo difícil que es llegar a este estado de conciencia. No cabe duda de que no se podrá hablar seriamente de democracia mientras los ciudadanos no participen en la configuración de las funciones públicas. La llamada democracia representativa no es suficiente en sí misma para ser designada como democracia. De aquí que se encuentre desamparada ante los ataques autoritarios. Pero esta participación activa no se ha conseguido hasta ahora más que en las pequeñas democracias, en las ciudades-estado, en los cantones. Creo sin embargo, que la tarea política de la actualidad deberá consistir en organizar el pensamiento democrático también en el plano de la gran sociedad, es decir, hacer que los ciudadanos de esa gran sociedad participen asimismo activamente en la configuración de su entorno inmediato, especialmente en el de su comunidad. Tan sólo bajo estas condiciones participarán en los procesos de aprendizaje, que resultan tan necesarios para conferir a nuestras comunidades urbanas aquella forma humanamente justa que, en sí misma, representa una manifestación totalmente nueva y que sólo externamente tiene algo que ver con la ciudad de la Edad Media o con la aparición del absolutismo. Si como hasta ahora, se sigue apartando al ciudadano de la adopción de decisiones, tales como el aspecto externo de una nueva escuela, el lugar de construcción de un jardín de la infancia o, incluso, la conveniencia de construirlo, la forma de construir una calle u otras semejantes, dichas decisiones proyectarán su sombra de forma primitiva para calificar de buenas o de malas a las figuras de los padres, los dirigentes, los superiores, etc., que, alternativamente, tendrán la culpa de todo lo malo o serán origen de todo lo bueno.

Creo que todo cuanto hemos venido diciendo hasta aquí no resultará superfluo para el tema que vamos ahora a iniciar. ¿Qué necesidades e impulsos humanos habrá de satisfacer el medio ambiente urbano para lograr que en su interior crezcan unos habitantes que no se acomoden callada y pasivamente a su entorno, sino que sientan un íntimo impulso hacia el compromiso con su propia sociedad? En este aspecto nos deberemos contentar por ahora con algunos indicios y ejemplos esclarecedores. Ante todo, al hombre se le exigen, en especial en un mundo que se modifica con tanta rapidez, unas tareas de adaptación que se extenderán a toda la vida, a toda su vida y no solamente hasta que consiga su definitivo "rol" social. Volveremos más tarde sobre esta cuestión para comprobar cómo hoy día la persona de una cierta edad, que aún tiene por delante de sí un extenso período de vida —el llamado ocaso de la vida— no puede limitarse a los solos recuerdos de su pasado, sino que habrá de aprender a adaptarse a un nuevo papel, que ni siquiera está definido y carece de tradición

dentro de la sociedad.

La dinámica del proceso de adaptación se caracteriza por el impulso para entender las relaciones. Lo que motejamos de curiosidad. Pero la curiosidad determina asimismo el comportamiento lúdico de muchos animales. El único comportamiento de curiosidad que puede durar toda una vida es el del hombre, porque solo él no se mueve en un entorno definitivamente establecido. Los rápidos cambios de entorno que produce nuestra civilización, tan inventiva, van eliminando cada vez mayor número de las seguridades que brindan los "roles" establecidos por la tradición. Pues al hombre le gustaría actuar como si su sociedad estuviese construida para la eternidad, lo mismo que a los demás seres vivientes se les aparece su medio ambiente como presupuesto natural en el que van creciendo generación tras generación. Pese a la caducidad de las normas humanas, todas ellas aspiran a esta validez intemporal, en especial los valores éticos, que muchas veces no son más que la racionalización, es decir, el embellecimiento de unas fácticas situaciones de poder. Y donde entra este tipo de intereses en juego no es posible preguntar nada más; lo que pasa por igual en los estados capitalistas y en los comunistas, en los cristianos y en los mahometanos. Esta es la verdadera razón de que nuestros conocimientos sobre las motivaciones humanas sean mucho más reducidos que nuestros conocimientos sobre la luna.

El hecho de que la curiosidad siga siendo importante para la supervivencia quiere decir desde ahora que nada ha cambiado en el deseo de investigar el entorno social y técnico, sino que, por el contrario, se promociona intensamente este comportamiento inquisitivo.

La curiosidad comienza muy pronto a ser efectiva; concretamente, con la maduración de la capacidad de trasladarse de un lado a otro. A lo que habrá también que añadir que se trata de un impulso espontáneo. El medio ambiente puede promover este impulso, puede verlo con buenos ojos, o por el contrario, puede limitar esa curiosidad, incluso aplastarla totalmente. La cuestión consiste en averiguar el grado de iniciativa, no sólo durante la primera infancia del hombre, sino asimismo durante la época de su pubertad y de su post-pubertad, la cantidad de cosas desconocidas, de actividad, que muchas veces resulta destructiva, que el universo humano puede realmente soportar. ¿Se utilizan demasiado pronto las barreras, los signos prohibitivos ("se prohibe pisar el cesped"), se pronuncian demasiado pronto amenazas de futuros castigos o, por el contrario, conservan los adultos los recuerdos de sus propias necesidades y percances infantiles y se comportan de acuerdo con ellos? Esto constituye un problema de la comprensión interhumana, problema que puede decidir sobre el clima total de una cultura.

Pero también existe una causalidad circular entre el organismo elegible y el medio elector; entre el individuo, sensible a las impresiones que del mundo fluyen hacia él, y el medio ambiente, sensible a los deseos del individuo. El monótono, desilusionante y estrecho mundo se va destemplando y es desconsideradamente maltratado por sus destemplados habitantes. Quien sea encerrado en esos "housing programs", en esos cuarte-

les de la construcción de viviendas sociales, estará condenado a la apatía (figuras 1 y 2).

Una vez que esta resignación se haya adueñado de un núcleo de población, se podrá ya anunciar con certeza que la gente no quería otra cosa, que no eran capaces de nada mejor, que no se interesaban por las cuestiones de su medio urbano, que había que dictarles todo. Para expresarlo con una palabra que resulta tan horrorosa como el hecho que quiere representar: se "masifica" primero a cientos y a cientos de miles de personas para después explicar que eso es así, que es raro que el hombre muestre una inclinación hacia lo "superior", que es un ser de masas, impenetrable a la propia responsabilidad y a la iniciativa. Demostración que supone una auténtica ideología en el peor sentido de la palabra.

Esto se puede ilustrar por medio de un ejemplo. De las extensas investigaciones llevadas a cabo por Sheldon y Eleanor Glück se desprende que el 57,9 por ciento de los delincuentes juveniles muestran un destacado impulso hacia la aventura, frente al 9 por ciento obtenido en un grupo comparativo de no delincuentes. Esta búsqueda de aventuras es indicio típico de un comportamiento de curiosidad aún no apagado en el período de la pubertad. El impulso es normal, pero un entorno para ellos incomprensible les fuerza a buscar satisfacción en un comportamiento asocial. Existen además, muchos modos de comportarse, desde los anormales hasta los clínicamente perjudiciales y los estériles, que se muestran en lucha abierta con la sociedad, y que nosotros tachamos de neurosis, excediéndonos tal vez en la simplificación. Habría que incluir asimismo a numerosas enfermedades corporales y rigideces de carácter. Sabemos que todo ello se puede retrotraer a unas perturbadas relaciones interhumanas, concretamente, a las que se inician en la primera niñez. La cuestión consiste en saber la cantidad de esta tensión conflictiva, insoportable en el sentido más estricto de la palabra, que constantemente se va cargando por culpa de las inclemencias del medio externo. Una madre que sabe que su hijo se encuentra seguro jugando en la terraza, puede dedicarse a sus ocupaciones sin sentir preocupación. De esta forma la madre y el hijo ensayan las primeras separaciones. El niño, por su parte, podrá explorar un trozo de mundo que rebasa las estrechas fronteras conocidas y desarrollarse así mientras juega. Cuando el niño regrese se sentirá descansado, satifecho y la madre habrá gozado de un momento de descanso.

A quien arguya que así se defiende un sueño de épocas pasadas, se le podrá contestar que efectivamente eso es lo que sucede en las presentes circunstancias. Pero ¿se podrán mantener esas circunstancias? ¿Podremos renunciar de niños a esas experiencias que hemos apuntado, si luego de mayores se nos pide que tengamos una imagen de nuestro entorno estructurada con arreglo a nuestras propias experiencias, de un entorno en el que, además, deberemos efectivamente participar? Recuérdese la pobreza de las "zonas de juego" que ofrecen nuestras reducidas viviendas, e incluso nuestras mismas ciudades. ¿Nos limitaremos a eso? [2]

[2] El Comité Olímpico Alemán comprobó en el año 1960 que en la Republica Federal faltaban 31.000 terrenos de juegos infantiles y 14.700 instalaciones deportivas para el público en general y para los escolares (FAZ, 19-I-1967). Desde entonces parece que se ha constituído una tercera parte de esas instalaciones, con lo que aún sigue faltando una gran cantidad de ellas.

No parece ser de dominio público el hecho de que la historia del hombre forma un acontecer unitario desde su nacimiento hasta su muerte y que las tempranas experiencias de la niñez predeterminan la posterior forma de las vivencias. Una gran masa de nuestros adultos sigue sún creyendo que los acontecimientos de la infancia no cuentan para nada; en apariencia, tan sólo porque el niño no es aún capaz de golpear la mesa con el puño y reclamar sus derechos. Hay que aprender y aceptar que en la niñez es cuando se fijan las agujas que señalan las vías por las que habrá de transcurrir nuestro definitivo comportamiento de adultos. Pero a quienes no hayan ejercitado entonces su iniciativa, les resultará luego más difícil, mucho más duro, llegar a hacerlo, si es que consiguen siquiera tener iniciativa. (Lo que se ha de convertir en uno de los principales problemas, ya que en el futuro los hombres deberán pasar en el espacio urbano no sólo sus horas de trabajo, sino también las de su más amplio tiempo libre.)

¿Dónde están entonces los lugares de juego para los niños pequeños, que resulten fácil y funcionalmente accesibles desde las viviendas limítrofes? ¿Dónde el suficiente número de jardines de la infancia? En ellos no sólo se pueden conocer los niños del barrio, sino también sus madres, que podrán así anudar lazos naturales de vecindad. Pues no existe duda alguna de que esta necesidad de anonimato, que se destaca como característica del morador moderno de las ciudades, es en parte también producto de unas desfavorables condiciones de habitación, o sea, una consecuencia, no un anhelo espontáneo. Durante el crecimiento a saltos de las grandes ciudades a comienzos del siglo se trasladaron a las mismas muchas familias socialmente poco seguras, pensando que allí podrían hallar mejores condiciones de trabajo, pero que resultaban extrañas y carecían de recursos. Por entonces, esa desconfianza de los nuevos moradores urbanos en un medio desusado (e indudablemente, desconsiderado) constituyó motivo muy importante para la determinación del comportamiento, del que en un segundo paso, en una acomodación secundaria, se derivó el deseo de vivir sin mantener contacto con el vecino, de vivir libre de todo control. Con lo que no se niega que esta libertad para aislarse representa una de las grandes conquistas urbanas. Ahora se ha extendido esta postura como xenofobia común, con lo que demuestra poseer muy poco sentido urbano de la realidad. Pues siempre ha sido propio de la existencia urbana el poder establecer muchas y flexibles relaciones. Ya que la iniciación de algunas de estas relaciones puede facilitar la vida en gran manera. Pero para ello deberán existir realmente los oportunos presupuestos en el medio urbano. En las monótonas barriadas se sienten muy pocos impulsos para relacionarse socialmente[3]. Aunque también sea de destacar que,

[3] Consúltese también Hans Paul Bahrdt: "Die moderne Grosstadt". Hamburgo, 1961. Págs. 42 y siguiente; página 58.

excepción hecha de algunas tabernas, no existen tampoco ocasiones para realizarlo. Estas zonas urbanas han sido planeadas únicamente para una vida rudimentaria –concretamente, como lugares para dormir– y en realidad, poco más es lo que en ellas se lleva a cabo.

Resultan ópticamente monótonas, pero ello se corresponde con la monotonía de su estructura interna y la monótona forma de vida de sus habitantes. Es ejemplo de una atrofia del comportamiento de curiosidad primariamente condicionado por el medio, de una atrofia de la iniciativa en la vida privada de los habitantes de las barriadas. Anteriormente afirmábamos que a las exigencias intolerables no se contestaba con una respuesta revolucionaria, ni tan siquiera levantisca, por parte del público, en cuyo resultado tal vez hayan intervenido las satisfacciones sustitutivas que brinda el desarrollo técnico. La radio, y más tarde la televisión, inmovilizan uno y otro día a gran parte de la población durante aquellas horas que anteriormente se dedicaban a los contactos sociales. Esto supone también un elaborado proceso de acomodación a unos presupuestos dados, eminentemente pasivos. Pero volvamos de nuevo a la escasez de jardines de la infancia, pues con ellos demostramos la existencia de una de esas manifestaciones sociales de escasez; y destacamos el jardín de la infancia, ya que el concepto ha alcanzado vigencia mundial y nuestras ciudades no están demasiado bien provistas de ellos. En el barrio de St. Pancras, de Londres, viven unas 120.000 personas, de ingresos más bien modestos. El urbanista Mark Hammond consultó a los niños de las barriadas sobre cómo deseaban que fuesen sus lugares de juego. Y, siguiendo esas contestaciones, trataron más tarde las autoridades de hacerlas realidad. Lo que en verdad costó mucho dinero, aunque los buenos resultados no se hicieron esperar. Se permitió a los niños que utilizasen su propia iniciativa. Los vigilantes permanecieron en segundo término, no dirigieron nada ni establecieron ningún programa. Ello constituye un magnífico ejemplo de una meditada acomodación de las posibilidades urbanas a las permanentes necesidades biológicas de sus habitantes [4].

Lo que antes dijimos sobre la explotación se puede comprobar perfectamente por el desprecio de los intereses infantiles en el ámbito urbano. Los niños constituyen una minoría –y, además, una minoría políticamente débil. En una sociedad que está más dirigida por los egoístas intereses de los grupos fuertes y legalmente privilegiados de lo que podría indicar su fachada oficial, se puede deducir esto mismo de sus instituciones en beneficio de los débiles. Búsquense los lugares expresamente acondicionados en cada barrio para los juegos de edades –especialmente, en las barriadas recientemente construídas– y se obtendrá una acertada impresión del grado de perspicacia con el que esta sociedad cuida de sus fundamentos vitales, es decir, de los fundamentos vitales de una sociedad democrática que debe tolerancia a los más diversos intereses. La prudencia de la nuestra parece ser bastante limitada. La miopía, en cambio, resulta doblemente peligrosa.

[4] Selecta, VIII, 1966.- (pág. 2054).

Si al joven no se le concede libertad para sus juegos ni se le brindan posibilidades para establecer contactos con sus semejantes no llegará a sentir interés por la ciudad en la que habita. Las relaciones con nuestro entorno van siendo cada vez menos consistentes –y esto es algo que no se puede evitar con la creciente movilidad. Pues esa movilidad es, en realidad, una adecuada acomodación a los imprevisibles desarrollos que se dan en la moderna civilización industrial. La escena americana nos muestra cómo atrae el desarrollo de nuevos territorios industriales a grandes grupos de población, y el problema de colonización de la Unión Soviética nos indica lo mismo [5]. No se trata ya de defender una "teoría del enraizamiento", sino de meditar sobre una necesidad fundamental de la naturaleza humana, la de que sólo se mantiene por su lucha constante para alcanzar un entorno humano objetivo y subjetivo. Unicamente cuando se ha efectuado esa experiencia será luego posible desarrollar una movilidad que no sea pura "falta de reposo", es decir, carencia de medios de defensa contra la manipulación. Aunque, naturalmente, toda educación sea siempre una manipulación; y si con la educación se puede despertar el interés por los objetos, también es verdad que se puede lograr todo lo contrario.

Las incitaciones afectivas serán las que, al proceder del exterior, muevan a los jóvenes a confiarse a nuevas experiencias. Esto no sucederá más que si se ofrece a las personas –fuera del estrecho marco de la familia– unos medios de comunicación, unos humanos sistemas de tráfico, unos lugares atractivos y unas instalaciones públicas que brinden posibilidades a los encuentros casuales [6]. En otras palabras, la ciudad de la etapa preindustrial de la historia universal resulta tan atractiva porque en ella se vivía esa mezcla de lo conocido y lo desconocido, esa incitación a efectuar nuevas experiencias. Aunque sea una afirmación obvia, resulta curioso comprobar lo poco que los "pueblos viajeros" han aportado, en el largo transcurso de la historia, a la técnica, al arte, a la poesía y a la literatura. Parece necesitarse, al menos, una pequeña parte de entorno estable y constante para lograr desarrollar la propia identidad y más tarde, al llegar a una edad avanzada, para distanciarse de uno mismo. Todos nosotros nos reconocemos de nuevo en las cosas que hemos ido adquiriendo como posesión nuestra, y en el mejor de los casos, percibimos una especie de fusión entre la "patria" y nuestro propio ser. La patria se convierte así en parte de nuestro ser. Es el barniz muy subjetivo con el que se pinta algo que puede ser objetivamente descrito, tal como un trozo de tierra, una ciudad, una zona urbana o, a veces, tan sólo una calle o una plaza. Y naturalmente, se pueden exagerar todas esas

[5] Un considerable porcentaje de los habitantes de los EE.UU. de América está ya movilizado permanentemente. Unos diez mil habitantes viven en remolques técnicamente muy perfeccionados (los "trailers").

[6] H. P. Bahrdt lo califica de "integración incompleta", que constituye para él el rasgo característico de la vida urbana, en oposición al modo de vida determinado por la costumbre de las estructuras sociales provinciales.

cosas hasta llegar a la caricatura, pues todos los sentimientos humanos son susceptibles de exagerarse de esta forma. Pero no será posible argumentar en contra de la necesidad fundamental partiendo de tales exageraciones. Habrá que sumar a cuanto desconocemos sobre nosotros mismos lo relativamente poco que sabemos sobre las incitaciones indiscutibles que habrán de venir de nuestro entorno para que se produzca y se mantenga el desarrollo anímico diferenciado. Está claro que todo ello no es producto de un proceso social de autoalienación, controlado por un Yo crítico, por un ser anímico sometido casi de forma inerme a sugestivas influencias externas, y al que denominamos "ser masivo", sino que quizás descanse sobre alguna limitación del desarrollo anímico durante la más temprana niñez. Para esta limitación resultan de importancia decisiva, o casi decisiva, las circunstancias del entorno, no sólo las personales y humanas, sino también las objetivas. Quien haya observado el nerviosismo con el que en las repletas viviendas reducidas se elimina la creciente independencia de los niños pequeños, que en esas condiciones de estrechez crean inevitablemente desasosiego y desorden, comprenderá bien lo que decimos.

Con ello se inicia la serie de tutelas que luego se habrá de proseguir en la escuela, en los ocios y en el consumo de bienes, tanto materiales como culturales.

La miopía consistió en no reconocer que cuanto menor sea la libertad, cuanta menos contemplación exista de la naturaleza con sus procesos biológicos, cuantas menos incitaciones al contacto para la satisfacción de la curiosidad se den, tanto menor será la posibilidad de que una persona desarrolle sus facultades anímicas y aprenda a familiarizarse con el acontecer de sus impulsos internos. Lo que quizás sea la causa de que apenas logre establecer las equivalencias anímicas con una situación técnicamente complicada, pero que, con toda seguridad, no pueda hacerlo con respecto a las mucho más complicadas situaciones sociales en las que se habrá de insertar. Se verá así forzado a entrar en aquella especializada estrechez que, en la mayoría de los casos, no es más que reflejo de la pobreza de compromisos existente en el mundo social y, a menudo, también de una torpe percepción de la naturaleza.

La otra consecuenica de la miopía de una sociedad que se otorga a sí misma una forma inhumana o que la admite, está en relación con la primera. El desinterés por su entorno mostrado por los habitantes de unas barriadas construidas sin cariño ni lógica tiene que conducir a una aterradora mezcolanza de intereses. A la muda y amorfa masa de inquilinos se les oponen unos grupos que operan desde bien definidos fundamentos jurídicos: los grupos de propietarios del terreno y de las empresas constructoras, que son sus antagonistas directos, así como también los de una opinión pública que se encuentra en el ejercicio de la vigilancia policial y que establece unas normas determinadas a través de su burocracia. Esta normativa nuestra sobre la construcción representa el máximo de pedantería autosuficiente y contraria a toda idea[7], a la que, en la etapa de su realización, se añade la inconsciente necesidad de hacer sufrir que todas las burocracias, como agentes intermediarios carentes de sustancia propia, hacen padecer a los liberados de toda norma —pero carentes de todo poder— por envidia de su libertad. En ello no se percibe nada de una sociedad que ahora más que nunca se ocupa con vacías palabras de los problemas de su existencia y, en especial, de su futuro. Esas burocracias, que en realidad deberían se representantes de los intereses públicos, se han convertido de hecho en eficaces instituciones para hacer fracasar las nuevas ideas sobre la planificación. Parece como si en este aspecto rigiera una ley similar a la de Parkinson. El comportarse de acuerdo con lo mandado supone un proceso de alejamiento respecto de las posibilidades originalmente impresas en el ser humano, que produce un permanente exceso de agresiones. Este se manifiesta luego en la proverbial descortesía de los funcionarios, en un penoso exceso de trabas, en la dilatación del procedimiento y en similares manifestaciones del comportamiento. Incluso esta misma parcela de la realidad quiere estar calculada. Carecería de todo sentido lamentarse de esta situación mientras no se comprendan las circunstancias que hacen que se actúe de una manera determinada y no de otra. Así, la intocable opinión pública de los grandes estados ha creado con su burocracia un instrumento de martirio propio y de tutela. Esta observación no pretende discutir la tarea de la Administración ni la necesidad de la misma, sino que quiere únicamente destacar el modo en que se contrarrestan los excesos afectivos que surgen en la sociedad; pues no puede existir duda alguna de que, en muchos aspectos, existe una profunda disociación entre la burocracia y la opinión pública y que, muchas veces, la única manera de entrar ambas partes en relación es por el camino de la discusión. Sin embargo, la mayor parte de las veces se prefiere adoptar la postura, carente de todo riesgo, de una sumisión a las disposiciones, por muy disparatadas que sean.

Todo lo cual nos brinda pocas esperanzas de que los experimentos se vean hechos realidad, de que surjan proyectos de solución ajustados a nuestra situación. Joseph Lehmbrock confirma mis manifestaciones al asegurar: "Pese a la mayor comprensión que aparentemente tenemos hoy en principio, volveremos a construir las ciudades tras una nueva destrucción en la misma forma de ahora, aunque quizás algo más rápidamente". Puesto que, "en su totalidad, nuestras construcciones reflejan la imagen exacta de nuestras circunstancias sociales" y "el corsé de las convenciones sociales impide que se efectúen modificaciones sustanciales"[8].

[7] "Una vez promulgada una norma de ordenación de la construcción que establezca líneas generales, como por ejemplo, cifras de utilización de las superficies para la edificación, y que se hayan establecido siguiendo un determinado criterio sobre la ordenación urbana más conveniente, ya no se modificará esa norma, por lo menos, en treinta años. No obstante, durante ese tiempo se están modificando constantemente las tareas de la planificación urbana" (Walter Siebel).

[8] Joseph Lehmbrock: "Die Wandlung der Umwelt". Deutscher Heimatbund, Jahrbuch 1965/66, Neuss, 1966. (pág. 350 y siguientes).

Con ello llegamos a la encrucijada hacia la que se encaminaban nuestras meditaciones. Queríamos hablar de las posibilidades que en un medio totalmente urbanizado se le deben conceder al hombre de todas las edades para que llegue a convertirse en habitante que participa efectivamente en este medio social y, al propio tiempo, en crítico observador de ese mismo ambiente. Pero en esta tarea nos hemos visto continuamente frenados, pues aún sabemos demasido poco sobre una pluralidad de aspectos de la naturaleza del hombre y sobre su bifrontalidad como ser social, como ser determinante de unos "roles" concretos y que es reflejo de ellos, como individuo que decide cerebralmente. Para proseguir por este camino se precisaría de un tipo de investigación del rango y magnitud de la de la física atómica. Pero no es posible conseguir este tipo de investigación. La obra de Paul Chombart-de-Lauwe constituye un útil comienzo de realización de encuestas familiares referentes a necesidades de habitación, costumbres hogareñas y deseos con respecto a alojamientos. Recientemente ha llevado Katrin Zapi a cabo entre nosotros una importante encuesta sociológico-comunal, en la que se destaca la importancia de la apariencia interior y exterior de las barriadas y su influencia sobre el grado de satisfacción de sus habitantes. A ella pertenece la siguiente frase: "El descontento con la vivienda produce consecuencias similares, aunque no se manifiestan en el mismo lugar, a las que se deducen de las contabilidades y los balances"[9].

Con lo que de nuevo nos volveremos a encontrar con los aspectos políticos del problema. El hecho de que los habitantes de las ciudades no hayan sabido ingeniárselas para desempeñar este papel, les ha convertido políticamente en objetos desvalidos de unos intereses prácticamente incontrolables. El estado de necesidad que existe en este aspecto no puede ser suficientemente destacado, dadas sus sombrías consecuencias para la fundamental ordenación democrática de nuestro país. Lo que nos debería preocupar más es el hecho de que la opinión pública no haya encontrado aún el punto de arranque para integrarse de forma eficaz en los asuntos de los planificadores del tráfico, de los planificadores de las ciudades, de las gigantescas sociedades de construcción, de los especuladores del suelo y de otras muchas personas que determinan su mundo, el mundo de todos esos miles de habitantes de las ciudades.

Pero este hecho no se ha producido porque, hasta ahora, el público no demostró poseer conciencia alguna de estos problemas.

Para describir con mayor precisión lo desfavorable de estas circunstancias habrá que añadir a todo lo ya dicho que esa conciencia tampoco podía llegar a desarrollarse, dada la insuficiencia de nuestros conocimientos sobre el hombre urbano, pues casi no existen expertos capaces de informar suficientemente a la gran masa. Ni existe tampoco una opinión pública que pueda ejercer la necesaria presión para que un variado conjunto de expertos inicie, de forma no burocrática, la investigación de los

[9] Katrin Zapf: "Einrichtungen zum öffentlichen Gebrauch". Bauwelt 51/52, 1966.– (pág. 945 y siguientes).

problemas más candentes con el apoyo de esa misma opinión pública[10]. Enfocándola, especialmente, hacia la determinación de las características del comportamiento que constituyen una causa verdadera y de las que son sólo consecuencia. Sobre este punto existe gran incertidumbre. ¿Qué significa el desinterés del habitante medio de la ciudad satélite por su "community"? La utilización integral de las facilidades; el uso de un barrio urbano de forma semejante a como se usa un restorán o una línea de autobús, ¿supone un avance?, ¿o resulta más bien un empobrecimiento? Hemos considerado este comportamiento como un empobrecimiento de nuestra experiencia universal, que resultará insustituible, aun cuando la televisión nos mete el mundo en nuestra propia casa. Pero esta interpretación nuestra debería ser comprobada dialécticamente. Se produce la confusión en este punto porque todos los participantes en la investigación deberían renunciar a sus deseos de preponderancia, deberían dolorosamente reconocer sus equivocaciones y deberían tratar asimismo de meditar conjuntamente. Rudolf Hillebrecht[11] destacó en una interesante conferencia que muchas de las opiniones e ideas de nuestro siglo sobre el mundo urbano procedían de los "outsider". Los expertos en planificación de las diferentes ciudades harían bien en contemplar los asuntos con ojos de "outsider" para comprender el fondo de los problemas y sus previsibles consecuencias futuras en toda su complejidad. Habrá que tomar en serio la expresión que Hillebrecht atribuye a Jane Jacobs; ella se preocupa porque "no nos ofrece un nuevo modelo, sino que nos enfrenta sobriamente con la realidad de la gran ciudad".

¿Se tratará de una institución militar, de una caja de pensiones para los enfermos, de un seguro contra incendios? No, lo que se nos presenta es un asilo de ancianos. ¿Será razón suficiente para que tratemos de forma tan inmisericorde a las personas ancianas de nuestra cada vez más dilatada cultura, por el simple hecho de que ya no cuenten para nada, como los niños que aún no lo hacen? ¿A partir de qué edad, se pregunta el antropólogo, necesita el anciano de un asilo? Pero para esta cuestión tampoco existe respuesta fija. Dependerá totalmente de la sociedad y de su deseo de confiar determinadas funciones a los ancianos. Sabemos que los viejos pueden participar largamente de la vida si permanecen en contacto con sus contemporáneos y si se les exige algo. Pero esos contactos no los prevé nuestra sociedad, puesto que construye semejantes edificios para sus ancianos. La desgracia de esta sociedad es que vive desmembrada en grupos familiares o de convivencia, constituidos por una o, todo lo más, por dos generaciones. Habría que llevar a los portavoces de la ideología del aislamiento del habitante de las grandes ciudades ante las puertas de esos edificios para que comprendiesen que allí termina la tan cele-

[10] También H.P. Bahrdt propuso que los proyectos se examinasen por grupos de técnicos; es decir, por instituciones que se establezcan en cada caso para una tarea concreta de planificación y que se disuelvan una vez cumplida la misma. ¿Será posible que alguna Administración llegue a admitir esta limitación de sus facultades?

[11] Rudolf Hillebrecht: "Städtebau heute? – Von Ebenezer Howard bis Jane Jacobs". Comunicaciones de la Sociedad List, Fasc. 5, Nr. 9, 1966.– (pág. 157).

brada soledad.

Por lo que una de las verdaderas tareas de la planificación de las ciudades, de acuerdo con las circunstancias de nuestra sociedad, sería la de crear en esa misma sociedad una serie de puestos destinados al creciente número de ancianos. Queda así clara la íntima conexión existente entre la planificación urbana y la conciencia social. No será posible planificar con cordura para los ancianos en tanto no se tenga una idea racional sobre la sociedad. Existen múltiples posibilidades para incorporar a los ancianos a las funciones de la vida urbana y para encargarles algunas tareas productivas una vez terminada su vida laboral normal. Pero no tendría sentido tratar de estructurarlas de forma perfecta sin antes haber conseguido que la opinión pública se de cuenta de que actúa inhumanamente y en contra de sus propios intereses al permitir que las personas ancianas se vayan acercando lentamente hacia su propio fin sin tener una tarea útil que desempeñar.

Habrá que recordar al mismo tiempo que tampoco podremos seguir aferrándonos a unas ideas ya superadas sobre los delincuentes, los enfermos mentales o los niños que sufren de alguna anormalidad. Hasta ahora, la tendencia de la sociedad era la de someter a estos grupos a una cuarentena, a desgajarlos de su seno, a acomodarlos fuera de sus murallas. Esta tendencia es ya insostenible. Entre las tareas fundamentales que nos exige nuestra propia humanidad se cuenta la de la rehabilitación de todos los posibles grupos que hubiesen quedado marginados. El problema más candente de todos ellos parece ser el de los ancianos. Y precisamente, del comportamiento de los ancianos se puede deducir lo beneficioso que resulta el aprender tempranamente a interesarse de forma afectiva por los contemporáneos. La persona que haya llevado estas experiencias vitales a cabo será capaz, al llegar a la ancianidad, de acomodarse a nuevas tareas por un plazo de vida que, a veces, no es más reducido que el de la niñez y la juventud, y de enfrentarse al propio envejecimiento con actitud mucho menos resignadamente apática.

Y ni siquiera se ha hablado del estilo de vida que hay que achacar a las muchas cargas de la mujer como ama de casa, como madre, como esposa y como profesional, ni tampoco del invisible padre, que abandona la casa con las primeras luces de la mañana para regresar agotado por la noche por las evitables cargas de los asalariados, por las incitaciones a las satisfacciones sustitutivas y por otras muchas cosas. Pues había que limitarse al tema. Se precisará de mucho tacto y de una conciencia muy despierta para percibir las cargas que han de soportar los que están junto a nosotros, hasta hallar la estructura urbana que resulte humanamente justa bajo las casi totalmente nuevas condiciones de urbanidad de la civilización técnica de los descubrimientos. Y por humanamente justa habrá que entender aquella que sea provechosa para el individuo tal y como lo fue conformando nuestra historia, en tanto que manifestación humana, frente a tantas resistencias autoritarias.

Estamos conformes con Hillebrecht cuando asegura que las simples decisiones políticas pueden originar una nueva construcción urbana. "Esta

es, precisamente, la lección más importante que se puede extraer del desarrollo urbanístico desde la época de Ebenezer Howard hasta Jane Jacobs". Pero también se logrará percibir algo sobre las consecuencias contrarias; las ciudades como son en realidad, inhóspitas, poco amistosas en los servicios que ofrecen, contribuyen a la alienación política, a la retirada afectiva del mundo urbano. Las soluciones progresivas atacarán profundamente las estereotipadas ideas sobre los valores, así como también los seguros privilegios de la propiedad. Sin una amplia reforma del suelo – para la que existen una serie de posibilidades, que resultarán soportables, aunque dolorosas, y que no sembrarían nuevas injusticias– repito, sin una reforma del suelo de este tipo, no se producirán los impulsos necesarios para una solución satisfactoria de la cuestión de una ciudad humanamente justa.

Ya en la antigüedad clásica se conocía el punto más débil de las democracias, el de la cobardía del individuo frente a las mayorías organizadas. De aquí que tampoco dispongamos de unos héroes capaces de obligar a sus partidos a meditar sobre las cuestiones que aquí hemos venido tratando. No tendremos más remedio que esperar a estos héroes y – mientras tanto, el urbanismo seguirá siendo una tarea inútil, o mejor dicho, un puro sueño.

Figura 1: *Construcción de viviendas en 1966 en el mejor lugar de la rada de Kiel (Foto: "Bertelsmann Fachverlag/Bauwelt").*

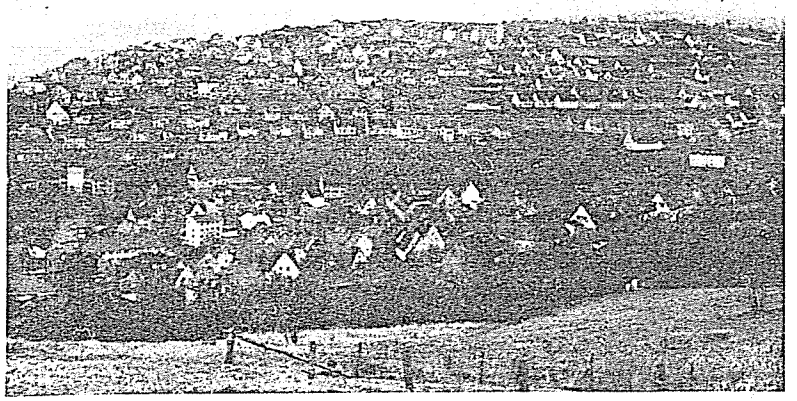

Figura 2: *Límite urbano occidental de Siegen, con vista del Giersberg desde el Sur; los edificios se prolongan en igual forma detrás de la colina. Ejemplo típico de moderna urbanización de casas unifamiliares. (Foto: "Bertelsmann Fachverlag/Bauwelt").*

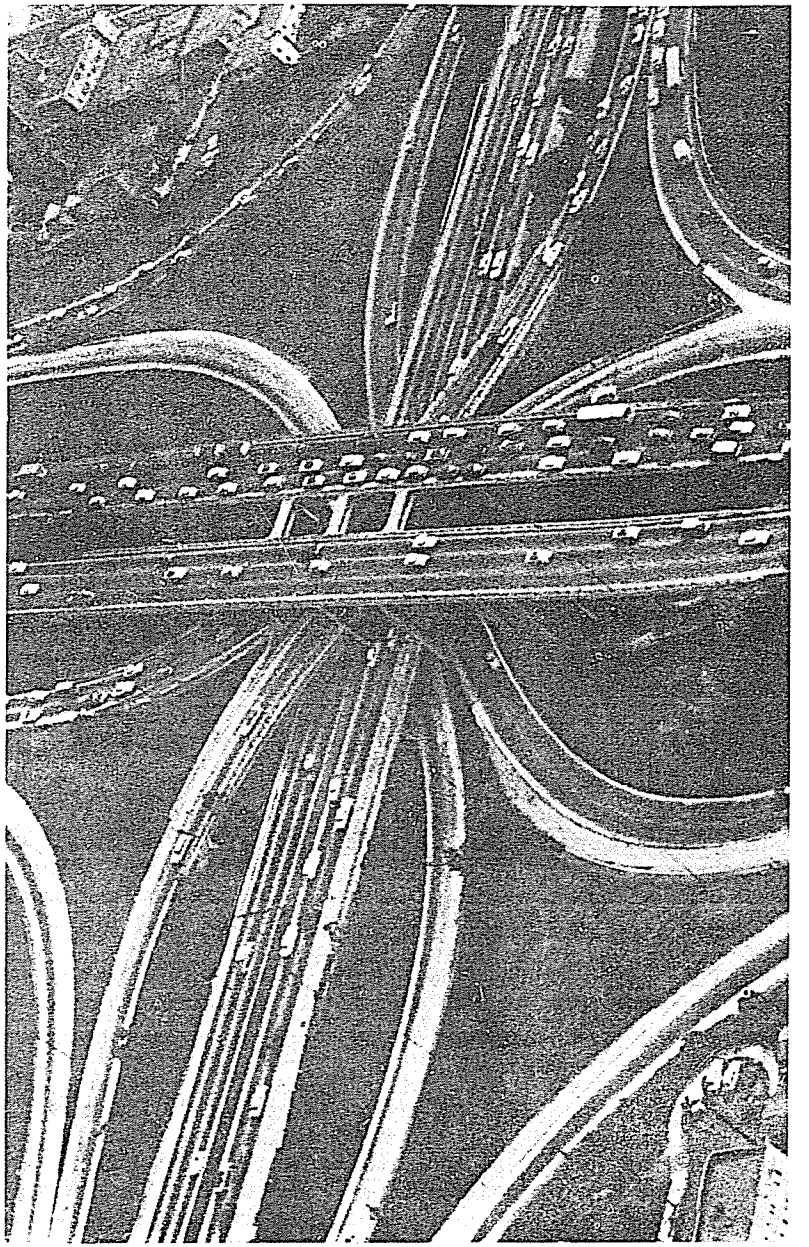

Figura 3: *Nudo de autopistas de cuatro pisos en Los Angeles (Foto: "Ullstein Bilderdienst").*

Capítulo 5

¿QUE SERA DE NUESTRAS CIUDADES? *

En ellas vivimos rodeados de ruido, inmersos en él, lo mismo durante el sueño que durante el trabajo, nos desenvolvemos en la campana neumática de los gases residuales, nos arrastramos por atascadas carreteras para entrar en nuestras ciudades y para abandonarlas de nuevo a la caída de la tarde. Y tampoco resulta muy consolador saber que en las ciudades antiguas se hundía uno hasta los tobillos en suciedad y que las casas situadas en aquellas angostas callejuelas no constituían ningún ideal de vivienda.

¿Qué será de nosotros en esas ciudades nuestras, que sepultaron bajo su peso millas y millas de campiña y que siguieron creciendo sin cesar a impulsos de la casualidad? No podemos evitar la reflexión sobre las ciudades del futuro. Aunque de repente se redujese drásticamente la tasa de crecimiento de la humanidad o, incluso, aunque se detuviese su proceso total de reproducción, el alojamiento o la agrupación de los alojamientos de las personas que viviesen en esa época plantearía ya una serie de dificultades que aún no han sido resueltas. Ese hecho lo sufrimos diariamente todos nosotros de forma más o menos drástica. Dejemos fuera de nuestro examen del futuro a aquellos países en los que se produce la explosión demográfica y en los que reina la miseria más atroz. Sus habitantes se ven privados de tal forma de la dignidad de la existencia, que, al principio, el futuro estará dominado por las improvisaciones, aunque la primera preocupación de ese futuro tendría que ser la de crear una conciencia que acepte esa desbocada reproducción como causa principal de su miseria. Analicemos los problemas urbanos de los países altamente industrializados, a los que, previsiblemente, no deberá enfrentarse el resto de la huma-

(*) Publicado en *Bauen und Wohnen 3*, marzo de 1968, págs. 79-82.

nidad, es decir, las ideas que han nacido de la urbanización, de la afluencia a la ciudad, como lugar en el que se ofrecen las más atractivas posibilidades de trabajo, de ascenso y de libertad – aun cuando en la realidad ese mundo urbano deje mucho que desear. La historia elaborada por los hombres se ha vuelto tan estratificada en sus condicionamientos, que no resulta nada fácil efectuar predicciones de algún valor. Bien es verdad que las grandes computadoras nos permiten establecer determinadas líneas evolutivas con una probabilidad relativamente elevada. Pero no nos deberíamos interesar fundamentalmente por estas probabilidades de perfeccionamiento técnico, sino más bien por la distancia interna que podrán alcanzar los hombres del futuro previsible con relación a este mundo que ahora construímos con tanta inteligencia y terquedad – para volverle a destruir. No se trata, por lo tanto, de crear una utopía técnica, en la que se establezcan los posibles viajes espaciales a la Luna y a Marte o se determinen las fuentes de energía que utilizarán los medios de transporte del futuro, sino que se trata de saber con anticipación el sentido que darán a sus vidas las personas que alcancen a vivir ese desarrollo técnico.

El hombre es claramente capaz de llevar a cabo las más extraordinarias tareas de adaptación. Pero, ¿por qué lo hace? ¿En qué consiste el sentido de su vida? Preguntar por el sentido de la vida resulta absurdo, puesto que no existe como fórmula objetiva. No existe más sentido que el que logramos extraerle a la vida y en eso precisamente estriba una cuestión tan difícil de contestar. Lewis Mumford, el urbanista e historiador urbano inglés, distingue acertadamente entre dos tipos diferentes de utopías: entre las "utopías de evasión" y las "utopías constructivas". Las utopías de evasión nos muestran un tipo de vida cuyo sentido constituye, inconscientemente, un ataque a la estrechez, a la injusticia y a la maldad de las actuales circunstancias sociales, es decir, una mejora del mundo de los hombres. En la ciudad ideal del futuro vivirán hombres ideales. La esperanza de que se puedan solucionar todos los problemas de la convivencia humana por medio de un arreglo técnico es en realidad un sueño de omnipotencia.

No son pocos los arquitectos y urbanistas que propugnan este tipo de utopías. Las "utopias of reconstruction", implican, en cambio, "la visión de un medio ambiente reconstruído que resulte más ajustado a la naturaleza y a los fines del ser humano que su entorno actual". Esta definición muestra asimismo indicios de ideas redentoras, aunque se orienta hacia la naturaleza. Naturaleza a la que no se le confía el logro de unos avances espectaculares hacia la felicidad. Lo utópico reside en la esperanza de que se consigan cambios en la propia conciencia y se llegue con ello a soluciones en las que el llamado "realista" de nuestros días no osaría ni siquiera imaginar. De aquí que para la mejora de las condiciones humanas de vida resulte más importante la ampliación del propio conocimiento, de la percepción de aquellas ambiciones y pautas de comportamiento que amargan la convivencia humana, que la invención de "soluciones" técnicas. Los eriales tan poco estimulantes que forman los extrarradios de nuestras ciudades constituyen buenos ejemplos de la facilidad con que las

esperanzas puestas en soluciones estereotipadas, como las que se pusieron en las "ciudades-jardín", se suelen convertir en simples monomanías, en ideas que fueron en su día supervaloradas. Las ingenuidad de pretender tranquilizar a los hombres de forma definitiva, externa y súbitamente, se da también en los relatos de ciencia-ficción. En ellos se profetizan como muy posibles unas impresionantes soluciones técnicas, pero las personas que habitan y dominan esos edificios y estructuras técnicas siguen siendo las mismas con las que nos tropezamos hoy en día. Es de esperar, sin embargo, que la "naturaleza" del hombre no cambie con la misma rapidez que el medio ambiente técnico que él mismo ha creado. Pues sólo a paso lento se van abandonando las antiguas posturas y consiguiendo una nueva conciencia. Y este avance será precisamente el que decida la forma en que los hombres del futuro estructuren su sentido de la vida.

Aparece así de inmediato un problema, que supera en importancia a la mayoría de ellos. De acuerdo con lo formulado por Haseloff, cabe considerar que el sentido de la historia, que nos viene ya dado o que nosotros mismos conformamos, es el de conseguir el "hombre autónomo". Que sería aquel que fuese capaz de poner en tela de juicio las instituciones, juicios de valor y fines más objetivos de su sociedad y capaz de comportarse de acuerdo con las conclusiones extraídas. A disposición de este hombre autónomo, y no sólo de él, sino también de sus antecesores, existe una serie poco común de medios técnicos. Para expresarlo en términos relacionados con las utopías: las utopías fueron, hasta ahora, unas imaginabilidades cuya realización se fijaba en el futuro. En cambio, en la actualidad, y gracias a los medios técnicos, esas imaginabilidades pueden concretarse en unas realidades en toda su amplitud. Se podrán así construir ciudades de torres que lleguen más allá de las nubes, así como también serán posibles las ciudades bajo las aguas. Pero, ¿se construirán en realidad? Los médicos hace ya tiempo que ven como cada vez se convierte en realidad lo más impensado. Sabemos de operaciones de corazón durante las cuales se desvía el riego sanguíneo a través de un corazón artificial, así como de trasplantes de órganos artificiales, como por ejemplo, de riñones artificiales. El intercambio de órganos estará pronto tan desarrollado que esas operaciones se convertirán en rutina, en lo más natural. Se podría llegar incluso a admitir que, a consecuencia de esas posibilidades de transplante y de sustitución de órganos, la negación de la muerte y del valor de la vida frente a la muerte, que hoy nos aterroriza, se convertirá en una postura "natural", totalmente ajustada a aquella perfección técnica. Cuando meditamos sobre esas ideas acerca del futuro, descubrimos que así no nacerá el hombre autónomo, sino el que dependerá cada vez más de las facilidades que le brinda la civilización técnica. Para conseguir una utopía verdaderamente constructiva habría que establecer una línea divisoria entre lo técnicamente posible y lo disparatado. La percepción crítica que ahora se exige no implicará un ideal con validez eterna, pero sí habrá de estar convencida de que lo realizable, lo técnicamente posible, deberá apoyarse en algún fin, de cuya determinación nadie nos podrá apartar.

La dificultad que tenemos para dar a nuestra propia vida un sentido y una forma vital encaminados a algún fin determinado se puede percibir también en otra dirección. Nuestra capacidad para manipular las fuerzas de la naturaleza ha aumentado de forma inflacionista. Sólo una influencia, y ésa ha sido la de los impulsos humanos. Esos enérgicos impulsos humanos que nos llevan, por ejemplo, a la ilimitada persecución con la que nos desenvolvemos en nuestra sociedad, a la ambición de rendimiento carente de frontera de la que somos esclavos, a miopes optimismos de todo tipo, e incluso, a la explotación y destrucción de nuestros semejantes – todas esas manifestaciones de nuestras energías agresivas se descargan de manera casi igual a como lo hacían hace miles de años en sus formas primitivas. Pero se han vuelto mucho más peligrosas, ya que la intención de la agresión humana se ha podido ir incrementando casi a voluntad, con ayuda de los equipos técnicos.

Hemos logrado enviar sondas al planeta Venus, pero no hemos conseguido hallar formas para satisfacer los impulsos que no se vean constantemente mezcladas con arcaicas necesidades impulsivas, que se ocupen sólo de su propia satisfacción y que al hacerlo no muestren excesiva consideración con el resto de los hombres. Los hombres no disponen de ninguna inhibición respecto de la muerte de sus congéneres, ni tampoco de innatos reflejos de respeto.

Al descubrir, al principio, los padecimientos y limitaciones que pesan sobre la actual vida urbana expusimos un aspecto de esa primitiva explotación del débil por el fuerte, que se acepta ya como una cosa natural. Es posible imaginar una sociedad humana en la que la juiciosa dirección de sus miembros resulte tan importante y usual como para las actuales sociedades lo son la invención y la acumulación de potenciales de guerra cada vez más modernos. Una sociedad de ese tipo no consentiría (para usar un ejemplo sencillo) que la forma natural de regresión de los hombres, su posibilidad de refugiarse en un sueño apacible, se viese perturbada por todo tipo de ruidos. A través de los repartos hereditarios de los campesinos sabemos de la creciente partición del suelo y de la disgregación de la propiedad, cuyas consecuencias son unos ilógicos sistemas de explotación. Lo mismo les sucede en las ciudades a muchas personas, que, uno y otro día, han de sumar horas adicionales a las dedicadas a su jornada laboral para emplearlas en sus desplazamientos de ida y vuelta al trabajo. Como dijimos anteriormente, estas cuestiones las vamos considerando ya como lo más natural, pero, en cambio, las utopías constructivas no se podrán aceptar como algo inevitable. ¿Es natural que unas personas vivan al borde de unas calles por las que el tráfico pesado discurre incluso durante la noche? ¿Resulta inevitable que nuestras ciudades se desarrollen de forma tan anti-urbana, debido a la confusión de sus funciones? Anti-urbano quiere decir que en ellas no se forma una sociedad, que era en lo que consistía la más noble función de las ciudades tradicionales, sino que, por el contrario, se disgrega esa sociedad. ¿Resultan suficientes los 56 metros cuadrados de una vivienda de tres habitaciones de cualquier edificio construído con miras sociales para satisfacer las necesidades básicas de los niños pequeños? ¿Han disfrutado nuestras ciudades satélites, antes de llegar a hacerse realidad, del suficiente aparato de planificación intelectual como para convertirse en zonas de viviendas realmente aptas para ser habitadas? ¿Comprendemos los primitivos egoísmos que tan decisivamente influyen en nuestra sociedad? Sus defensores se mostrarán dispuestos a contestar afirmativa y simplemente a estas y otras cuestiones semejantes.

Los aterradores brotes de vandalismo en los que actualmente desembocan los conflictos raciales en la ciudades americanas, y los conflictos implítos de "status" y de clase, proyectan también su sombra sobre nosotros. Pues tampoco está tan sana nuestra sociedad como para que en ella no pueda producirse algo parecido. Es posible que los "slums" expresen la carencia de privilegios; pero también las barriadas de las afueras, en las que dura y francamente se extienden los bloques y las filas de viviendas, pueden expresar otro tipo de privación de privilegios, pues pueden ser testimonio de la dureza de una sociedad que es ya incapaz de estructurarse de forma diferente a como lo hace en sus propias organizaciones, es decir, de forma esquemática. Las consecuencias de la innumerable y diaria reducción del hombre a una magnitud impersonal son imprevisibles; en otras palabras, desconocemos el mal que podrán producir estas aburridas ciudades destinadas al sueño.

Pero habrá que evitar un posible error en el planeamiento prospectivo de una ciudad del futuro, de una que resulte mejor ideada que las actuales, el error de creer que la educación del hombre no será ya necesaria. La persona que no se sienta impulsada por la sociedad a su acomodación a la misma, será un monstruo, un Kaspar Hauser, un ser carente de relaciones e incapaz de vivir. De aquí que haya que preguntar con mayor justeza si esa acomodación que se espera de los individuos admite, junto a la alineación, a la fidelidad a las normas, también una postura crítica ante los supuestos, ante las instituciones, valores y objetivos de la sociedad con que tropieza, es decir, si la sociedad se ocupa de desarrollar esas facultades individualmente. Y si queremos preocuparnos seriamente de la ciudad del futuro, tendremos que tener muy en cuenta esa libertad de pensamiento.

La especial dificultad que habrá que superar al planificar estructuras urbanas más amigables para los humanos, se concreta en dos fuentes: primero, en el hecho de que nuestro ampliado conocimiento de la naturaleza ha desencadenado, como "efecto secundario" totalmente involuntario, la tremenda avalancha de la reproducción humana. Actualmente, la humanidad se reproduce en proporción tal que ya no existe forma alguna de contención, ninguna estructura social adecuada es capaz de canalizar esta riada humana, aparecida últimamente en la historia, hacia la formación de individuos autónomos. En segundo lugar, nos debemos enfrentar con el hecho de que la estructura de los impulsos del hombre se mantiene tercamente aferrada a sus antiguas formas de satisfacción. Por el contrario, el egoísmo va aumentando necesariamente en aquellas estructuras sociales, en las que el individuo se encuentra abandonado de forma casi inerme y en situación de anonimato a los egoísmos de los demás, al ataque de instituciones superpoderosas y de las obligaciones ideológicas y de deci-

sión impuestas por las mismas.

Quien pretenda idear una utopía y adentrarse así en el futuro, tendrá que partir del hecho del crecimiento de la humanidad y de su apelotonamiento en unas formaciones a las que ya no cuadra el antiguo concepto de ciudad, puesto que no actúan de forma integradora. Además, el que idee esa ciudad del futuro tendrá también que tener en cuenta la inestabilidad psíquica de esas poblaciones. Como consecuencia del avance de nuestros conocimientos, se va modificando nuestro medio ambiente ininterrumpidamente, de forma que las tradiciones que marcaban nuestro destino van desapareciendo una detrás de otra, aunque no sea de golpe y para ser sustituídas por los impulsos egoístas que se van racionalizando y someterse a posturas más acordes con la realidad. Por el contrario, la disolución de las viejas ataduras sociales modifica también la realidad íntima del hombre; en esa mirada hacia el futuro habrá que considerar asimismo que los problemas de los países en vías de desarrollo ejercerán una presión cada vez más intensa sobre las naciones altamente industrializadas, ya que en ellos resultará cada vez más difícil lograr que el proceso de socialización de los hombres se traduzca en una forma social capaz de ser suficientemente vivida, en una parcela existencial apta para ser vivida con algún sentido. Lo que acrecentará la inquietud que procede de estos pueblos. En otras palabras, el hambre de hoy día no es producto residual de una tecnificación sin desarrollar en parte, sino consecuencia verdadera de una superpoblación, que desembocará en una nueva catástrofe natural. Esta mirada total que sobre el desarrollo de la humanidad podemos hoy lanzar, no ha hecho, sin embargo, que la conciencia de las personas que en la actualidad conviven con nosotros en Europa se haya visto sensiblemente afectada por dichos peligros. Precisamente, esta falta de preocupación de extensas capas de la población constituye un signo de la primacía de los deseos egoístas, ya que negamos la áspera realidad y tratamos constantemente de perderla de vista.

La planificación de una ciudad del futuro mucho más funcional presupone unas condiciones de poder totalmente modificadas. Tomemos un sencillo ejemplo, el de la construcción por iniciativa privada de bloques de viviendas y de casas uni o plurifamiliares, como es usual hoy en día. Quien busque alojamiento en una ciudad nueva y visite para ello cuarenta o cincuenta viviendas, comprenderá cada vez menos los procesos que han creado este tipo de construcciones. No podrá encontrar casi ninguna vivienda que no muestre los errores más primitivos, bien sean de concepción bien de realización, o de ambos aspectos. Se construyen cientos de miles de viviendas pero, extrañamente, y como sucede con los demás artículos fabricados masivamente, aún no se ha llegado a su racionalización, ni a la creación de unas formas de alojamiento unificadas, aunque cómodas e inteligentes, sino, por el contrario, a una multiplicidad caótica de soluciones insuficientes, tan insuficientes que no serían creíbles si no se estuviese prevenido de antemano. Estas deficiencias serán tanto más aparentes cuanto más reducidas sean las condiciones mínimas que una vivienda debe cumplir. De aquí que el utopista deba gozar de la libertad suficiente para no tener que aceptar como módulo lo que las personas actuales consideran como vivienda ideal, ya que han sido sometidas por la propia sociedad a largos y deformantes procesos de adaptación. El comentario de Heinrich Zille, el inolvidable dibujante del ambiente berlinés, de que se podría matar a una persona por medio de su vivienda, ha sido confirmado hace poco en Chicago por Bruno Bettelheim. Bettelheim, conocido psicoanalista, opina que ninguna terapia podrá modificar al hombre tan rápida y tan totalmente como, en ciertas circunstancias, lo puede hacer el medio ambiente. Al afitmarlo, pensaba Bettelheim en las extremas condiciones de vida de un campo de concentración. Pues aunque falte la influencia del terror, muchas de las barriadas recientemente creadas ejercen una influencia deprimente y con tendencia a la apatía, de cuyas consecuencias desconocemos toda su amplitud, ya que son tantas las facetas de la formación de nuestra realidad interna y de los factores que la determinan que desconocemos. Existen, por ejemplo, las afueras de las ciudades, que —volvemos a repetirlo— no deberían ni siquiera ser llamadas afueras de los pueblos, ya que carecen incluso de la mezcla de actividades características de éstos: desconocemos la influencia que ejercen sobre nuestra idiosincrasia, sobre nuestra participación social, nuestra iniciativa o apatía, nuestra alegría de vivir o nuestra enfermedad, sobre la previsión conformista o el desarrollo de una serenidad autónoma de sus moradores. No sabemos casi nada sobre las fluctuaciones de la tolerancia con que el hombre es capaz de soportar las frustraciones, producidas por la estructuración de su entorno urbano y de su diario intercambio con el mismo, sin padecer graves consecuencias, sin pérdida de sus facultades —es decir, de la capacidad de decisión propia necesaria para ser hombre y del valor para reconocerla.

Nuestro atraso social consiste en no percibir apenas ese fallo de nuestro saber, que hace casi imposible alcanzar una lógica planificación de la ciudad y de la región urbana del futuro, haciendo que éstas se conviertan en juguete de bastardos intereses, así como en no intentar nada para colmarlo. Nuestra percepción de los problemas no parece muy aguda en este caso concreto.

Pero existe otro importante aspecto sobre el que nuestro conocimiento resulta igualmente incierto, aunque nos demos cuenta de que se trata de nuevo de una relación especialmente importante con nuestro entorno. Se trata de la impresión visual producida por la casa, la calle, el barrio, la ciudad en su totalidad, es decir, de la ciudad en sus principales notas arquitectónicas. Las forma en que la casa se ha ido insertando en el marco total de una plaza o de un bloque de casas desde la Edad Media hasta la burguesa época preindustrial, constituyó la expresión inmediata de la ordenación y de la independencia sociales. Formaciones urbanas semejantes serán imposibles de conseguir con las condiciones masivas que nos han sido dadas. Pero la tarea que nos ha sido transmitida consiste aún en la clasificación del individuo, conservando su independencia y no procurando su nivelación, pese a su enorme número. De aquí que la ordenación visual que denote el perfil de una ciudad deberá indicar simultáneamente que

en ella no se fuerza al individuo, no se le desprecia, sino que puede existir libremente y participar en el todo. ¿Indica esto la llamada arquitectura funcional con su uniforme patrón de idénticos rascacielos? La impresión óptica que a primera vista produce una ciudad, o al pasear por sus calles, cala profundamente hasta alcanzar desconocidos procesos de comprensión de una expresión determinada. La casa no es sólo una envoltura, sino una "Gestalt". Una forma para el individuo, para un grupo reducido o para el gran número de personas que se encuentran sometidas a las mismas obligaciones sociales, pero que, sin embargo, sienten el deseo de encontrar su propia variante del sentido de la vida. Hace poco nos encontrábamos en compañía de uno de los mejores urbanistas de nuestro país, a la entrada de uno de esos suburbios, de esas barriadas que preceden a las ciudades y que literalmente han surgido del suelo por obra y gracia de una rápida planificación. A nuestros ojos se ofrecía el compendio de un desorden caótico, de unas formas antitéticas, que se encontraban unas al lado de las otras debido al más total azar. No se podría haber logrado representar nuestra miseria en relaciones sociales que se desarrollan lentamente y con grandes cargas y que tienen su propia forma social, de manera más perfecta que por medio de esa mezcolanza y desorden de formas. El suburbio podría haber sido pensado y desarrollado de una manera más lógica y más funcional, y sus habitantes podrían haber sido alojados de mejor forma, si realmente existiese una investigación en torno al hombre integrada por una pluralidad de ciencias. Se lograría así aumentar considerablemente nuestros conocimientos. Pero también hubiese sido necesario que el espíritu empresarial del grupo que planeó y dio vida a esta barriada, hubiese estado sometido a una *inspección intelectual,* es decir, que otro grupo diferente hubiese tenido autoridad para llevar a cabo una función correctora, paralela al deseo de proporcionar habitación en este sitio concreto a unas diez o veinte mil personas, aprovechando la coyuntura. Las contribuciones que se hubiesen precisado en aquel instante no serían las normales disposiciones de policía de la construcción, sino la oportuna aplicación de un criterio que respete las tareas fundamentales de un organismo urbano y que lo inserte en la región. Lo que no deberá implicar en modo alguno la renuncia al criterio del rendimiento, que hasta ahora ha sido tan estrechamente concebido, pero tampoco la absoluta capitulación ante el mismo.

Resulta lógico suponer que una vivienda será tanto más rentable —para ambas partes, para el arrendador y para el arrendatario—, cuanto mejor satisfaga las necesidades fundamentales de sus habitantes. Estas necesidades fundamentales se extienden desde las necesidades de vivienda en el sentido más estricto de la palabra, tales como la simple posibilidad de establecer relaciones en el entorno, en la casa, en el trabajo, en la calle, hasta la posibilidad de retirarse, de seguir permaneciendo desconocido.

Resulta también suficientemente conocido el hecho de que estas planificaciones, de las que hablamos aquí de forma utópica, están condenadas al fracaso por las condiciones legales actuales, así como por la escasa conciencia de los problemas existentes en el público y en sus representantes

políticos.

Ya que se necesita la colaboración de la mayor cantidad posible de ciudadanos en las tareas de la comunidad para que estas lleguen a buen fin, no podremos permitirnos —o dicho de manera más suave, no nos lo podremos permitir con respecto al futuro—, el lujo de ofrecer a los miembros de nuestra sociedad unas condiciones de alojamiento que no les inciten, de forma inconsciente, pero estable, a ligarse afectivamente con el lugar donde viven, aunque sólo sea por satisfacer unos deseos tan sencillos como los de encontrar a la vuelta de la esquina una panadería, una taberna o un café. El sentimiento de patria se forma con estas mínimas sensaciones agradables. Cuando el camino nocturno de vuelta al hogar nos lleva ante una serie de cafés y restoranes, en cuyas terrazas nos sentamos durante el verano, de tiendas, de librerías, de cinematógrafos, se llega con el transcurso del tiempo a sentir una relación completamente diferente con ese lugar a la que obtendríamos si pasásemos siempre ante las fachadas de unos monótonos bloques de viviendas o de unos desvaídos jardincillos. La silueta de aquellas afueras de la ciudad que estábamos contemplando con el urbanista nunca fue meditada de acuerdo con la autorizada opinión de éste. Ningún ingeniero ni ningún arquitecto estuvo nunca en aquel lugar ni se representó tampoco mentalmente la impresión que esas barriadas habrían de causar. Según dicho urbanista, ni el ímpetu y el interés que se suelen poner en empresas semejantes, ni la fantasía, ni la capacidad de abstracción, llegan generalmente a tanto. De aquí que no nos deba extrañar la insensibilidad, junto a la manifestación de poder, que denotan esas empresas.

Desearíamos que los urbanistas gozasen de una mayor libertad, de mayores posibilidades para influenciar las decisiones privadas mediante planes cuidadosamente elaboradores y no forzados por unos reglamentos. Esto tiene todo el aspecto de ser socialismo y, en realidad, lo es; pero un socialismo al que en Alemania hemos llegado también con respecto a los ferrocarriles federales o que se manifiesta asimismo en el hecho de que nuestras fábricas de electricidad se encuentren en manos oficiales. Todos saben ya que los ferrocarriles federales operan con déficit; y podría ser también que el alojamiento de nuestros conciudadanos enfocado hacia la satisfacción de sus necesidades humanas fundamentales produjese algún déficit de vez en cuando. El utopista lo deduciría gustosamente de los presupuestos sobre armamentos, pues sabe que su magnitud depende en gran parte de unos impulsos agresivos inconscientes (y que no se justifican por amenazas reales) —impulsos que si no se originan, al menos se fortalecen en el insatisfactorio ambiente de las viviendas de nuestras ciudades.

Es digno, además, de señalarse que las sociedades socialistas no han cumplido las esperanzas que en ellas se pusieron durante la década de los veinte respecto de la construcción de viviendas, pues en ellas se ha mostrado la Administración aún más autoritaria, más burocrática, más áspera y con mayor desprecio por el individuo. En su descargo se podrá aducir que, en realidad, su existencia se veía amenazada en sus propias raíces y

que tuvieron que ensayar una nueva forma de vida bajo la presión de constantes amenazas. El socialismo estuvo siempre unido a la pobreza a lo largo de toda la historia y sólo es ahora cuando esta situación comienza a modificarse en Rusia y habrá que esperar para comprobar lo que ocupa.

El socialismo en la edificación que preconiza nuestra utopía no se ve amenazado por semejante pobreza. Pues lo mantiene la conciencia social de una sociedad ilustrada y altamente industrializada. Para darle vida habrá, no obstante, que combatir a las "vacas sagradas" —a saber, a unos privilegios de explotación, que no son ya tolerables en una sociedad como la nuestra, pues se puede demostrar científicamente, y no sólo ideológicamente, que dañan sus mismos cimientos.

En consideración al futuro, no nos es ya lícito eliminar la savia de nuestras viejas ciudades, por medio de nuestras viviendas, por la insuficiente y basta configuración de las nuevas barriadas y como consecuencia de la falta de autoridad a que, en nuestro país, se ven condenados la mayoría de los urbanistas, y construir esas barriadas de forma que debido a la miopía y estrechez de miras de su concepción, no lleguen nunca a convertirse en unas ciudades en las que resulte posible la identificación de sus habitantes con su ciudad y con su país.

Deberíamos admitir sin demasiadas protestas que vivimos en un mundo administrado, pero administrado de forma insuficiente. No tenemos derecho a cargarles todas las culpas a los arquitectos, a los urbanistas, ni tampoco a las autoridades de la construcción. Somos culpables todos cuantos crecimos en ciudades que no siguieron el ritmo de desarrollo de nuestras industrias ni de nuestros medios de transporte y en las que transcurre nuestra existencia de forma más o menos sometida al poder, lo que no invita demasiado a luchar por mejores iniciativas. Sería posible imaginar un "boicot" contra las intolerables viviendas nuevas que se concretase en el hecho de que gran cantidad de conciudadanos viviese en tiendas de campaña, como gustosamente lo hace durante el verano, y que permaneciese en ellas hasta que las cooperativas constructoras y otros propietarios semejantes les ofreciesen alguna cosa mejor. Como carecemos de ese espíritu pionero, no nos deberá extrañar que no se nos ofrezca nada mejor mientras esas viviendas deformantes encuentren gente que las acepte. Y aunque no nos vayamos a vivir a unas tiendas de campaña, para el propósito de la utopía sería muy de desear que se consiguiese demostrar científicamente mediante el trabajo en común, que el concepto de la llamada construcción de viviendas sociales es capaz de producir en el hombre unas características antisociales o asociales muy poco deseables.

Adoptemos un sencillo punto de vista de la historia del desarrollo. El medio ambiente de la vivienda de una joven familia deberá ofrecer espacio para que crezcan sus niños. ¿Cuáles son las necesidades mínimas de un niño de uno, dos, tres, cuatro y cinco años, de un escolar, de un joven que ha llegado a la pubertad? ¿Está organizado el entorno próximo, que pronto se irá ampliando, de forma que el niño pueda ir conquistando paso a paso su propia ciudad? ¿Están configuradas las barriadas de viviendas de forma que la familia que va aumentando pueda mudarse sin demasiados inconvenientes, y volver igualmente más tarde a reducir espacialmente su vivienda? ¿Se puede lograr de esta forma que los habitantes que se sienten a gusto en una zona determinada, permanezcan en ella y entablen allí relaciones perdurables?

Todas estas cuestiones nos demuestran lo lejos que nos hallamos todavía de hacer realidad una mejor y más lograda ciudad del futuro, incluso de los mismos presupuestos de esta realidad. No deberíamos de todas formas desanimarnos, puesto que una vez que ha sido reconocida la importancia de un problema determinado, no resulta ya tan fácil olvidarse del mismo. Por nuestra parte, habremos de conquistar por nosotros mismos la necesaria penetración crítica; no será posible que se nos delegue. No la encontraremos como llovida del cielo. Tendremos que aprestarnos a una defensa violenta, pues no siendo así es raro que en este anticuado y egoísta mundo nuestro prosperen incluso los proyectos más razonables.

Capítulo 6

ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TURISTICA *

Un verano encharcado por la lluvia hace que sean aún más comprensibles los anhelos por el Sur – por unos territorios que, de acuerdo con lo que asegura la propaganda, están siempre cubiertos por un cielo desprovisto de nubes. Más, ¿qué es lo que le espera al hambriento del sol cuando obedece a esos impulsos?

A mí no fue ésta la única razón que me impulsó a realizar un viaje a España. Quería informarme del precio que tenemos que pagar por el creciente bienestar. Es comprensible que haya que estropear mucho terreno con los "bulldozers" al preparar la llegada de dieciseis millones al año de turistas en vacaciones. Recientemente han demostrado éstos –como lo demuestra una simple ojeada a la sección de anuncios de nuestros periódicos– una inclinación no despreciable hacia las adquisiciones a lo largo de las costas mediterráneas. Pero, ¿reciben por su dinero lo que anhelan con toda su alma? Pues esperan el milagro de una costosa liberación de lo cotidiano, aguardan un encantamiento. Tal vez no lo reconocerían así si firmasen un contrato con Scharnow, Quelle o Neckermann o si metiesen su tienda de campaña en el automóvil. Y sin embargo, algo les impulsa de lo que no logran liberarse. Aunque en realidad se vean luego literalmente esquilmados al llegar a su meta. Pasaron ya los tiempos en los que el "Viaje Italiano" se desarrollaba durante dos pausados años. "Poco a poco me vuelvo a encontrar a mí mismo", escribía Goethe en su Diario el 16 de septiembre de 1786. "Dejo que todo transcurra lentamente y pronto me habré repuesto de mi salto sobre las montañas. Deambulo según mi gusto, lo veo todo con lentitud y recibo y conservo una bella impresión . . .".

(*) Publicado en *Neue Rundschau 3*, 1965, págs. 530-533.

Yo recordaba estas frases una y otra vez al sentirme zarandeado en el autobús a lo largo de las curvas de la Costa Brava, y mientras pasaba por Barcelona, por Valencia y por Tarragona en dirección a Alicante, hacia los costosos lugares de vacaciones en torno a Málaga. Poca semejanza tenía esto con la costumbre de Goethe de "dejar que todo transcurra lentamente" y de "deambular según su gusto".

Durante nuestro viaje lloviznó e hizo frío. Las carreteras, como en todas partes, estaban atestadas y los precios casi no se diferenciaban ventajosamente de los nuestros. Los hoteles, con poca costumbre de la hospedería, hacían añorar con agradecimiento a Suiza y su dilatada experiencia en resultar agradables a sus huéspedes. El turista podrá contemplar muchas piedras y un verdor escaso, que lentamente se va agostando. Pero una impresión supera a todas las demás. Se viaja a lo largo de una cadena única de construcciones, se comtempla el conocido bosque de grúas, de rascacielos, de edificios de todos los tamaños. Proliferan los "bungalows", los lugares para el "camping", los restauranes con vistas panorámicas, las piscinas y los clubs nocturnos. Le espera a uno un viaje a lo largo de una nueva zona industrial de enorme dimensión, en la que se le ofrecen apartamentos por doquier. Estos engendros se construyen hasta en el último rincón polvoriento, desde el que hay que trepar hasta la playa atravesando la línea férrea y la carretera. Hay que admitir, no obstante, que la playa es amplia: aunque esté ya casi cubierta de bolsas de plástico usadas, de tapones de botella, de paquetes vacíos de cigarrillos; pero es amplia. Todavía a unos veinte kilómetros de distancia hacia el sur de Barcelona se pueden contrar en cualquier domingo, playa arriba y playa abajo, unos diez mil bañistas; y sin embargo, aún es posible encontrar un puntito relativamente tranquilo en donde, durante la siesta, no haya que soportar más que un par de transistores.

Es cierto que tras de una paciente búsqueda se puede llegar a descubrir algún lugar más tranquilo en el que todavía no se esté encerrado entre tres filas de casetas de baño, como le sucede al turista ávido de sol en las más antiguas costas competitivas de las dos Riveras italianas.

Hasta la misma España ha llegado ya la gran destrucción del paisaje, avanzando desde las costas de Italia a través de las del sur de Francia. Y se va extendiendo asimismo hacia Siria y Turquía. Se puede observar su crecimiento como el de una plaga. Los viejos pueblos de pescadores se desmoronan, como en una embriaguez de oro, para convertirse en un montón de rascacielos desmesuradamente altos. A esas cotas ya no llega tan sólo un mar generalmente suave, sino que a lo largo de las mismas se ha desencadenado un poderoso huracán, el de la coyuntura económica.

En los lugares a los que afluyen millones de viajeros surgen los problemas de masas; y esto sucede siempre a costa del paisaje —que es, precisamente, lo que se busca. Las urbanizaciones resultan rentables, según los técnicos más importantes, únicamente si pueden albergar de veinte a treinta mil turistas en áreas parecidas a ciudades. Sólo así compensan los negocios de pastelerías, los restaurantes, las consultas de médicos —en

definitiva, todo aquello de lo que no se puede prescindir ni aun en vacaciones. De aquí que detrás de cada curva que toma el autobús, detrás de cada montículo al que logra ascender, se suceden nuevos y nuevos capítulos del desarrollo de la industria turística, que va convirtiendo las casi artesanales pequeñas industrias hogareñas, las pensiones de familia, los hoteles rurales en industrias grandes o de masas.

No se puede hablar con propiedad de crecimiento, sino tan sólo de apresurada rapiña. El precio del terreno sube a saltos. Quien se decide a tiempo, hace su agosto. El Estado, los financieros, los especuladores del suelo, los arquitectos que proyectan con rapidez, los suministradores de muebles baratos, todos se apresuran para aprovechar su suerte. Y a continuación las organizaciones de venta. Tras de aprovechar alguna que otra oleada de la coyuntura, promocionan ahora la segunda residencia, la vivienda con su encantadora vista sobre el mar, el hogareño *dolce far niente.* Ante esas nuevas edificaciones luce el cartel que anuncia que aquí existen apartamentos en venta. Una oferta masiva parece superar a la demanda. Esta segunda residencia no resulta barata. Por cincuenta mil marcos se obtiene de treinta a cuarenta metros cuadrados de espacio habitable. Pero quien esté dispuesto a invertir cien mil marcos o más en su vivienda de vacaciones encontrará un amplio surtido para escoger.

Después de esta gran campaña de promoción y de venta, los urbanizadores —una nueva denominación para tráfico inmobiliario en el área de la gran industria de las vacaciones— levantan sus tiendas. Las organizaciones de venta acosan al hombrecillo que ha llegado en el autobús, se dirigen a unos deseos que le han sido inconscientemente excitados y así, ¿quién es el que no procura saciar su insatisfacción, quién es el que no compra en un país que garantiza la alegría por medio de su cielo azul? Este sueño resultará caro. Si decide comprar, el hombrecillo oirá hablar de los no escasos costos de administración y de mantenimiento con tanta regularidad como sucede en su patria con la cuenta del gas. ¿Podrá, además, alquilar este segundo domicilio? ¿Y con qué frecuencia podrá él emprender ese largo viaje? Hace ya mucho que emigraron las aves marinas que antes anidaban aquí, espantadas por el ruido de las construcciones y por la invasión masiva. En cambio, parece como si se viese ya a los buitres vigilar desde los tejados. Pero nosotros no somos amas de llaves de nuestros compatriotas. No obstante, nos asaltan ideas pesimistas cuando contemplamos una de esas urbanizaciones, uno de esos eslabones de la cadena de industrias turísticas, a través de las aún sucias ventanas del piso catorce de uno de estos reascacielos. Quien quiera pasar aquí sus vacaciones no hará más que trasladarse de un centro industrial a otro, de un rascacielos en el que trabaja como contable a otro rascacielos de apartamentos o, sencillamente, se trasladará desde su casita de Essen a un "bungalow" de Torremolinos. Bueno ¿y qué? —nos gustaría preguntar. Simplemente, que cambiará de decoración, pues la cosa no consiste en mucho más. No logrará librarse de la existencia propia de las masas, incluso muchas veces ni lo desea, puesto que ha ido perdiendo la capacidad de alternativa a lo largo de la vida.

Aquel deseo de contraste que impulsaba antiguamente al campesino hacia la ciudad y al ciudadano hacia el campo, con lo que lograba encontrar las "bellas impresiones" de que nos hablaba Goethe –y que generalmente echaba de menos–, ese deseo de contraste hace ya mucho que no se puede satisfacer en las ciudades de vacaciones. Atlántic City, Miami, constituyen espantosos ejemplos que en España se copian afanosamente con éxito. Y naturalmente, en otros muchos sitios. De aquí que no dejemos de pensar que cada uno de los que realizamos uno de esos viajes deberíamos preguntarnos lo que hacemos para impulsar ese desarrollo; y lo que podríamos hacer para limitarlo. Cuando millones de personas en busca de descanso se dirigen con este fin a sitios extravagantes, pues pueden permitírselo económicamente, se constituyen ellos mismos en obstáculo para lograr aquello mismo que buscan.

Hasta ahora nadie ha descubierto ningún plan para satisfacer las necesidades de las masas sin obligarlas al propio tiempo a permanecer en la indefensión de su existencia como tales masas. No es en las laderas cuidadosamente escalonadas en terrazas para el mejor cultivo del vino y de la naranja, que se encuentran detrás de las áridas costas esquilmadas por la industria turística y que se ven hoy tan poco transitadas como antaño, sino a lo largo de las carreteras, al pie de esas bellas torres de vigía contra las invasiones de los moros, donde percibimos con enorme sentimiento lo desguarnecidos que seguimos encontrándonos ante aquellas invasiones de las que nosotros mismos formamos parte.

Capítulo 7

¿CONSTITUYEN LAS RESIDENCIAS DE ANCIANOS UN ERROR DE EDIFICACION?–O UNA PREOCUPACION POSTERIOR EN LUGAR DE LA PREVISION ANTERIOR *

(Incitaciones a la desideologización de una tarea constructiva).

El cuidado de los ancianos siempre constituyó un problema. Cuando no eran atendidos por los hijos o por la familia, se confiaba la tarea a las órdenes religiosas, a las fundaciones y, en último lugar, a los asilos. Envejecer no resultaba así cómodo ni para quien llegaba a la edad crítica ni para la misma familia, que muchas veces hacía sentir cruelmente al anciano la carga que a causa de él debía soportar.

El problema de los ancianos se ha simplificado por una parte, pero también se ha agudizado por otra. Ante todo, ahora resulta mucho más sencillo envejecer física y psíquicamente, ya que la Medicina de nuestros días ha logrado aliviar terapeúticamente muchos de los padecimientos de la ancianidad. Gran parte de la población, cuya cifra crece constantemente, alcanza una avanzada edad, que cada día es más avanzada, con plena salud corporal y buen tono psíquico. No sucede en cambio lo mismo con la alegría de vivir. De cuya situación no son los demás los únicos que tienen la culpa. Pues la ancianidad constituye la cosecha de toda una vida. Donde no se sembró ni se cuidó nada, poco será lo que se pueda recolectar. La pensión de ancianidad no suele dar mucho de sí. De aquí que el horizonte de muchos ancianos se limite a la contemplación de sus propias necesidades corporales, a un estrecho horizonte de inmediatos contactos con vecinos, familia o con personas que cuidan de ellos. El hecho de que este vacío –aliviado apenas por la televisión y las revistas gráficas– se prolongue más y más, supone una de las cargas de la ancianidad.

Habrá que tener en cuenta que tampoco se logrará incorporar a una vida productiva mediante una vivienda agradable al no pequeño número de personas que hace ya tiempo que están espiritualmente muertas. En

(*) Publicado en *Bauwelt 20*, 19 de mayo de 1969, págs. 693-695.

este aspecto, la sociedad no puede más que ejercer un "cuidado a posteriori", por haber dejado de realizar una acción de "cuidado a priori".

Pero, además, la situación de las personas que llegan con buena salud a una edad avanzada ha de soportar otra dificultad: la del aplastante golpe que supone su separación de la actividad profesional al alcanzar la inconmovible frontera de la jubilación. Casi no prestamos atención, si es que siquiera le prestamos alguna, al hecho de contar entre nosotros con un número creciente de ciudadanos capaces de desarrollar alguna actividad, aunque sus edades se encuentren comprendidas entre los setenta y los ochenta años. Piénsese en los numerosos artistas que realizan sus obras en la ancianidad. Piénsese en lo que hubiese sido de algunos políticos, si para ellos no hubiesen existido normas especiales, y si a sus sesenta y cinco años se hubiesen visto obligados a cultivar rosas en su jardincito o a permanecer encerrados en habitaciones de unos veinte o treinta metros cuadrados en alguna residencia de ancianos.

En estas circunstancias, es fácil de suponer también una rápida disminución de su interés en particular. En muchas personas obligadas a un descanso forzoso surge esa disminución como consecuencia de las desilusiones y de la resignación, que psicosomáticamente se pueden percibir en el proceso de calcificación de sus arterias, así como en otras perturbaciones crónicas. Esta decadencia de la ancianidad no es un proceso *únicamente* corporal, que se presenta y se desarrolla de forma aleatoria. Precisamente, el padecimiento propio de la ancianidad, la arterioesclerosis, aparece en forma mucho más benigna y mucho más tardía si el sujeto sigue participando activamente en tareas profesionales, si sigue en contacto con las personas de su entorno y de su esfera de trabajo —o también, si encuentra unas nuevas tareas de similar importancia, unas nuevas ocasiones de entablar relaciones estimulantes—, supuesto que antes fuese capaz, de acuerdo con las condiciones de su trabajo y con el desarrollo de su carácter, de despertar y de mantener ese interés.

Una educación que anule los intereses, junto a unas tareas profesionales embotadoras, llegará muchas veces a impedirlo y hará, por el contrario, que el individuo deje de considerarse como un ser dispuesto a comenzar de nuevo y, dominado por ilusiones frustradas, se arruine a sí mismo mediante cualquier forma de autodestrucción. Muchas son las personas así petrificadas que pueblan nuestras residencias de ancianos, a consecuencia de un destino sociológicamente determinado y no de un destino fijado por la naturaleza.

Repitámoslo de nuevo: no existe casi preocupación por crear profesiones propias para los ancianos. Aun a pesar de que la inversión de la pirámide de edades invite a conservar durante el mayor tiempo posible a las personas capaces de participar en el proceso de producción o a buscarles nuevas posibilidades de productividad económica.

Podemos estar, sin embargo, seguros de que en los próximos decenios habrá que contar con las personas ancianas, cuyo estilo de vida se habrá modificado, lo que supondrá unas ideas muy diferentes de las actuales sobre el papel que a la "ancianidad" le corresponde. Los miembros de

estas generaciones venideras estarán acostumbrados a unos procesos de aprendizaje permanentes y a continuas tareas de adaptación; por lo que no es de prever razón alguna que impida que en las etapas de la ancianidad, en las que hasta ahora no se podían normalmente esperar nuevas adaptaciones, sigan luego participando en los cambios tecnológicos y sociológicos, en total acuerdo con lo esperado.

Esa participación de las personas ancianas resulta, además, lógica, puesto que gracias a la perfección tecnológica, no habrá que exigirles un duro trabajo corporal, que con toda seguridad les desgastaría en forma creciente, sino tan sólo comprensión y vigilancia intelectuales. Sin embargo, no cabe esperar que resulte sencilla la participación de los ancianos en unas nuevas etapas de su quehacer profesional, de esos ancianos a los que antaño se les relegaba a sentarse en los bancos públicos y hoy se les condena a similares formas de inactividad. En todas partes se pueden comprobar las profundas y hostiles barreras establecidas entre grupos de individuos de diferentes edades, pese a que no se encuentren separados ni siquiera por el transcurso de una sola generación. Las generaciones culturales, contrariamente a lo que sucede con las naturales, son cada vez más breves —a los treinta años ya se es "viejo" y se incurre en sospechas de haber traicionado los ideales de progreso, así como en otras muchas torpes acusaciones de parecido cariz. Por el contrario, la "gran sociedad" no se podría alcanzar más que por la participación en unos procesos de aprendizaje, que —de forma más o menos amplia— fuesen accesibles a todo el mundo, y a través de los que habría de ser instruido a lo largo de toda la vida.

Todo ello habrá de ser muy tenido en cuenta al intervenir hoy en el alojamiento de las personas ancianas. Desgraciadamente, la sensibilidad respecto de la autodestrucción no se encuentra demasiado extendida, por lo que sin orden ni concierto fomentamos las tendencias a la integración o a la desintegración en nuestra sociedad. Es indudable que habrá que establecer las previsiones para que los ancianos que en verdad se acercan al final de sus vidas, encuentren las apropiadas condiciones de atención que todos nosotros le debemos. Asimismo será bueno que la idea de "joven" se entienda como posibilidad de mantener el contacto con unas personas ancianas cada vez menos impedidas. Por una parte, porque estos puentes tendidos hacia la vida constituyen un bálsamo para los enfermos y para todos los que deben guardar cama, ya que nadie puede renunciar sin sentimiento a la participación y a la proximidad de sus congéneres. Por otra parte, se habrá aprendido a morir, pues resulta infantil la ignorancia de la muerte por las imágenes superoptimistas de nuestra sociedad de consumo. De aquí que también sea conveniente que continúe ese diálogo entre los aptos y los menos aptos. Lo que constituye un decisivo argumento en favor de la vida en común de ancianos en residencias o en hoteles, como se suelen actualmente denominar esas insituciones, de acuerdo con la movilidad de los tiempos.

De todas formas se debería favorecer la interrelación entre los habitantes jóvenes y viejos de las áreas urbanas. Lo que no se conseguirá más que estableciendo simultáneamente un flexible sistema de atenciones, en el

que podrán participar los ancianos por medio de la auto-ayuda, consiguiéndose así nivelar un tanto la escasez de personal dedicado a estas actividades asistenciales.

Cuanto más patente resulta la disolución sufrida por los numerosos lazos familiares en el paso desde la anterior a la actual sociedad industrial, tanto más claramente se percibe también la necesidad de recibir ayuda en determinadas situaciones de la vida, que continuamente se repiten. Las funciones que antes desempeñaba la "tía" que vivía con la familia han debido ser hoy encomendadas a la "babysitter", pues cuando ambos cónyuges desarrollan alguna actividad profesional, resulta de todo punto necesaria la ayuda externa en el hogar. Es indudable que el anciano podría desempeñar tareas de este tipo, que le mantendrían en contacto con las generaciones más jóvenes, sin que unas ligaduras familiares demasiado íntimas le echasen a perder la satisfacción de esas relaciones. Estas ideas podrán parecer aforísticas y adjetivas para los arquitectos a los que se les encomiende la construcción de residencias para los ancianos. Pues, efectivamente, estos pensamientos son aforísticos. Y habrán de servir de motivo para la desideologización de aquellas tareas. Ya que solamente cuando el arquitecto perciba con claridad que cabe la posibilidad de que la sociedad le encomiende una tarea equivocada e inútil, dado su escaso conocimiento de cuanto ello pueda implicar, sólo entonces será capaz de hacer con su encargo algo que, de rechazo, sirva para educar asimismo a quien le encomendó la tarea. Sería muy de desear que, irreflexivamente, no se intentase la solución del problema de las "residencias para ancianos", en tanto no se conozca con certeza el sentido de esas instituciones y dónde comienza su contrasentido. Pues ello podría fácilmente convertirse –para emplear la expresión de Peter M. Bode– en una nueva aportación a la "catástrofe de la realidad erróneamente interpretada".

Pero con las "comodidades" de un buen hotel y sanatorio no se legitima la institución como tal, ni aunque la fantasía del propio solicitante de albergue sea incapaz de concebir algo que responda mejor a sus esperanzas. Cuando se separa a los ancianos de su grupo de convivencia –porque parezca lo más conveniente– y se les reúne en grupos homogéneos por edades habrá que tomar inmediatamente medidas para volver a insertarlos por medio de unos nuevos puestos de trabajo en una sociedad modificada. Al menos así lo exige la idea de una conciencia social total ante la que todos nos debemos de sentir responsables.

Capítulo 8

COMENTARIOS PSICOSOCIALES AL PROYECTO URBANISTICO DEL AREA DE HEIDELBERG–EMMERTSGRUND *

Lema: "La ciudad construida ha supuesto en toda época una excelente manifestación de consciente auto-representación colectiva y no ha sido sólo simple expresión de una cultura o de una sociedad. El impulso hacia la auto-representación es tan fuerte en el hombre que no hay más remedio que tenerlo en cuenta, aun cuando nos cueste algo. La representatividad en las construcciones urbanas deberá ser aceptada tan sólo cuando represente algo que encarne verdaderamente a la sociedad o, al menos, algo por lo que ésta se interese verdaderamente. La representatividad en una sociedad democrática no resultará falsa si la dignidad que se exhibe es efectiva representación de una vida digna . . . ".
Hans Paul Bahrdt, **Humaner Städtebau,** *Hamburgo, 1968.*

Nota preliminar

Los pensamientos siguientes no rozan directamente más que en algunos puntos las cuestiones de configuración, que deberán ser resueltas por los arquitectos. Esto sucede principalmente al examinar el sistema de construcción de viviendas muy concentradas. Pero, al mismo tiempo, se ofrece una fundamentación psicológica del mismo. El móvil inmediato de estos pensamientos lo constituye el intento de establecer una relación más directa de la que hubo hasta ahora entre la actividad planificadora del arquitecto y los conocimientos del psicólogo sobre la capacidad de las estructuras sociales para ser influidas. Lo que no podrá conseguirse de golpe, por muy buena voluntad que reine por ambas partes. El psicólogo social deberá, además, aclarar que la suya es una ciencia que comienza a estar estructurada. De todas formas, se puede hoy ya afirmar que buena parte de los fracasos de muchos proyectos de saneamiento urbano, de

(*) Publicado en *architekturwettbewerbe 59,* agosto de 1969, págs. 28-32.

construcción de poblados satélites, etc., se deben al desprecio demostrado por una elemental normatividad psíquica, individual y colectiva. Pido por tanto paciencia durante la lectura de estas páginas. Mucho, si no todo, resultará ya conocido. Estos primeros comentarios no suponen más que una introducción. El intercambio de opiniones debería extenderse al transcurso total de la planificación de Emmertsgrund, así como a la duración de su construcción. Además según mi opinión, ese lapso de tiempo debería ir acompañado por una continua, cuidadosa e indogmática labor de educación de la opinión pública de Heidelberg, que logre la comprensión de ésta, tanto para la realización de la obra como para las sutilezas de su planificación. Planificadores y psicólogos sociales tienen que ocuparse de los futuros habitantes de la nueva barriada. Dos cosas resultarían erróneas a este respecto: primero, no reconocer que las costumbres hogareñas de la mayoría de la gente han sido considerablemente deformadas por las condiciones de habitación que hasta entonces encontraron; y segundo, tratar de llevar a cabo una acción misionera casi ideológica y de mejora del mundo. Se podrían lograr unos contactos enfocados hacia la mayor comprensión del futuro arrendatario, por el hecho de comunicarle, de la forma más clara posible, las ideas que nos movieron y que aún nos mueven, y de informarle de los obstáculos financieros, de vigilancia de la construcción y de otros similares con los que tropezamos.

El paisaje urbano

El paisaje urbano está incluído en el paisaje natural o coincide con él. Esta relación entre uno y otro paisaje repercute sobre la disposición de ánimo psíquica de sus poblaciones. No cabe duda alguna de que el paisaje urbano en su totalidad ejerce una influencia directa sobre nuestro malestar. Lo mismo se puede afirmar del "nicho ecológico", o sea, del específico rincón existencial que todo individuo descubre y se apropia. También él influye en nuestro bienestar o malestar.

Pese a lo elemental y diáfano que parece todo ello, nadie sabe nada con certeza sobre estos temas. Existen muchas ideas, la mayor parte de las cuales no han sido probadas, y que se extienden desde las grandiosas ideologías de los maestros de la edificación, que concebían sus viviendas como recetas para la humanización, hasta las bucólicas ideas de las ciudades-jardín o de las ciudades satélites. Aunque, naturalmente, pueda darse el caso de que se esté relativamente satisfecho en un barrio miserable (con buenos contactos afectivos con sus congéneres) y que se sea mortalmente infeliz en una mansión señorial (a causa de la pobreza afectiva de las relaciones). Lo que en sí no constituye prueba alguna en contra de la influencia del entorno, o mejor dicho, de la configuración de ese entorno, sobre procesos anímicos básicos, tales como las inclinaciones, su identidad y su coloración.

Son diferentes formas de sentirse implicado las que nos atraen hacia la ciudad o el barrio como "habitats" colectivos o hacia nuestra vivienda o

más reducidamente hacia nuestra habitación, o las que hacen que nos repelan todos esos lugares. Mi tesis llega más allá; aunque sólo deba ser aceptada como simple hipótesis, pues aún precisa de múltiples pruebas. Creo que la totalidad del ambiente con que el individuo entra en contacto con motivo de sus actividades, la esfera de su vivienda, las del tráfico y la comunicación pública, así como la de su trabajo, se vive inconscientemente como una unidad total. Eso quiere decir, por una parte, que las insatisfacciones se equilibran por medio de experiencias especialmente satisfactorias efectuadas en otro sitio. Un buen lugar de trabajo compensa de una vivienda primitiva o, también, de una primitiva vida familiar. Por el contrario, las insatisfacciones se refuerzan las unas a las otras; un lugar de trabajo insatisfactorio y unas insatisfactorias condiciones hogareñas de habitación se impulsan mutuamente hasta alcanzar desproporcionadas reacciones de malestar; desproporcionadas si se consideran de forma aislada las carencias existentes aquí y allá. Pues no será posible comprender esas reacciones más que si se acepta el área de vivencias como un todo unitario con sus compensaciones y sus efectos de acumulación.

De aquí que sea tan importante para la planificación de las barriadas el conocimiento de esa inclinación a la reacción y de esas leyes de la reacción psíquicas. Si logramos evitar los desengaños en la instalación de un ámbito habitable, cooperaremos eventualmente en la superación de otras cargas impuestas por las circunstancias de nuestra vida cotidiana pero, como se dijo anteriormente, con igual automatismo se producirán también las consecuencias contrarias, si procedemos a su planificación con desprecio de las normas psicológicas.

Hábitos de alojamiento deformados

Todo este proceso se ve inexorablemente complicado por un nuevo fenómeno. Lo integran los deformados hábitos de alojamiento que habremos de suponer desde un principio en quienes en el futuro se interesen o se decidan por las viviendas de Emmertsgrund.

Por hábitos deformados de alojamiento entiendo, por ejemplo, el hecho de que las madres no estén dispuestas a confiar sus hijos a los jardines de la infancia aunque estos estén excelentemente dirigidos y puedan brindarle al niño más incentivos que los que le puede ofrecer una vivienda media de tres habitaciones. Incluyo asimismo el que los arrendatarios no estén acostumbrados a establecer facilidades de ayuda mutua entre vecinos, tales como hacerse cargo de los niños cuando su madre sale de viaje por un tiempo corto o largo o alternarse en llevar a los niños al colegio cuando éste se encuentre muy alejado u otras ayudas similares. Finalmente, es de esperar que muchos de los que buscan vivienda se decidan por una demasiado pequeña, ya que el tamaño de la misma no confiere un prestigio visible, por lo que su costo se verá pospuesto a los costos de otros bienes para el confort, especialmente los de automóvil, viajes, vestidos, aparatos electrodomésticos u otros similares. Que para ello tengan,

por ejemplo, que verse forzados los niños a dormir en la alcoba de sus padres, lo que, en principio, no puede ser nunca aconsejable, se acepta naturalmente sin pensar en las consecuencias que de este hecho se puedan derivar para el posterior desarrollo de aquellos.

Pero del hecho de decidirse por viviendas demasiado pequeñas no habrá que culpar tan rápida y unilateralmente a los esfuerzos de algunas familias aisladas por alcanzar un superior "status". Tienen también gran parte de culpa las ideas deformadas y ligeras de los planificadores y de las autoridades correspondientes, como, por ejemplo, las del Ministerio de la Construcción de Viviendas. Cuando en las condiciones de subasta se establece ya como norma que a las familias numerosas les corresponderá una vivienda de tres habitaciones se está cometiendo de antemano un irreparable error de planificación. Una vivienda de tres habitaciones no es suficiente más que para una familia con un único hijo. Si el hombre adulto ha de adaptarse a las exigencias educativas de la sociedad del futuro, resultará totalmente imprescindible que desde la más temprana juventud disponga de un espacio propio, que en todo tiempo le brinde una segura posibilidad para el retiro y el aprendizaje. Con lo que entramos ya en la "inhospitalidad de nuestras ciudades". Habrá que contar por tanto con una habitación para cada persona. Y donde se reduzca esta proporción surgirán síntomas psico o sociopatológicos[1].

Las minorías carentes de privilegios como habitantes perpetuos

Existen tres grupos de habitantes que, como sucede en todas las barriadas de las afueras de las ciudades, utilizan ésta de forma completa y total. Los tres pertenecen a minorías faltas de privilegios. Son los grupos de las esposas y madres, de los niños y de los ancianos retirados.

1.— Examinemos el grupo de las mujeres que ejercen el oficio de madres. Para nuestras actuales meditaciones resulta importante considerar el papel de madre como una verdadera profesión. Muchas de las madres ejercían una profesión antes de quedar en estado, así que el cuidado de su hijo o de sus hijos ha venido a reemplazar a las tareas de su anterior profesión. De aquí que subjetivamente consideren lo que hacen como una especie de actividad profesional –y una que, es de esperar, resulte en muchos casos más agradable que las tareas anteriormente desarrolladas, aunque también haya que admitir que, a veces, las mujeres eran más felices en su trabajo profesional que en sus posteriores actividades como madres.

Las esposas y madres no tienen separados sus lugares de vivienda y de trabajo. Este deslinde entre lugar de trabajo y de alojamiento, que se ha convertido en norma en las profesiones masculinas, aún no se ha llevado a cabo en las de ellas. En la vida de la esposa no se efectúa ningún cambio diario de escenario forzado por las condiciones sociales. Los hombres se

[1] Consúltese también Marie Chombart de Lauwe: "Psychopathologie sociale de l'enfant inadapté". París, 1959.

quejan de las incomodidades de sus diarios desplazamientos entre vivienda y lugar de trabajo; las esposas que se quedan en casa se quejan de la soledad de su existencia diaria. El aburrimiento del normal "suburbian environment" constituye un suplicio que ha surgido por presión de la ideología de la ciudad residencial de las afueras, del aire limpio y de otras circunstancias similares. En verdad, los maridos no parecen aceptar con desgana esa diaria separación de sus esposas; la ausencia cotidiana durante su jornada laboral se asemeja a la ausencia para breves campañas militares. Pero las Penélopes de ahora no se muestran tan pacientes en la espera de sus esposos como parece haber sido el caso de la época de la Odisea.

En realidad, en la esfera de acción de las esposas y madres reina un despilfarro antieconómico de energías. Para el ama de casa se ha paralizado el tiempo: lavar, planchar, cuidar de los niños se consideran como "servicios de amor". El maravilloso papel de la madre exige que hagan todo esto con agrado y que en ello encuentren plena satisfacción. Las madres están profesionalmente obligadas a ser felices, a sonreir por la mañana al despedir a sus maridos y a sonreir naturalmente a su llegada por la tarde, tras de un día tan monótono como todos.

Habría que acabar con esta mentira de un sistema de poder reaccionario que, a costa de un grupo más débil –el de las mujeres–, se ha fabricado la ideología que más le conviene; las madres son explotadas, y explotadas de una forma que nunca había conocido precedentes. Pues en una sociedad eminentemente móvil han sido condenadas a una inmovilidad totalmente desfasada. Además, su entorno se asemeja frecuentemente al de un aburrido balneario del siglo XIX. Parece creerse que el disfrute de un aire sin contaminar puede contribuir el objeto de toda una vida o, por lo menos, razón suficiente para sentirse satisfecho y de buen humor. Las burguesas bisabuelas de nuestras atareadísimas esposas actuales estaban mucho mejor con sus muchachas de servicio. Hay que recordar que el mayor grupo de asalariados en el Londres de 1830 a 1850 lo constituía el servicio doméstico y no el de los trabajadores manuales o de los empleados. Además, los hogares anteriores al desarrollo de la industria de los bienes de consumo no eran únicamente sitios para vivir, sino verdaderos lugares de trabajo, que exigían de las burguesas amas de casa de la época una especie de actividad profesional comparable a la de la dirección de una pequeña industria. Lo que ya procuraba una cierta variedad dentro de la propia casa.

En los planes de urbanización de Emmertsgrund habría que haber pensado antes que nada en la forma de aligerar el destino de este grupo tan desprovisto de privilegios. Pues en realidad las madres no sonríen constantemente. Están disgustadas en parte y en parte resignadas con aquellos tan celebrados papeles que se les ha asignado por un determinado status y que ellas deben desempeñar bajo las presiones de la sociedad de consumo y la influencia de ese estúpido clima de ciudad residencial.

Es preciso aceptar con gran claridad que la esposa media que desempeñó una profesión de soltera, que ejerció luego la profesión de madre por un período de unos quince años, tiene después unas expectativas de vida

de unos treinta y cinco años, durante los que deberá preocuparse por desempeñar algún papel profesional, si no quiere compartir la suerte de todas aquellas mujeres que se van lentamente enmoheciendo durante decenios en la repetición de las siempre iguales y parcialmente vacías tareas de la casa.

Esto no lo podemos consentir si pretendemos que las madres y esposas no arruinen forzosamente y para siempre la convivencia familiar, al no poder compartir de alguna manera la evolución con sus esposos e hijos. Lo podremos evitar únicamente cuando logremos que las mujeres participen en el proceso de desarrollo de la sociedad, al igual que lo hacen los hombres, e incluso los niños.

La ayuda externa que se pueda prestar a través de la planificación de una ciudad residencial centrada en sí misma en alguna medida consistirá, por lo tanto, en establecer las adecuadas previsiones para que la minoría carente de privilegios de las madres, que constituye hoy el grupo decisivo en las ciudades residenciales de las afueras de nuestras ciudades, disponga de posibilidades suficientes de participación en las actividades públicas urbanas y de estímulo para su posterior evolución espiritual. Estas necesidades se incrementan al considerar la estructura social del año 2000. Sólo conseguiremos adaptarnos a un entorno material, que cada vez cambia con mayor rapidez a causa del desarrollo de las ciencias naturales, si logramos establecer a tiempo la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, no como concepto ideológico, sino como realidad efectiva. No nos podemos permitir el lujo de contar con unas madres "socialmente subdesarrolladas", o lo que es igual, totalmente insatisfechas. Pues resultarían unas insatisfactorias compañeras como esposas y unas educadoras escasamente estimulantes como madres.

Esta es la razón de que la ciudad residencial que ahora se planee habrá de serlo de forma que resulte casi autónoma por lo que se refiere a instalaciones para la formación de las mujeres durante el tiempo de desempeño de su papel de madres. Para este fin resulta indiferente que esas posibilidades de educación permanente (cursos, seminarios, etc.) se brinden en un centro de educación de adultos o en una escuela conjunta lo suficientemente amplia.

Poderosos argumentos abogan en favor de la última de estas soluciones. El aprendizaje asume un aspecto aterrador para amplios sectores de la población. Nuestras escuelas han impartido muchas enseñanzas, pero no han enseñado a aprender. Esta actitud de enfrentamiento a la instrucción y la escuela (que se traduce en el escaso interés mostrado por la docencia) podría eliminarse, o al menos reducirse, si la madre y el niño estudiasen conjuntamente. Esto facilitará la identificación de los niños, que resulta tan importante para el desarrollo de sus deseos de aprendizaje —su identificación con una madre que también va a la escuela. Las madres lograrían, por propia experiencia, una mayor comprensión de sus hijos en edad escolar. Lo más eficaz sería que las madres y los niños frecuentasen la "escuela" durante las mismas horas del día. Ello influiría en el horario de trabajo de las madres. Madres e hijos tendrían que realizar sus "tareas escolares" al mismo tiempo, con lo que su plan diario resultaría muy similar.

Desde el punto de vista de la planificación, esto supondría que las aulas escolares no pudiesen ser utilizadas simultáneamente para la educación de adultos. De aquí que en el centro escolar haya que prever sitio suficiente para este otro tipo de educación.

2.— La siguiente minoría carente de privilegios está formada por las personas ancianas que ven igualmente transcurrir su tiempo principal en el ambiente de las ciudades satélites. ¿Qué es lo que podrán hacer nuestras viviendas para mejorar su situación de forma perceptible?

Tratamos ahora de un problema de muy reciente cuño. En nuestra civilización existen más personas de edad avanzada que nunca y, al mismo tiempo, más personas física y psíquicamente sanas de sesenta, setenta o más años que siguen aún conservando toda su capacidad de rendimiento. No obstante, se vieron obligadas a abandonar su ambiente laboral al alcanzar la rígida frontera de la jubilación, después de, por lo general, haber perdido hace ya mucho tiempo su entorno familiar con la partida de los hijos. Como es fácil observar en cualquier residencia de ancianos, estas personas físicamente sanas se suelen hundir psíquicamente bajo el peso de los traumas que les produce su propia sociedad. No se podrá afirmar que se trata de "normales" procesos de envejecimiento. En una sociedad como la nuestra, basada casi exclusivamente en los resultados del trabajo, los ancianos sufren una desvalorización drástica como personas y como titulares de una determinada posición profesional en cuanto dejan de estar en activo.

No resulta una exageración cuando afirmamos que las usuales residencias de ancianos de nuestra sociedad se pueden comparar a los campos de concentración en cuanto a falta de atención y cariño por este grupo tan desprovisto de privilegios. Uno de los procesos de disgregación existentes en nuestras ciudades lo forman la creciente discriminación de las personas que superan la frontera de la jubilación y su segregación en las residencias de ancianos. En los Estados Unidos llegan ya a ser verdaderas ciudades de ancianos. Si tratamos de encontrar una ayuda en la integración, que deberá ser tenida ya en cuenta al planificar la ciudad satélite, no habrá que considerarla como un desconocimiento de los signos de vejez, ni una persecución de la eterna juventud, sino como el intento de preservar las alegrías específicas de la vida de los ancianos, para lo que serán indudablemente precisos una adecuada actividad, así como el alojamiento y cuidado de los ancianos mezclados con las generaciones de sus descendientes. (La certeza de esta interpretación sobre la situación de los ancianos se ha visto confirmada por una encuesta del Instituto Allensbach de Demoscopia, realizada en junio de 1967: "Descontando las dificultades de salud, las personas de sesenta y más años padecen desproporcionadamente mucho más por su soledad; casi uno de cada cuatro de los consultados confesó a los encuestadores que se sentía solo y aislado".)

En la planificación de una ciudad satélite habrá que prever un sistema de atención y cuidado para los frágiles ancianos que vivan repartidos por

la barriada. Habrá que brindarles viviendas a las que se pueda llegar con comodidad. Igual importancia tandrán las posibilidades que se les ofrezcan a los habitantes de una edad avanzada para desarrollar una segunda ocupación, una profesión durante la ancianidad. Esto no resultará fácil de lograr, pero debería a pesar de ello ser tenido en cuenta durante la planificación como un objetivo alcanzable. A este respecto hay que reconocer que sobre este proceso de nuestra sociedad, tan necesario como las posibilidades de educación permanente que se les brinden a las madres, carecemos de toda experiencia previa y, sobre todo, que la opinión pública sigue todavía con los ojos cerrados ante los problemas de la vejez. Por el contrario, nuestra competitiva sociedad muestra un decidido despego, que a veces raya en lo inmisericorde, respecto de las personas que van envejeciendo, pero que aún se encuentran en edad laboral.

Las encuestas han indicado que un gran porcentaje de pensionistas se mostraría agradecido si durante sus últimos años de actividad laboral se les preparase para desempeñar una profesión en la ancianidad. A este propósito habría que pensar tanto en una reducción de la jornada laboral en las industrias fabriles (por ejemplo, medio día de jornada laboral), como en el aprendizaje de cieros trabajos artesanos.

A primera vista, todas esas ideas podrán resultarle a los arquitectos de muy escaso interés para sus planificaciones, pues parecen tener muy poco que ver con la estructuración especial de las viviendas que se proyectan. Creo, sin embargo, que las viviendas pensadas de antemano para las personas ancianas podrían encontrar fácil utilización como talleres o para otros fines similares. Si en este punto concreto logramos avanzar algo, ello redundará indudablemente de forma decisiva en beneficio de la integración del nuevo ente social "Emmertsgrund".

En cuanto a las industrias que se afinquen en la vecindad, lo más importante será lograr atraer a empresas avanzadas, que se sientan solidarias con estas tareas sociales. Lo que también forma parte de las tareas de planificación que se nos plantean.

3.– El último grupo incomprendido es el de los niños y los adolescentes. ¿En qué podrán colaborar nuestras viviendas para suavizar su situación e incrementar su alegría de vivir? Deberíamos ordenar nuestras ideas de acuerdo con los diferentes grupos de edad. ¿Qué autoridad y qué instalaciones públicas precisan los niños de edad preescolar, los escolares y los que ya están en la pubertad, es decir, los más activos de cuantos se encuentran en esa gran crisis existencial de maduración sexual y social, que en nuestra sociedad se va convirtiendo cada vez más en un dilatado proceso de crisis y madurez psicofísicas?

a) *Instalaciones para edad preescolar.* Los niños de edades comprendidas entre uno y siete años constituirán aproximadamente el 20% de la cifra total de habitantes de la barriada. Los de cuatro a seis años llegarán al 4 o al 5%. Esto supondrá aproximadamente un total de unos 400 niños para los que habría que preparar jardines de la infancia y lugares de recreo. Habrá, además, que tener en cuenta que sólo de un 50% a un 60% de las madres se mostrarán dispuestas a enviar a sus hijos a esos jardines de la infancia. Así que para una cifra final de 250 niños habrá que contar con cinco jardines infantiles, de los que por lo menos dos tendrán que estar abiertos durante la jornada completa, en beneficio de las madres que trabajen o que se encuentran totalmente solas.

Aunque las normas sobre jardines de la infancia del estado de Hesse, por ejemplo, permitan la admisión de hasta 75 niños, me parece ésta una cantidad excesiva, incluso aunque se disponga del personal suficiente para constituir grupos diversos.

Los jardines de la infancia estatales, no los confesionales, deberán estar repartidos por diversos lugares de la urbanización. En cambio los jardines de la infancia confesionales deberán estar situados lo más céntricamente posible, para resultar accesibles con igual facilidad desde cualquier lugar.

b) *Escolares.* De hasta 10 a 12 años de edad. Deberán disponer en el área del centro escolar de, por lo menos, dos lugares suficientemente amplios para sus juegos y deportes. Su instalación debería ser confiada a los propios niños, de acuerdo con los excelentes resultados obtenidos en otras experiencias similares. Es decir, que su configuración no deberá ser ideada por los adultos, sino por los niños, que, además, deberán ocuparse de parte de su conservación y mantenimiento. Los niños deberán tener también acceso regular a los locales deportivos cerrados, sobre todo durante los meses de invierno.

c) *Adolescentes.* Deberán contar con un gran campo de deportes dotado de facilidades para la práctica de los deportes sobre hierba, así como de las usuales disciplinas del atletismo ligero. El número de muchachos comprendidos entre los 15 y 20 años puede estimarse provisionalmente en unos 300 a 350. Las instalaciones deberán poder ser utilizadas conjunta y separadamente por los muchachos y las muchachas. Estos jóvenes necesitarán, además, mucho espacio para desarrollar actividades deportivas en sala. Habrá igualmente que prever campos de tenis que, en determinados momentos, estén reservados en exclusiva para los jóvenes.

Todas estas recomendaciones deberán ser entendidas con una primerísima orientación. Nos queda por añadir a todo lo anterior que el centro deportivo deberá ser planeado con la suficiente amplitud en sus instalaciones como para que incite también a muchos adultos a practicar actividades deportivas durante las tardes. Pero las actividades durante las horas de ocio de los jóvenes, así como las de los adultos, no deberán limitarse únicamente a los deportes. Resultará muy conveniente la creación de asociaciones y clubs, tales como los propuestos por Geigenberger; en cuyo caso, el club juvenil deberá ser casi totalmente confiado a los cuidados y responsabilidad de los propios jóvenes.

Es deseable asimismo que se cuente con una instalación en el proyecto que constituya un centro de atracción para la ocupación del ocio, que podría consistir en una pista permanente de patinaje de hielo, una pista de patines de ruedas o una gran instalación para la natación (piscinas, cubierta y descubierta, con instalaciones gimnásticas, de masaje y sauna) y que permitiría su utilización por otras personas además de por los habitantes

de la zona residencial de Emmertsgrung. Esta parece ser la mejor posibilidad de romper el triste aislamiento de las ciudades satélites y de conectar la urbanización con el área general de comunicaciones de Heidelberg. Lo que no supone un lujo, sino una necesidad vital para la nueva urbanización.

Configuración total de la urbanización

Estoy de acuerdo con Hans Paul Bahrdt en que la vida del hombre en la ciudad oscila entre la esfera pública y la privada y que la estimulante influencia de la vida urbana consiste, precisamente, en esa posibilidad de oscilación: "Una ciudad es una población en la que la vida total tiene tendencia a polarizarse, es decir, a manifestarse en el estado de agregados sociales de carácter público o de carácter privado. Es fácil comprobar, especialmente en nuestra época, que la esfera privada no es nunca autárquica, sino que precisa de estímulos procedentes del ámbito público"[2]. El opresivo ambiente de tantas ciudades residenciales o ciudades-jardín se debe a su artificial y antiurbana estructura básica; es decir, que las alternativas entre las esferas pública y privada no se pueden llevar aquí a cabo, puesto que esos lugares consisten en realidad en un apelotonamiento de espacios privados. Aun cuando la urbanización de Emmertsgrund disponga de núcleos metropolitanos fácilmente alcanzables desde Heidelberg y Mannheim, me parece aconsejable – en especial por aquellos grupos que van a ver transcurrir su vida entera en dicho lugar– promocionar allí algo de vida ciudadana y sentar ya las bases para este fin.

El desnivel del terreno, con su magnífica vista, facilita la planificación de un lugar, o de una serie de lugares, ordenados en forma de terrazas, abierto hacia la llanura situada al este y que sirva de centro urbano. Este lugar deberá estar limitado por un apretado distrito residencial y disponer asimismo de suficientes atractivos, en forma de cafés, restoranes, comercios, etc., para convertirse realmente en inevitable nudo de comunicaciones. Esta zona interior deberá estar prohibida para todo tipo de vehículos. La acertada disposición de las zonas residenciales limítrofes traerá como consecuencia que se desarrolle un intenso tráfico de paseantes en toda época del año.

No tengo más remedio que mostrarme totalmente de acuerdo con el entusiasmo demostrado por Jane Jacobs[3] por las aceras. Me gustaría también que, lo antes posible, se llevase a cabo un determinado experimento. Sugiero a este respecto que en la urbanización de Emmertsgrund se vuelva a construir aquel tipo de calles que fue eliminado por la ideología de las ciudades-jardín. ¿Qué tal resultaría la planificación de un sistema de comunicaciones que, en vez de utilizar las sempiternas calles rectilíneas, tuviese *forma de red* y no canalizase el tráfico en unas direcciones pres-

[2] Hans Paul Bahrdt: "Die moderne Grosstadt". – Hamburgo 1961.

[3] Jane Jacobs: "Tod und Leben grosser amerikanischer Städte".– Berlín, 1963.

critas? ¿Qué sucedería si parte de las casas se extendiese a lo largo de las calles en vez de mostrar la fachada más estrecha de las mismas? ¿Qué pasaría si los niños no se viesen relegados únicamente a los lugares destinados a sus juegos y dispusiesen, en cambio, de amplias aceras plantandas de árboles en las que pudiesen corretear? En estas aceras habría que distribuir también suficiente número de bancos para que los ancianos y las madres pudiesen dialogar conjuntamente de forma cómoda, en tanto que disimuladamente vigilaban los juegos de los niños. ¿No les proporcionaría este tipo de calles una ocasión a los jóvenes para pasear y enamorarse?; y para impedir que los niños pequeños abandonasen la acera y jugasen en la calle –en la que el tráfico tampoco sería excesivo–, se podrían instalar una serie de postes, con cadenas de plástico de quita y pon.

Las instalaciones de aprovisionamiento y suministro deberían guardar una estrecha relación con este sistema de calles en forma de red. Nos parece erróneo amontonar todos los comercios, sin ninguna fantasía, en un único lugar. La monotonía de los simples bloques de viviendas podría verse aliviada por la distribución de algunas tiendas. Como las jóvenes amas de casa y madres, que, como ya se dijo anteriormente, serán quienes preferentemente habiten la nueva ciudad, no disponen en sus tareas domésticas de tantas posibilidades de cambio y de establecer nuevos contactos como sus maridos durante su jornada laboral, no se deberían establecer sus itinerarios de compras con el criterio de la menor pérdida de tiempo posible, sino que, por la juiciosa distribución de las instalaciones para adquirir sus suministros, se les debería ofrecer la posibilidad de que se cruzasen sus caminos, sin que ello resultase inevitable, como sucede ahora en un centro comercial.

Notas finales en torno a las comunicaciones

Finalmente, es de destacar que resulta imprescindible una adecuada inserción de la urbanización en la red viaria para, desde un principio, quitarles a los allí residentes la impresión de que constituyen un pueblo de las afueras de la ciudad. Lo mismo sucederá con el centro comercial y con las diversas posibilidades de compra en los proyectados comercios y cafés. No deberán levantarse posteriormente, sino tan pronto como sea posible durante las primeras fases de construcción, con objeto de evitar que se establezcan en los habitantes unas determinadas pautas de comportamiento aislacionista, que luego serían muy difíciles de corregir. El lugar escogido para la urbanización es tan bello, que se debería planificar desde el comienzo como una "atracción" más, para que llame la atención de los habitantes de Heidelberg, cosa que, por ejemplo, aún no ha sucedido, tras de largos años de existencia, con la vecina urbanización de Boxberg.

La configuración de la urbanización y la programación de las diferentes fases de su construcción deberían estar determinadas por el criterio de crear desde el principio una ciudad satélite. Sólo si se consigue establecer

este concepto de forma indubitable y se logra que lo acepten quienes se interesan por una vivienda en aquella zona, se podrá esperar que la urbanización de Emmertsgrund de no convierta, pese a su excelente situación en la campiña y a sus buenas facilidades de comunicación, en la usual ciudad para dormir, que no dispone más que de una vida propia lánguida, penosa y ficticiamente sostenida. Pero, precisamente, el desarrollo de esta vida propia como contribución a la vida común de la ciudad de Heidelberg debería ser lo que constituyese la misión principal de la actual planificación y lo que, más tarde, presidiese la puesta en práctica de unos planes tan cuidadosamente establecidos.

Capítulo 9

NUESTRA INFANTIL SEGURIDAD *

Ha surgido poco a poco un unánime y poderoso clamor de crítica, quejas e indignación sobre el estado de nuestras ciudades. Bien es verdad que, la mayor parte de las veces, esa crítica carece de importancia y apenas sí influye en el desarrollo urbano, pero, no obstante, es reflejo de un descontento que no se soporta ya calladamente, sino que va adoptando una creciente expresión oral, con lo que se torna accesible a la meditación. Y es posible que algún día encuentre el apoyo de muchos habitantes reflexivos de la ciudad.

Las urbes gigantes constituyeron siempre fantasmas del miedo. Por ejemplo la Torre de Babel – recordemos cómo concibió Pieter Breughel aquel monstruo, aquella ciudad en una torre de la época primitiva. La enorme empresa fracasó por la "confusión de las lenguas". Lo que actualmente resulta difícil de comprender desde el momento en que turcos, croatas, griegos y españoles cooperan con eficacia en la construcción de nuestros rascacielos. Es más probable que las gentes de aquella época no se pusieran de acuerdo sobre el objetivo que deseaban alcanzar, es decir, sobre la altura hasta la que pensaban llegar y sobre el fin que con ello perseguían. Muy diferente es lo que sucede con los gigantes horizontales. Contemplados desde 5000 metros de altura se ve cómo esas ciudades se extienden de horizonte en horizonte como un entramado de escamas. Son granjas para la crianza de seres humanos. En ellas fracasa toda planificación, porque los hombres no han aprendido aún a controlar su reproducción.

Como es usual entre los humanos, lo primero que se hizo fue tratar de hallar culpables. Se siguió un sistema similar al adoptado durante los descansos escolares. Los primeros cuestionados fueron los arquitectos, su seguridad doctrinal, sus aires de titanes, que conducen a la miseria

(*) Publicado en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 22 de diciembre de 1970.

de las construcciones en hormigón armado de algunos distritos. Luego le tocó el turno a la burocracia de la construcción que, mediante miles de leyes y disposiciones, frena todo impulso que supera la medianía. Finalmente se achacaron las culpas a la indestructible tendencia a la vivienda unifamiliar, pese a los abusivos precios del suelo, a la creciente dificultad de las comunicaciones y a la destrucción de la campiña y el aburrimiento suburbano.

Pero no se acaba tan pronto con el capítulo de culpas. Pues no hay tampoco que olvidar a las fábricas de viviendas ni a las cooperativas de la construcción. En la práctica, sería absurdo negar que las decisiones que toman todas estas personas privadas o estas instituciones son decisiones típicas. Que, además, se repiten innumerables veces. Y constituyen en realidad, el proceso de descomposición de nuestras ciudades.

Supongamos que poseemos autoridad para derogar buena parte de las leyes de la construcción y de las ordenanzas para su desarrollo, obligando así a la poderosa burocracia a que admitiese la autodirección. ¿Quedarían con ello eliminados los problemas de la planificación? Se habría conquistado parte de la libertad de acción, pero seguramente se demostraría también que algunos grupos de trabajo eran incapaces de llevar una administración comunal a cabo, es decir, de adoptar decisiones acertadas bajo su propia responsabilidad. Pero si esto no se ha hecho antes nunca ¿de dónde habrá que extraer de repente esa iniciativa sistemáticamente desarrollada?

Supongamos también que avanza la socialización del suelo y de los terrenos urbanos, con lo que desaparecerán algunos obstáculos para una progresiva planificación urbana. ¿Será lícito deducir asimismo que, como manifestación de consecuencias independientes, resultará fácil eliminar los procesos de desmoronamiento creados por el crecimiento y la disgregación de nuestras ciudades en zonas de viviendas, de trabajo, de mercado y de esparcimiento? Es indudable que tendremos que luchar por alcanzar estos objetivos, por la supresión de esos ya superados privilegios sociales. Esas modificaciones de los conceptos jurídicos, por muy ilusorias que sean, permiten formular unas premisas para la humanización de esas urbes gigantes que continuamente se van deshumanizando, pero con ello no se crea automáticamente un mejor concepto sobre las barriadas de casas baratas.

Pero volvamos a la realidad. Supusimos que podríamos modificar la legislación. No obstante, hay que reconocer inmediatamente que esto está fuera de nuestro alcance.

Ni en el horizonte más lejano se puede vislumbrar la posibilidad de conseguir una reforma del derecho del suelo. El grado de consciencia de los ciudadanos del mundo occidental no consiente que la propiedad de los terrenos urbanos privados pase a manos totalmente oficiales. Esto va más allá de toda tolerancia. Otra fuente de resistencia la constituye el conservadurismo administrativo. Tras largos procesos de aprendizaje, los burócratas se han familiarizado con determinados procedimientos, instancias y reglas, por lo que no habrá de resultar fácil que renuncien a estas formas de ejercer su autoridad. El peso de las burocracias modernas sólo se podría medir en megatoneladas.

El rápido incremento de las cifras de población, así como los cambios en los sistemas de producción y el crecimiento del nivel de vida han creado unas condiciones de vida en las grandes urbes que desafían cada vez más los intentos de ordenación con los métodos tradicionales. En ciudades en las que la masificación va creciendo cada diez años de forma hasta ahora insospechada, el problema de la ordenación urbana resulta desesperadamente irresoluble. Ya es casi imposible superar cuantitativamente las dificultades del tráfico, de la eliminación de las basuras, de la contaminación áerea y el suministro de agua. Pero más aterradora resulta aún nuestra postura básica respecto a la Naturaleza como proveedora principal de productos. Pues la idea básica de la civilización humana es la de su explotación lucrativa.

Hasta ahora, nuestra relación con la "Madre Naturaleza" ha sido la de un ininterrumpido latrocinio infantil. Irrespetuosamente, hemos tratado a la Naturaleza como si pudiese satisfacer todos nuestros deseos y como si cada uno de estos deseos tuviese derecho a ser satisfecho. Ahora que a nuestra civilización empieza a faltarle, en el sentido más literal de la expresión, aire y agua, aún nos sigue pasando casi desapercibido, pese a estas señales de alarma, un hecho decisivo: el de nuestra infantil seguridad. Nuestras capacidades de explotación han llegado a lo gigantesco, sin que, en cambio, haya sucedido lo propio con nuestra capacidad de autocontrol, de control de los afectos y de los deseos humanos; ni tampoco con la capacidad para controlar nuestra descendencia. El más crudo cinismo seguirá rigiendo nuestras relaciones con la Madre Naturaleza y las limitadas posibilidades que le han sido asignadas, hasta que una extrema pobreza le impida ya dar vida a nuevos engaños humanos.

De aquí que se pueda deducir que la posibilidad de obtener una auténtica "ciudad nueva" sólo se conseguirá por la superación gradual, pero no demasiado lenta, de diversos aspectos de esa explotación. Y ello en el marco de una cultura que no sólo sigue sancionando y premiando la explotación del hombre por el hombre, sino también la explotación por el hombre de las fuentes de energía – incluso más aún, que ve en este hecho la motivación más profunda de su deseo de progresar.

Pero, ¿tendrá futuro la nueva ciudad? Depende de lo que se entienda por futuro. Desde hace ya mucho tiempo, las ciudades no tenían más que uno sólo: el de la destrucción. "He destruído, asolado, aniquilado con fuego la ciudad y sus casas desde sus cimientos hasta sus tejados. He derribado y arrojado al canal Arachtu muros y murallas, templos y dioses, así como las torres de todos los templos, hechas de tejas de tierra. Cavé canales que atravesaban la ciudad, los llené de agua y destruí hasta sus cimientos. Conseguí una destrucción mucho más total que la de una inundación " Así se expresaba Sanherib, conquistador y destructor de Babilonia. Y milenios más tarde, la misma suerte para Rotterdam, Dresden, Varsovia, Hiroshima . . . ¿Habrá cambiado en algo la mentalidad humana?

En todos los actos de este drama, que por ahora no tiene fin, los actores se consuelan engañándose a sí mismos. Suponiendo que esta será la

última vez que el deseo humano de destrucción logre acallar los humanos deseo y fuerza de crear. "El crónico fracaso de la vida en la ciudad hubiese podido conducir", piensa Lewis Mumford, "a que se la abandonase, a que se renunciase a la vida urbana y a sus consecuencias ambivalentes". Mumford considera a la ciudad como la "invención más valiosa de la civilización, que sólo cede el paso al lenguaje como vehículo transmisor de la cultura". Pero también como "el recipiente de todas las fuerzas destructivas, cuyos objetivos son la destrucción permanente y la aniquilación". Así es como Mumford describe la dialéctica de la naturaleza humana entre deseos de creación y de destrucción.

Nadie puede dudar de la capacidad creadora del hombre; y se piensa que su deseo de destrucción es tan sólo un producto de las sociedades explotadoras. Pero si se considera la puesta en práctica de esta desconsiderada explotación como resultado de un saber colectivo que aún no se ha alcanzado de que el hombre se haya sentido privilegiado respecto de la misma siempre que ha tenido ocasión, se tachará esta postura de derrotismo. Pues pone en tela de juicio la antorcha de la creación. Nosotros por el contrario, creemos que es en esta idea de un hasta ahora incontrolado impulso humano de destrucción donde habrá que buscar primeramente la respuesta a la cuestión del futuro de nuestras ciudades, de sus posibilidades de pervivencia – y no en un problema cualquiera de organización.

Las ciudades van acogiendo cada vez más a la creciente población mundial. Sus habitantes han sido los que han descubierto las leyes naturales, desde Arquímedes hasta Einstein. En las ciudades es donde se desarrollaron las técnicas parciales que desembocaron finalmente en la gran técnica industrial de este siglo. Las ciudades fueron planeadas de forma racional, impulsadas por aquel deseo de racionalidad que informó el siglo XVIII. Pero casi nunca pasaron de esa fase de planificación. Las ciudades crecieron con lentitud a lo largo de las generaciones. El siglo XIX trajo consigo el salvaje desarrollo de las casas y de los patios de vecindad y, en los Estados Unidos, la mecánica aridez de los bloques de viviendas situados en calles tiradas a cordel. Desde esta "época fundacional", se ha convertido la necesidad de la planificación urbana a ambos lados del océano en cortina que oculta el hecho de que en aquella época se carecía de toda planificación, y que ni siquiera se deseaba. Solo existía el crecimiento, el crecimiento lucrativo; desconsoladores y feos suburbios producidos en beneficio de la respetable burguesía.

Pero desde mediados de este siglo comenzó a cambiar de forma alarmante el ambiente de nuestras ciudades. Se fueron convirtiendo más y más en lugares de enfrentamiento de las subculturas. Anárquicas ciudades como Nueva York y Chicago han iniciado ya su fase de autodisolución. El cinturón de chabolas metálicas, de "shanty towns", que se extiende en torno a las grandes ciudades de Sudamérica, constituye el dogal que estrangulará este caótico crecimiento.

Aunque las revoluciones socialistas tuviesen mañana éxito, no se vería aún con claridad de qué reservas se podría echar mano para llevar a esta empobrecida masa humana hasta el nivel de desarrollo necesario para poder competir en las condiciones de una producción tan altamente tecnificada. Esta productividad, a su vez, es imprescindible para atender las necesidades básicas de las masas humanas que inundan el espacio histórico y para sacarlas de su situación de dependencia de unas limosnas. Con lo que el estado de las cosas se va haciendo cada vez más crítico.

Los pobres, desgajados de las formas sociales preindustriales de sus países, se reproducen a velocidad mayor que a la que aumentan los medios alimenticios y de producción que les son necesarios; pero no sólo esto, pues se reproducen también con rapidez mayor que a la que se desarrollan las demás insituciones culturales, especialmente los puestos de trabajo y las plazas escolares. Con lo que los pobres se van empobreciendo intelectual y psíquicamente tanto como en el aspecto material.

Esta situación de empobrecimiento no puede provocar más que odio y destrucción en una época futura impredecible. Cuando los expertos pronostican que resultará inevitable la época de hambre que se nos avecina para la década de los años ochenta de este siglo, es indudable que ello se refiere también al abandono y a la falta de educación psíquicos y espirituales de los que socialmente no puedan ya integrarse en parte alguna. E indudablemente esto es consecuencia de la repartición profundamente antisocial de la propiedad y de los medios de producción que existe en los países capitalistas técnicamente más avanzados, así como en los que, para su bien o su mal, dependen de aquéllos.

Hemos destacado que las ciudades trajeron consigo el progreso, aquel progreso verdadero que hizo que el hombre abandonase los brazos de la "Madre Naturaleza" para buscar su destino por sí mismo. Habrá ahora que temer que las ciudades se conviertan asimismo en el lugar en el que la propia ordenación humana vuelva a ceder en el transcurso de la Historia y se pierda aquella autonomía de pensamiento, aquella libertad urbana, que fueron obtenidas paso a paso a lo largo de constantes sufrimientos e inacabables luchas de clase y sociales. El proceso de descomposición resulta hoy ya suficientemente claro.

La unidad urbana se descompone en diversas parcelas de actividad social, que funcionan mejor o peor; junto a ellas se extiende una organizada falta de cultura: las subculturas de la criminalidad, de los arruinados psíquicamente, de los viciosos, del militarismo político. Se nos presentan así ingentes tareas de saneamiento moral, equiparables, o paralelas, a las del saneamiento físico de los suburbios. Más apropiado resulta un discreto análisis para darnos cuenta de que ha sido la propia realidad cultural la que ha producido este exceso de "drop outs", de fracasados, de criminales y de viciosos.

Pero no habrá que considerar estas subculturas pre o post-sociales de forma aislada, es decir, enfrentadas a la burguesía "normal", a una respetada, adorada, silenciosa mayoría de las naciones, Entre esta población normal, convertida en símbolo de un "status" por las tensiones del consumo, y las marginaciones, que cada vez se va extendiendo más y en la que se incrustan las llamadas figuras marginales, existe más bien una muy intensa relación funcional y compensatoria. Como ya nos hizo vez Paul

Reiwald, cada sociedad tiene los delincuentes que se merece —o mejor todavía, los que ella misma produce. Si de forma simplificada, pero no falseada, los enfrentamos intencionadamente, se verá que los "enfermos", en este caso, los enfermos de asocialidad, muestran, como todos los enfermos, unos síntomas que se extienden desde los delitos basados en la fuerza hasta la "moral insanity", la locura moral, pasando por los delitos contra la propiedad. En cambio, los "normales" producen su propia clase de normalidad, que está plagada de respetadas manifestaciones de enfermedad, tales como el alcoholismo o algunas formas legalizadas de sadismo.

El concepto de "moral insanity" ha sido mientras tanto sustituido por los de "debilidad" o "defecto del super-ego", con los que se quieren indicar aquellas formas de falta de conciencia que específicamente se originan en las relaciones de contacto o de dependencia entre los humanos. Este embotamiento de la conciencia es consecuencia de la explotación y del estado paternalista. Las ciudades están llenas de personas desasistidas, de violentos y de quienes no encuentran trabajo. De forma complementaria proliferan también por poco tiempo las esperanzas de salvación. Lo que es indicio de unas cargas corporales y psíquicas, que, evidentemente, no pueden ser superadas por un número cada vez más elevado de personas sin mostrar señales de esos síntomas. Junto a otras causas ancestrales, estas cargas proceden de las ciudades, son hijas de las mismas. Las ciudades desgastan a las personas. Las tensiones irritantes han aumentado hasta lo insoportable.

Pero volvemos a los normales. ¿"Normalidad" quiere decir que aceptan sin queja la cultura que encuentran, cuya característica consiste en que, excepto en el sector de la producción, no queda ya casi nada intacto, en que se marginan todos los problemas decisivos, con lo que se pronuncia su sentencia de muerte? La situación de estos normales se puede caracterizar por el hecho de que son ellos mismos los que se deforman por las rígidas reacciones de su carácter, para adaptarse a aquel sometimiento al consumo, a aquella conciencia de moda, aquel nacionalismo o provincianismo bárbaros, que ellos mismos designan como la normal y deseada realidad cultural.

El campo de actuación de las decisiones autónomas le resultó siempre estrecho al individuo de todas las épocas, por lo que también resultaba peligroso permanecer dentro del mismo. La envergadura que ha alcanzado la posibilidad de manipular la formación de los juicios independientes amenaza con destruir esta independencia, cada día más difícil de conseguir.

Examinemos con orden las quejas, las preocupaciones y las causas productoras de desmayos que se vienen formulando sobre nuestra miseria urbana, así como sobre la imposibilidad de aliviarla. Peter M. Bode dice: "Cuando las personas que están obligadas a vivir en las afueras de las ciudades en tristes, monótonas barriadas —en viviendas insuficientes y demasiado pequeñas— que carecen de lugares de distracción para sus ocios, cuando estas personas lleguen a comprender, después de habérseles obligado insistentemente a que comprendan, que esos entornos semejantes a cuarteles se deben a una equivocada y unilateral política de la propiedad en este país y a una ordenación del suelo profundamente insocial, cuando logren convencerse de estas circunstancias escandalosas y cuando, en consecuencia, actúen políticamente, entonces es cuando se iniciará un futuro mejor en la construcción de viviendas". Pero, por desgracia, puede suceder que debamos esperar hasta el día del Juicio Final para que este convencimiento penetre en nuestras conciencias.

Las circunstancias han variado mucho, pero quizás haya que buscar la causa de las hasta ahora ininfluenciables repeticiones de la destrucción de la vida urbana y de las ciudades ya construídas, en la incapacidad de convertir las opiniones en actitudes. Y no porque existan escondidos en algún lugar unos culpables a los que hay que descubrir por métodos detectivescos, sino como consecuencia de nuestra resistencia a aceptar los conocimientos necesarios para esta modificación y, por lo tanto, para extraer consecuencias de los mismos. Si nuestro Ministro de la Construcción y la Vivienda se pasease entre la gente divulgando las palabras de Peter M. Bode, sus veraces palabras, seguramente haría caer con ef a todo el Gobierno, ya que los ciudadanos de este país (y seguramente, también los de algunos otros países) se muestran poco dispuestos a poner en peligro sus deseos privados de una vivienda propia a causa de una más justa ordenación del suelo.

Nada hay que pueda perturbar las convicciones bien arraigadas. Así, quien hable de la injusticia de la ordenación de la propiedad, muy en especial, de la del suelo, tendrá necesariamente que ser un comunista, es decir, un enemigo a muerte. De aquí que un ministro que se permite hablar de algo más que de unas explicaciones sobre la justicia social o cuestiones similares que no digan nada percibiría no sólo el disgusto de las ineducadas masas de pequeños propietarios, por no hablar ya de los grandes, sino que sería objeto de la ira concentrada de todos ellos. Y, sin embargo, habrá que fomentar estas heroicas decisiones si se pretende que prospere algún recurso contra la sentencia de muerte pronunciada contra las metrópolis gigantes.

Casi al comienzo de su extraordinariamente bien fundamentado libro "Ciudades para todos" señala Martin Neufer, Jefe de la Administración de Hannover, que las razones de sus frustrados desarrollos no residen muchas veces en las mismas ciudades, "sino en áreas técnicas y sociales sobre las que éstas ejercen escasa o ninguna influencia". Por ejemplo, pueden verse influídas por los parlamentos y por los gobiernos elegidos que no se encuentran en situación de plantearse a sí mismos los problemas con claridad o de hacérselos ver a la población. Las posibilidades jurídicas y materiales de que disponen las ciudades para modificar su estructura urbana y acomodarla a los nuevos criterios de vida impuestos por la técnica resultan también totalmente insuficientes. De aquí que fracasen hasta las propias fuentes de ayuda de las ciudades cuando se trata de preparar el futuro de las mismas.

A este fin sería preciso establecer un gran plan de investigación científica que resultaría casi imposible de lograr en el marco nacional, y que

desde luego no podría llevarse nunca a cabo por las Administraciones de las ciudades, tan deficientemente dotadas." El autor continúa de forma muy consecuente: "Sin la actividad de las ciudades y sin el progresivo aumento de su productividad habrán de fracasar todos los intentos políticos, nacionales e internacionales". Neufer cree que, al igual que se frustraron las esperanzas en algunas interpelaciones sobre ciertas leyes tal como la de una ley funcional para promocionar la construcción de ciudades, las ocasiones de llegar a una ordenación más humana de la ciudad serán ahogadas por nosotros, sus habitantes normales. "Otras áreas de nuevas ordenaciones fundamentales", afirma Neufer, "como por ejemplo, la de la reforma del suelo, ni siquiera aparecen en el orden del día político, y otras, ni han sido aún reconocidas como problema social. Nuestra ceguera e indolencia frente a estos dramáticos cambios del entorno que se están desarrollando ante nuestros ojos, resulta siempre aterradora."

"Ceguera e indolencia", se puede asegurar ahora, que resultan inatacables porque revisten a nuestra conciencia con el disfraz de la "normalidad". La enfermedad de todos los que nos encontramos ya acomodados a una sociedad inhumana en alto grado, consiste en una perturbación de los sentidos, que nos hace participar en todos los trucos de la explotación y percibir de la realidad poco más que sus ventajas o sus medios para el placer. Estos normales seres civilizados, que funcionan silenciosamente y que, día tras día, entran y salen de las áreas urbanas, rehusan darse cuenta de su propia enfermedad, porque siempre resulta más fácil recurrir al dramatismo de echar la culpa a algún extraño y a manipularla y a dulcificarla en ciertos órganos informativos del tipo de las revistas ilustradas. Pero, indudablemente, esta "ceguera" de que habla Neufer, y no sólo él, es una ceguera de origen psicológico, así como la indolencia de una falta voluntaria de colaboración.

Los motivos de esta casi muda sintomatología proceden de muy diversas fuentes. Junto a los antiguos impulsos de obediencia están las nuevas formas innominadas de esclavitud, si es que se puede definir la esclavitud como aquella forma extrema del poder de los extraños sobre la autonomía fáctica de los individuos y la existente en su fantasía.

Cuando, cada vez con mayor claridad, se nos muestren en la vida cotidiana de las grandes metrópolis los signos de una enfermedad psíquica, nos veremos obligados a descubrir los motivos que producen esas enfermedades. Neufer habla de un "gran programa de investigación científica", con ayuda del cual piensa sanear las condiciones urbanas, aliviar los procesos urbanos de decadencia. Con este tipo de investigación, es decir, con un análisis relativamente poco planeado y que se extiende a muchas cuestiones, es como únicamente se podrá averiguar, en realidad, algo sobre los orígenes de tal enfermedad. Habrá, no obstante, que cuidar de no comenzar la investigación por las llamadas "circunstancias", por preguntas tales como si se considera satisfactorio o insatisfactorio el vivir hacinado, o estar alojado en rascacielos, en casas con terrazas o en bloques de viviendas, o disponer de grandes almacenes, o que los comercios se encuentren agrupados en centros especiales o desperdigados por toda la barriada ...

Habrá, además, que contar con otra situación bien crítica. Diversas experiencias nos muestran —la última, la de la guerra del Vietnam— que las guerras del tipo de las actuales son incapaces de colmar las esperanzas que en ellas se habían puesto. Las guerras supertecnificadas entre contrincantes similarmente armados terminan, tras del holocausto de muchas víctimas, sin alcanzar resultado alguno. Pues en lugar de las enemistades internacionales surgen las internas de la comunidad. Muy a menudo sucede que unas injusticias que han sido soportadas durante siglos exigen rápida corrección, como es el caso de la opresión de las minorías. Pero esta exigencia no se conforma con razones morales, sino con la pura y simple violencia. El poderío y la injusticia forman una perversa alianza para llevar las cosas hasta el extremo. No se deberá suponer que estos procesos se desarrollan en la superficie del acontecer psíquico, sino convencerse de que en ellos el "descontento con la cultura" se encarna en nuevas formas de padecimiento casi inconsciente, en esperanzas recientemente frustradas sobre la amistad y la comprensión entre los hombres, esperanzas despertadas por el bienestar que cada vez se extiende más.

Como los procesos de modificación de las experiencias humanas se desarrollan principalmente en la vida urbana y el mundo de las ciudades, en especial el de las grandes urbes, se ha convertido en una segunda naturaleza del hombre, se puede deducir que las revueltas de los "ghettos" y las guerrillas urbanas constituyen el precedente de futuras explosiones y luchas internas de la sociedad mucho más crueles e inmisericordes. Que se desarrollarán en el interior de las grandes metrópolis que ya están construídas en la actualidad. Por lo que cabe suponer que las agresiones contra los extraños a la tribu, los extraños al pueblo, los extraños a la nación, se verán sustituídas por las autoagresiones, por el ansia de destrucción en el interior de las grandes sociedades.

A ello habrá que añadir el convencimiento de que los prejuicios, que pesan miles de toneladas, son inamovibles y que es difícil enmendar las injusticias por medios pacíficos. El caos constituye el estadio último del proceso de disolución de las prestaciones urbanas. Pero simultáneamente, y en sentido paralelo a la anterior, discurre una corriente de cordura, que en términos absolutos resulta bastante discreta, pero que desde el punto de vista histórico abre un nuevo capítulo de comprensión. La cordura consiguió poca cosa para evitar la decadencia, pero fue lo suficientemente fuerte como para impulsar a un nuevo comienzo.

Lo que Henry Miller decía sobre Nueva York resulta hoy ya válido para Tokio y puede serlo también mañana para Roma o Munich. "Uno se pregunta cómo se podrá lograr que esta Babel del mundo moderno resulte habitable para los seres humanos. No bastará destruir los suburbios ni dar limosna a todos los moradores empobrecidos. Habrá que crear un hombre nuevo, infundirle un nuevo espíritu, inyectar nueva sangre a estos pobres diablos adocenados. No es posible construir una ciudad modelo sin habitantes modelo. Pero, ¿dónde encontrarlos? Todas las célebres ciudades universales de la Antiguedad encerraban en sí misma el germen

de la propia destrucción. El enemigo verdadero es siempre el enemigo del interior."

En la planificación tropezamos siempre con el mismo límite: la incapacidad del hombre para comprender su miseria social y para hallar los caminos que le saquen de ella. La tesis de Henry Miller es que "el proceso de degeneración va más deprisa que el de renovación". Y muchas son las razones que indican que esto resulta igualmente válido para las instituciones humanas. Sin embargo, este pronóstico desesperanzadamente desfavorable no deberá conducir a la paralización total de la iniciativa, pues también hemos aprendido a conocer mejor los sitios en que habrá que aplicar la planificación. Que no deberá dejarse llevar por la vanidad de tratar de crear el buscado hombre nuevo por medio de casas nuevas y de nuevas estructuras urbanas. Muy al contrario, sólo unos hombres que se hayan dado perfecta cuenta de su situación, podrán tener el valor de destruir los tabúes que se oponen a una auténtica reestructuración de los gigantescos mundos urbanos. Y aún así, todavía será muy incierto el resultado de todo ello. Pues, ante todo, ¿de dónde saldrán esos hombres?

BIBLIOGRAFIA

- Hans Paul Bahrdt: *"Humaner Städtebau"*. – Hamburgo, 1968.
- Berndt, Lorenzer y Horn: *"Architektur als Ideologie"*. – Frankfurt, 1968.
- Rudolf Hillebrecht: *"Spekulationen über Stadtentwicklung"*, en: Bauen und Wohnen 7. – 1966.
- Siegfried Kracauer: *"Strassen in Berlin und anderswo"*. – Frankfurt, 1964.